

PH

Ateneo

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA
POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION (CHILE)

BIBLIOTECA

SUMARIO

- Jaime Pi-Suñer. *El problema económico de la Alimentación.*
 Raúl Silva Castro. *La novela como destructora del heroísmo.*
 Germán Luco. *El perfecto funcionario.*
 Abel Valdés A. *Aspectos de Vicuña Mackenna.*
 Guillermo Feliú Cruz. *Interpretación de Vicuña Mackenna.*
 Dr. Juan Marín. *Acerca de la emoción.*
 Amanda Labarca H. *Meditaciones breves.*
 Dr. Ernst Herzog. *Desarrollo, importancia y tendencias de
la Anatomía Patológica.*

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

- Alfonso Bulnes. *Un viajero escritor.*
 Juan Rojas Segovia. *La vida de François Villon.*
 Oscar Vera L. *La crisis del individualismo.*
 José Manuel Carbonell. *Las ideas americanistas de Martí.*

LOS LIBROS.—PINTURA

ATENEA

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

Publicada por la Universidad de Concepción

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina.—Luis D. Cruz Ocampo

Félix Armando Núñez (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago

Señor Domingo Melfi

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que ha editado anualmente hasta 1930 inclusive y en los doce números que editará desde el año en curso, trata de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año..... \$ 28.00

Un semestre..... 14.00

En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para franqueo.

Suscripción a los países extranjeros excepto Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.

Número suelto..... \$ 2.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista, ATENEA dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, segundo piso, número 8, o a la Secretaría de la Revista Atenea Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA SALVAT

Santiago — Agustinas 1043 — Casilla 2326

Agente en Concepción para suscripciones—Librería del
S. Rafael Merino H.

HISPANIA

A JOURNAL DEVOTED
TO THE INTERESTS
OF TEACHERS OF SPA-
NISH, AND PUBLI-
SHED BY THE AMERI-
CAN ASSOCIATION
OF TEACHERS OF
SPANISH

STANFORD UNIVERSITY,
CALIFORNIA

MERCURIO PERUANO

Revista mensual
de Ciencias Sociales y
Letras,
fundada en 1918.

Director Fundador:
Victor Andrés Belaunde

APARTADO N.º 176
Lima - Perú

CONTEMPORANEOS

Revista Mexicana
de Cultura

008 (83) (05)

EDITORES:

Bernardo G. Gastelum,
Jaime Torres Bodet,
B. Ortiz de Montellano,
E. González Rojo.

APARTADO FOSTAL 1811
MEXICO, D. F.

REVISTA CHILENA

PUBLICACION MENSUAL

Diplomacia,
Historia,
Artes,
Letras.

Fundador:
Enrique Matta Vial

Director:
Félix Nieto del Río

DIRECCIÓN POSTAL: CORREO 8,
SANTIAGO DE CHILE

NOSOTROS

Revista mensual
de letras, artes, historia,
filosofía y ciencias sociales

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi

Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

Lavalle, 1430 - Buenos Aires

República Argentina

REPERTORIO AMERICANO

Semanario de cultura hispánica

Director:

JOAQUIN GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSE DE COSTA RICA

Centro América

LA VIDA LITERARIA

Periódico Independiente

CRITICA

INFORMACION

BIBLIOGRAFIA.

Director:

ENRIQUE ESPINOZA

RIVERA INDARTE 1030

Buenos Aires

REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

ORGANO DEL I. I. C. E.
SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Publicación destinada a informar sobre la aplicación del Cine a la educación en cada una de sus ramas (universitaria, primaria, secundaria, agrícola), así a la científica como a la popular, y a la higiene social. Se publica en cinco ediciones: inglesa, francesa, italiana, española y alemana.

Director: Doctor Luciano de Feo

Dirección: Villa Torlonia-ROMA

Suscripción por un año a la edición española: dólares 4; pesos chileno, 32.

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VIII

Septiembre de 1931

Núm. 79

Jaime Pi-Suñer.

EL PROBLEMA ECONOMICO DE LA ALIMENTACION ⁽¹⁾

EL problema de la alimentación, es de una complejidad tan grande, que interesa al economista, al biólogo, al higienista, al educador, al político. Es un problema a la vez puramente científico, especulativo y un problema práctico, el más práctico de todos los problemas.

Dastre, en su libro «La Vie es la Mort», decía (1908):

Es fácil ponerse de acuerdo sobre lo que puede servirse en una mesa cuidada, entre gente civilizada, pero son precisamente las razones de estas prácticas tradicionales, que deben investigarse. El problema de la alimentación, ofrece mil aspectos. Es un problema culinario, gastronómico, sin duda alguna, pero es también un problema económico y social, agrícola, fiscal, higiénico, médico y hasta moral. Y antes y, por encima, de todo, es un problema fisiológico...

Es tan importante el factor fisiológico, como camino de solución de todos los demás problemas parciales, que en Noviembre de 1917, por acuerdo de la Conferencia Interaliada, se creó una Comisión Científica de Aprovisionamiento. La labor de esta Comisión, no era de investigación; lo que interesaba en aquellos momentos, no era la solución de un problema biológico, sino el lograr la máxima eficiencia de los ejércitos, con el mínimo del gasto de alimentación: dar al soldado una comida que le dejara satisfecho, que le mantuviera en perfectas condiciones físicas y morales, por el precio más bajo posible. La solu-

(1) Conferencia de Extensión Universitaria, dictada en la Universidad de Concepción, 28 de Agosto de 1931.

ción de este problema, o al menos los estudios que debían llevar a ella, los encargaron a los Profesores Charles Richet, E. Gley, A. Langlois, H. E. Starling, Graham Lusk, H. P. Armsby, R. H. Chittenden, Mendel y F. Botazzi, los más ilustres fisiólogos de los países aliados, que constituyeron la Comisión. Algunos de ellos, se habían distinguido especialmente en trabajos experimentales sobre el problema de la alimentación. En los Imperios centrales, que además de todas las amarguras y escaseces de sus enemigos, hubieron de sufrir la tragedia del bloqueo, fueron también los fisiólogos y los químicos, quienes aconsejaron las substituciones necesarias para resolver la difícil crisis con el mínimo de mortalidad y morbilidad posibles.

Pero si la humanidad se preocupa realmente de estos problemas alimenticios, procurando enfocarlos desde el punto de vista científico, en los momentos de verdadera angustia, pasado ya el temporal, cuando se goza de un relativo bienestar, se vuelve al olvido de los tiempos anteriores, deja de intervenir el Estado, por sus organismos, en la regulación alimenticia—o cuando interviene, lo hace con un criterio puramente económico—y se cae de nuevo en la rutina. De esta manera, el problema, tiene también una importancia social enorme. Hasta principios del siglo XIX, los problemas sociales no interesaron al mundo. La preocupación para que los beneficios de la civilización lleguen a todos los hombres, es una preocupación moderna; antes de esto, con un egoísmo incomprensible para muchos en la actualidad, se creía que la clases más pobres no tenían derecho a los goces materiales y espirituales de las clases pudientes, o que no tenían necesidad de ellos. En 1822, se expuso por primera vez, por Mollay, en Inglaterra, el criterio del «standard of life» o necesidad de un decoro mínimo de vida para todas las clases sociales, y esta idea, aunque abriéndose camino, no ha penetrado todavía claramente en todas las capas de la sociedad, en especial en los países más atrasados.

Las mejoras sociales, obtenidas bien por la intervención tutelar del Estado; bien, muy pocas veces, por una mejor comprensión patronal, y casi siempre gracias a las huelgas y medios de combate del proletariado se han dirigido fundamentalmente en dos sentidos: la disminución de la jornada de trabajo y el aumento de salario. Pero si no se suma a esto una disminución en el coste de la vida, o al menos la seguridad de que el aumento de jornal no producirá la carestía, estas mejoras son en parte ficticias. Una disminución en las horas de trabajo y un aumento de los ingresos, darán plena satisfacción solamente cuando el tiempo sobrante pueda emplearlo el obrero en distracciones

agradables o en instruirse, y esto será posible, tan solo, cuando cubiertas sus necesidades indispensables, le sobre todavía dinero para los gastos que representa este mejoramiento. Por esto. llegar a fijar el tipo de alimentación que con gasto mínimo sea de rendimiento óptimo, será de una importancia social enorme. El problema del rendimiento, ha sido hasta ahora completamente olvidado por todos; el problema de costo sólo ha sido paliado—desde un punto de vista muy unilateral, absolutamente abiológico—por un tipo de institución social: la Cooperativa de consumo.

Es más sorprendente este olvido absoluto del problema del rendimiento o de la utilización de los alimentos, del consumo mínimo de alimentos bien combinados, con el efecto útil máximo, en el hombre, ya que en cambio se aplica con toda amplitud (aunque no siempre con pleno conocimiento), en la alimentación de los animales domésticos, y en las grandes explotaciones ganaderas. Como ejemplo bien orientado y continuado, de estudio de rendimiento alimenticio en animales, puede citarse el de la Compañía general de coches de alquiler de París, que montó en 1879 una oficina científica y experimental, con objeto de modificar las raciones de sus 10,000 caballos, según el precio de los distintos alimentos en el mercado en cada momento, conservando las raciones el poder nutritivo necesario. Estos ensayos, llevados a cabo especialmente por Alquier y Leclerc, con la dirección científica de un Comité del que formaban parte, entre otros, Chauveau y Marey, se reunieron en la publicación «Vingt années d'expériences sur l'alimentation du cheval de trait». París (1904). Entre otras conclusiones, que reducían el gasto total de la alimentación, sin disminuir su eficiencia, tenemos las siguientes: posibilidad de introducir en la ración habitual del caballo, a base de heno y avena, cierta proporción de otros granos o de subproductos industriales; la proporción de sustancias amiláceas y azucaradas, debe aumentarse para facilitar el trabajo muscular, con una disminución proporcional—para producir un rendimiento calórico igual—de la cantidad de proteínas, y siendo éstas siempre más caras, resulta de ello una disminución del precio de la dieta. Como consecuencia de los estudios experimentales pudo reducirse el gasto de alimentación de los 10,000 caballos, de diez millones de francos en 1868 a cuatro millones en 1910, a pesar de que los precios de los forrajes habían más bien aumentado, representando una economía de más de 500 francos por año y caballo.

Es evidente que la aplicación de este criterio al hombre, especialmente para las clases más pobres, representaría un ver-

dadero alivio económico. Claro está que sólo es aplicable con limitaciones, ya que de otra manera se cae en el peligro de querer proporcionar un bienestar, a base, de momento, de la pérdida del placer de la comida, que para muchos es de verdadero interés, y reducir esta a un simple cebamiento barato. Pero si la aplicación absoluta no es posible, la orientación en este sentido, dejando siempre un margen amplio de libertad, sería de un gran provecho. El criterio de economía, se reduce actualmente a comprar los alimentos más baratos en el mercado, sin pensar que en realidad muchas veces no lo son, por ser su rendimiento muy bajo; la guía es el precio de los alimentos, calidad artificial, y no su valor, calidad real, o mejor todavía, la relación precio a valor, verdadero coeficiente económico de la alimentación.

Y no se crea tampoco que se vive ahora en absoluta libertad para escoger los alimentos. Aun dejando aparte el conocimiento vulgar de que los pobres no comen lo mismo que los ricos, porque no pueden pagarlo, en todas las clases sociales, cambian los hábitos alimenticios con las condiciones económicas. Randoín y Simmonet, dan el ejemplo del azúcar, substancia de lujo, solo probada en las mesas de las clases pudientes mientras se extraía únicamente de la caña americana, que se convirtió en una substancia vulgar, a partir de 1812, en que empezó a prepararse azúcar de remolacha, aumentando considerablemente la producción y bajando el precio. Pues bien, en cien años, se ha hecho un hábito tan imprescindible, que entre las reducciones alimenticias que tuvieron que sufrir los pueblos en guerra, una de las más dolorosas fué la del azúcar. El orientar la alimentación en un sentido científico, con evidente bien social, se reduciría a substituir estos hábitos formados por el precio, por hábitos debidos al rendimiento, o precio real.

La dieta necesaria para cada individuo, puede variar cuantitativa y cualitativamente. En todos los países templados, el régimen escogido instintivamente por los hombres en reposo, es alrededor de 2,000 calorías por 24 horas. Esta cifra aumenta de manera considerable por el trabajo muscular y por la resistencia contra el frío. En el niño, en relación con el peso, el gasto es mucho mayor, porque ha de crecer, pero al llegar al estado adulto se reducen proporcionalmente sus gastos, que quedan reducidos a cubrir el metabolismo mínimo y las energías del trabajo. Dietas inferiores a las necesarias para cubrir estos gastos, llevan a resultados catastróficos. En el XIV Congreso de Higiene y Demografía (Berlín, 1907), tratóse como tema oficial de la nutrición colectiva, y en especial de la alimentación de los pobres. Los Profesores Rubner y Blauberg, se encargaron de la ponencia

referente a los efectos de la nutrición deficiente. «Los efectos de la alimentación de los pobres—escribe Rubner—consisten en una disminución de talla y de peso, en una anormal composición de los tejidos y en la consunción en seguida que se exige al organismo un cierto esfuerzo. Se produce la hiponutrición en todas aquellas colectividades privadas de bienestar y entre las cuales el costo de la vida sea excesivo. No hay otro factor más influyente sobre la morbilidad y la mortalidad como la insuficiencia de los ingresos, que castiga sobre todo a las capas más modestas de la sociedad». Se sabe bien, cómo las razas y los pueblos menos nutridos, presentan características no sólo somáticas, si no también morales e intelectuales inferiores a los pueblos bien nutridos.

Todas las trágicas consecuencias inmediatas de la hipoalimentación, se han demostrado claramente en el bloqueo de los Imperios centrales durante la guerra. Veamos la siguiente estadística, reproducida por Rubner en su nota «Von der Blockade und Aehnlichem». (Deutsche Med. Wochensch. XIV, 393 (1919).

MORTALIDAD EN ALEMANIA DURANTE LA GUERRA

	Muertos traumáticos en el campo de batalla	Combatientes muertos por enfermedad	Muertos civiles en el interior
Primer año	481.506	24.394	88.236
Segundo año.....	330.330	30.329	121.174
Tercer año.....	294.743	30.190	259.627
Cuarto año	317.959	38.167	293.700
	<hr/>	<hr/>	<hr/>
	1.424.538	123.080	762.737

Como se ve, a consecuencia del bloqueo, fué aumentando, de año en año, la mortalidad en el interior. En cambio, en el ejército, donde se procuró mantener en lo posible una dieta eficiente, la mortalidad por enfermedad, crece mucho menos rápidamente. En este cuadro, sólo se expresan las consecuencias inmediatas de la hipoalimentación; además del aumento en la mortalidad y la morbilidad, se ha de contar que los que sobrevivieron al desastre, posiblemente quedan para siempre en un estado de inferioridad física. Hay que contar también la disminución de la natalidad, no ya la enorme, a causa de la ausencia de la casi totalidad de la juventud masculina, si no la producida por la disminución de la fertilidad, por causas nutritivas en las parejas que no se separaron, a pesar del aumento del instinto sexual que se observa a menudo en las épocas de depresión. Resultados

equivalentes observa Drigalsk (D. M. W., XIV, 573, 1919). Los resultados experimentales de Benedict, Miles y Smith, publicados por la Carnegie Institution of Washington («Human vitality and efficiency under prolonged restricted diet»), no son tan desastrosos, pero se han de tener en cuenta dos factores: el hecho de basarse en datos experimentales, no estadísticos, sobre sujetos humanos, en los que, naturalmente, se llevará la restricción alimenticia hasta cierto límite, pero procurando siempre no producir perjuicios excesivos, y, además, su poca duración relativa ya que, según Mc. Collum, un experimento sobre dietas en pocos sujetos, para tener un valor absolutamente probatorio, debe prolongarse hasta un octavo por lo menos, de la duración media de la vida en la especie estudiada.

Siendo tan desastrosa la disminución cuantitativa de la dieta por debajo de ciertos límites, debía investigarse cual es el *minimum* energético indispensable para el mantenimiento de la vida en buenas condiciones. El cuadro siguiente indica los valores aceptados más corrientemente.

DIETAS NECESARIAS SEGÚN RUBNER

	Prótidos	Lípidos	Glúci- dos	Calorías
Profesionales.	125	86	296	2,173
Artesanos, trabajo ligero. . .	124	54	497	2,053
Artesanos, trabajo pesado. . .	170	71	567	3,107
Mineros.	156	108	766	4,776
Leñadores.	123	258	783	6,086

DIETA DE SOSTENIMIENTO SEGÚN GAUTIER

Parisién (cálculo estadístico).	102	57	400	2,521
Sujetos de experiment. diversos.	108	65	408	2,649

DIETA MEDIA EN CHILE, SEGÚN CRUZ COKE (1):

Cálculo mixto, suponiendo un consumo igual de carne en el campo y en la ciudad.	106	75	455	2,918
---	-----	----	-----	-------

(1) «Sobre la alimentación del pueblo chileno». Lección inaugural del curso de 1928. «Revista Médica de Chile», LVI, N.º 4, (1928).

Como puede verse, el régimen medio del chileno, equivale prácticamente al que da Rubner como típico para el artesano con trabajo pesado, pero es mucho más bajo en prótidos. Y aun las cifras de Cruz Coke como él mismo indica, son superiores a la realidad, ya que en ellas se supone al hombre de campo consumiendo la misma cantidad de carne que el de la ciudad, cosa poco frecuente, y, además, se calculan medias por el cociente consumo por número de habitantes, y como es obvio que una parte de la población, la más rica, come más que la media, resulta que una gran parte del pueblo chileno—aun suponiendo realidad el consumo de carne atribuído—está hipoalimentada.

No es solamente necesario un *mínimum* energético. La dieta debe reunir, además, otras muchas condiciones. Entre ellas, posiblemente la más interesante desde el punto de vista económico, es la necesidad de un *mínimum* de proteínas, que constituyen el tipo más caro de alimento, y aun dentro de las proteínas, son mejores desde el punto de vista alimenticio las que se cotizan más caras en el mercado, como veremos más adelante. De manera que cuando se reduce la cuota destinada a la alimentación, las economías más fáciles de realizar, resultan a base de la disminución del contenido energético total, del contenido en prótidos y de la calidad de éstos, tres economías desastrosas desde el punto de vista biológico.

A pesar de esto, las economías en la alimentación, son a menudo imprescindibles, dado el aumento constante del costo de la vida. De todos los capítulos del presupuesto doméstico, es éste el más difícil de reducir. Por esta razón, cuanto menores son los ingresos, mayor es la cantidad proporcional destinada a gastos de alimentación; como nadie puede pasarse sin comer, se han de reducir los demás capítulos. He aquí otra gran injusticia de la actual organización económica: mientras unos gastan escasamente la décima parte de su presupuesto en la alimentación, siendo esta abundante, variada y lujosa, quedándoles nueve décimas partes para los demás gastos, otros, para mal nutrirse gastan más de la mitad de sus ingresos, y con la otra mitad escasa han de cubrir todo el resto del presupuesto. Los primeros viven, los segundos no hacen más que comerse continuamente su propio trabajo, sin ninguna satisfacción, y llevar al mundo hijos que posiblemente llegarán ya en condiciones de inferioridad, que no podrán prepararse adecuadamente para la lucha por la vida, y que continuarán la cadena de los padres. Veamos lo que dicen las cifras: la adjunta tabla de Bauer, se refiere a precios anteriores a la guerra, pero si han variado los valores absolutos, poca diferencia habrá en los porcentajes:

Con ingresos de 3,000 marcos, se dedica un 57% a la alimentación.

Con ingresos de 1,500 marcos, un 61% para alimentación.

Con ingresos de 700 marcos, un 67% en alimentación.

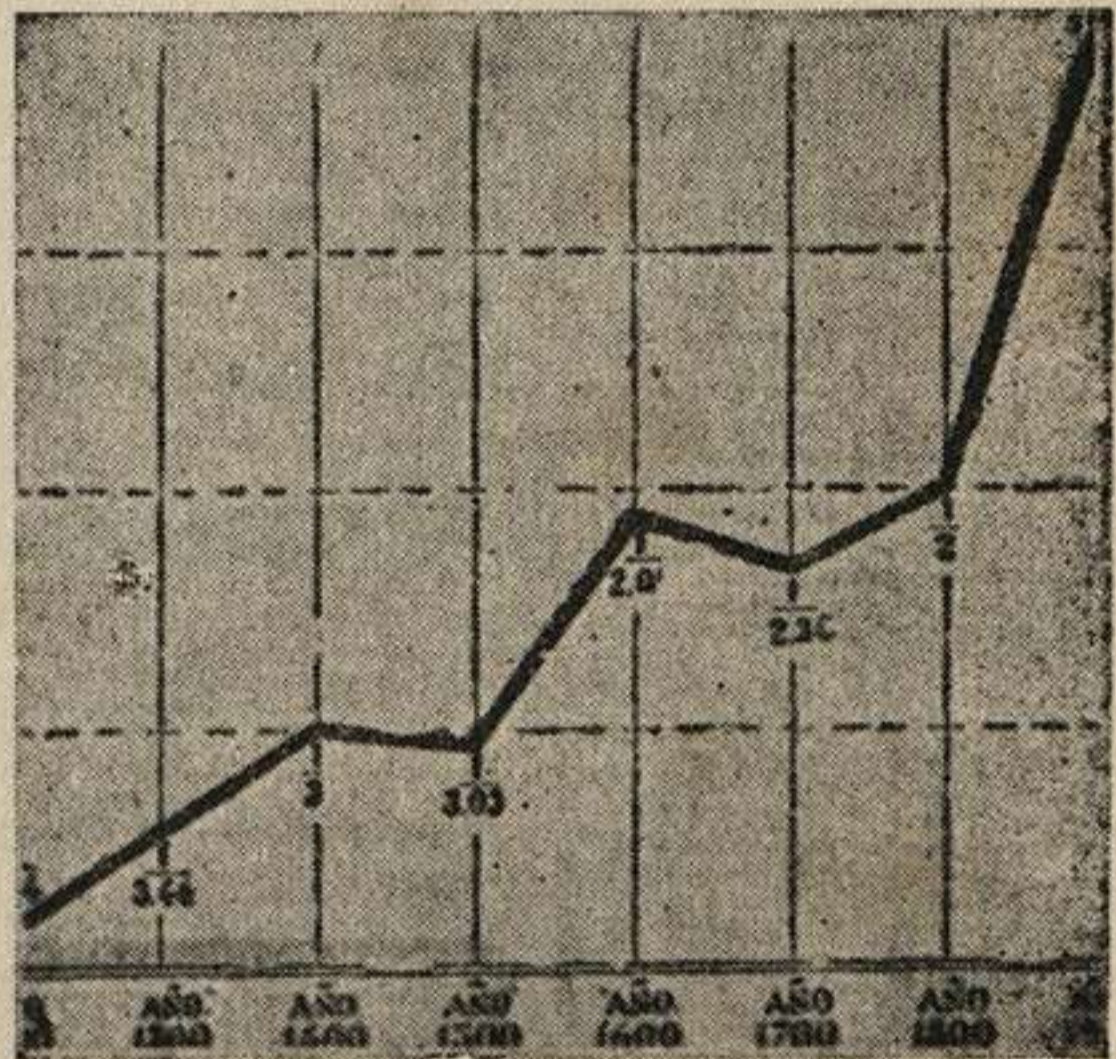
Según Bohmert, en Bélgica, los gastos de alimentación, representan para un matrimonio obrero con tres hijos el 64% del presupuesto. Los datos del Ministerio del Interior, en el mismo país (1897) nos dan una cifra muy parecida: 62%. En los Estados Unidos, el Departamento del Trabajo, ha publicado datos muy completos (1910); el porcentaje destinado a alimentación, varía en las familias obreras, entre un máximo de 57%, en familias con cuatro hijos y menos de 200 dólares al año y un mínimo de 31%, en matrimonios sin hijos y 1,200 dólares al año, los más elevados salarios de obreros en aquella fecha. Según Luckens. («El Estado y la Sociedad en Norte-América». Madrid, 1931) «con ingresos menores de 1,100 dólares anuales, se gasta un 40% en la alimentación, 18% en el vestido, 19% en la vivienda, 6% en calefacción y luz y 17% en cosas diversas; si se desciende más en la escala de los ingresos probablemente el factor alimentación, aumenta». Estas cifras, son, como se ve, algo más bajas que las europeas, pero se ha de tener en cuenta que el obrero norteamericano está, en conjunto mejor pagado, alejándose de la miseria absoluta que representa gastar el 75% o más de los ingresos en alimentación, y además, que en los Estados Unidos, en relación con el precio general elevado de la vida, la alimentación resulta proporcionalmente más barata que en Europa. Para las familias de la clase media acomodada europea, se calcula el gasto de alimentación como la cuarta parte, aproximadamente del gasto total. En las familias ricas, la alimentación, representa la décima parte, o menos del presupuesto. Naturalmente, estas cifras no son aplicables a Chile, donde la vida en conjunto es mucho más cara que en cualquier país europeo, siendo en cambio la alimentación—especialmente la corriente, no la de lujo—más barata. No he podido encontrar datos sobre el porcentaje del gasto de alimentación en las familias chilenas, pero a igualdad de clase con las europeas, al menos en Santiago, con el precio elevadísimo de los alquileres, la costumbre del servicio doméstico numeroso y los precios prohibitivos de la mayor parte de los gastos (vestido, calefacción, diversiones, etc.), las cifras dedicadas a alimentación deben ser relativamente pequeñas, en el presupuesto.

Se ha de tener en cuenta, además, que a igualdad de calidad, los pobres pagan más cara su alimentación que los ricos, por varios motivos: la necesidad de proveerse en la pequeña tienda de

la vecindad, por falta de tiempo o de servicio para escoger entre varias casas; el hecho de ser estas pequeñas tiendas, proveedores a los que llegan las mercancías después de pasar por cuatro o cinco intermediarios, al contrario de los grandes establecimientos de alimentación, que compran muchas veces directamente en los centros de producción, pudiendo mantener precios más bajos; la adquisición de los alimentos en pequeñas cantidades, por la falta de recursos, resultando así siempre más caros, etc. Sin contar que a menudo no pueden escoger entre una y otra tienda, porque están ligados por el crédito y las deudas a un vendedor que muchas veces abusa de su situación. Es un hecho éste del mayor precio para los pobres demostrado por todas las estadísticas de precios de alimentación, en los ditintos medios sociales.

El costo de la vida, aumenta continuamente, como lo demuestra el gráfico siguiente. En el siglo XVII, un kilo de pan, costaba treinta centavos; de carne, poco más de un peso; un litro de leche, 0.15.

King calcula los ingresos de una familia de la clase artesana acomodada en 1688 como 40 libras anuales. Hasta los precios del lujo, eran entonces muy inferiores a los actuales. Así, todo el Versalles de Luis XIV: Palacio, muebles, jardines, fuentes, costó 100 millones de francos. (W. Sombard. *Lujo y capitalismo*. Madrid 1928).

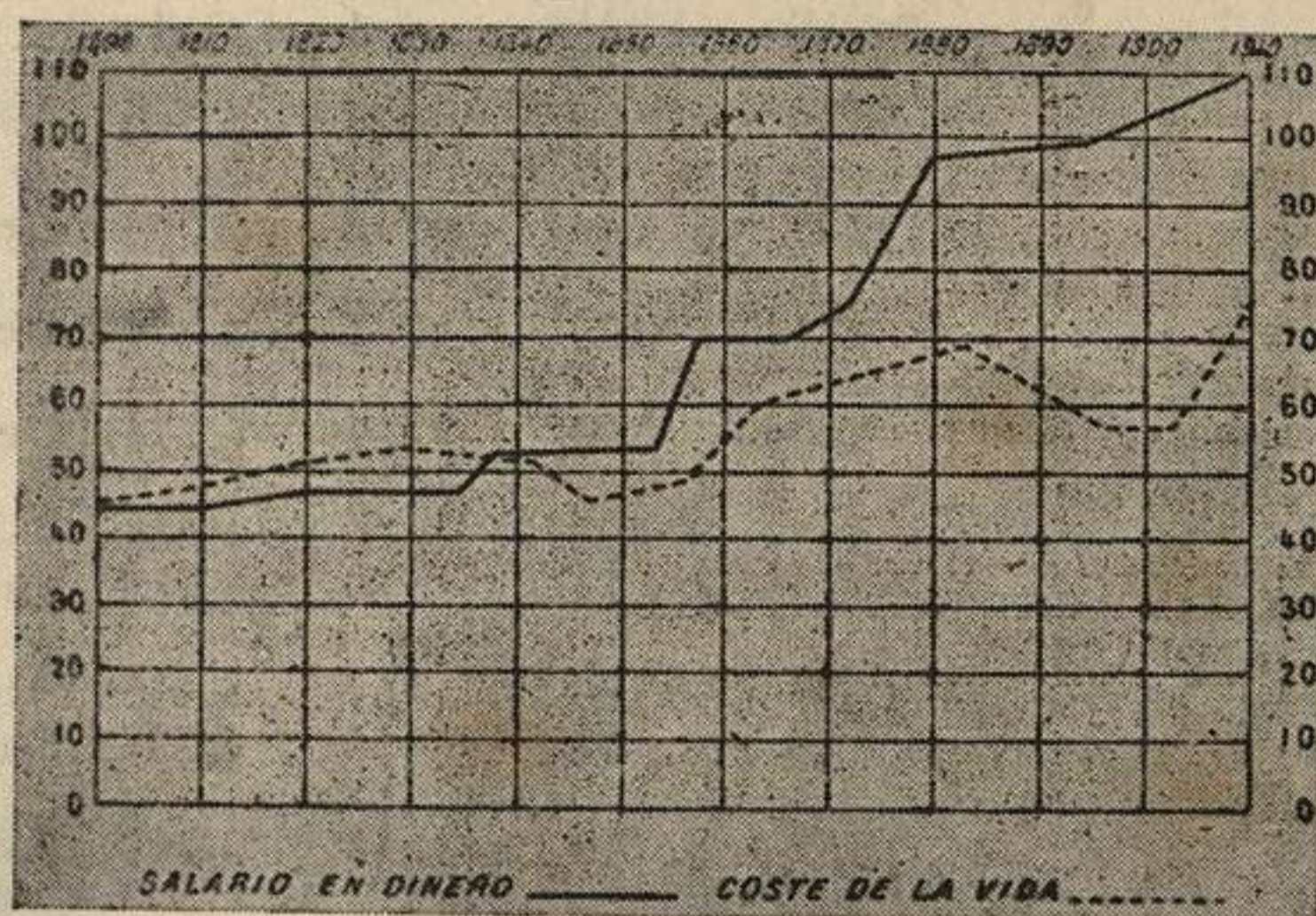


En el transcurso del siglo XIX, suben los precios de la vida, y aumentan también los jornales. Las dos curvas no son paralelas; los jornales suben más rápidamente que los precios. No significa esto, ni mucho menos, que los jornales, a finales del siglo, fueran ya suficientes para mantener una vida decorosa; lo que en realidad ocurre es que se sale de un nivel muy bajo, inverosímil a nuestros ojos; dos factores contribuyen a este mejoramiento relativo: la formación lenta de una nueva conciencia colectiva, y la organización del proletariado para la lucha de clases, a más del conocimiento empírico de la mejor calidad y cantidad de trabajo por el obrero bien nutrido y bien retribuido.

El nivel ínfimo de que se parte en este aumento de los jornales durante el siglo XIX, lo demuestra el hecho de que aun los actuales, o mejor todavía, los inmediatamente anteriores a la guerra, y a la crisis económica mundial que atravesamos —y antes por tanto de la crisis aguda de la desocupación— son muchas veces insuficientes para una vida decorosa. Según Mallock («The Nation as a Business Firm», 1912) 350,000 familias inglesas, que representan aproximadamente 1.750,000 personas, cuentan con un ingreso inferior a 30 libras anuales; debe tenerse en cuenta para juzgar de la realidad de estos datos que el libro de Mallock es una apología del sistema económico actual, y pretende demostrar que ha producido un mayor bienestar. Booth dice que el 35.2% de la población que habita en los barrios del norte y este de Londres, disfruta un ingreso familiar inferior a una guinea por semana. En el siglo XX, al menos en los años anteriores a la guerra, el aumento de los jornales, en Inglaterra, no siguió la curva del siglo anterior. Según datos de Macdonald (*Socialismo*. Barcelona, 1928) tomados del *Board of Trade* se aprecia que «a fines de 1909, entre numerosos grupos de obreros, excluyendo los agricultores, marinos y ferroviarios, se pagaban unas 100,000 libras menos por semana que en 1900, mientras que el aumento en 1910, solamente elevó las cifras de 1909 en 14,000 libras, de manera que en la actualidad (al escribir el libro, muy anterior a su edición española) los obreros siguen percibiendo en conjunto unas 80,000 libras semanales menos que en 1900, en materia de salarios».

Se habla con frecuencia de las brillantes condiciones económicas del obrero en los Estados Unidos. Posiblemente ha sido muy exagerado este bienestar. Copio del libro de Ch. Lutkens *El Estado y la Sociedad en Norte-América* (Madrid, 1931) «Los cálculos respecto al desarrollo reciente de los salarios, divergen mucho. Pero intérpretese como se quiera las estadísticas, resulta claro que los salarios, con excepción de pocos grupos aislados, no se han desarrollado tan rápidamente como los gastos de la vida. El standard de la vida ha descendido relativamente en los últimos veinticinco años, a juicio de un historiador de la economía muy objetivo: Faulkner, en su *American Economy History*». El Departamento del Trabajo de los EE. UU. ha establecido un presupuesto que puede considerarse como normal, para una familia obrera compuesta de cinco individuos en él se considera como mínimo necesario para la satisfacción de las necesidades fisiológicas y sociales, un ingreso de 2,268 dólares anuales, o lo que igual, suponiendo que el jefe de la familia trabaje todas las semanas del año sin interrupción, 43.62

dólares por semana; y en 1924, el salario medio en el país fué de 28 dólares y, para los hombres, de 31, que suponiendo una ocupación continua, representan 1456 y 1652 dólares, respectivamente. El presupuesto considerado como mínimo para una vida decente por el Departamento del Trabajo, es muy elevado según nuestras costumbres, y es posible que lo sea también para los precios y costumbres de los EE. UU., pero hasta rebajándolo considerablemente, y teniendo en cuenta que a menudo en familia de cinco individuos, trabajan más de uno, queda lejos de los jornales normales (1)



El aumento en el precio de los alimentos en lo que va de siglo, puede verse en este cuadro:

PRECIO DE DIVERSOS ALIMENTOS POR KILO

	En Berlín (En marcos)		En Barcelona (En pesetas)			En Chile (En pesos)
	1907	1921	1907	1921	1930	1930
Carne de vaca, corriente.	1.50	40	2.25	5	5.85	1.50-1.80
Manteca de tocino.....	0.96	40	2.30	4.	4	2.30-2.80
Jamón.....	2.77	80	6	12	13.20	8.00-9.50
Pan.....	0.45	6.60	0.40	0.70	0.70	0.95
Arroz.....	0.30	15	0.63	1.50	1.70	1.20-2.00
Patatas.....	0.06	2.50	0.20	0.35	0.35	0.15-0.20
Huevos.....	1.34	45	1.30	4.50	5	4.00-7.00
Azúcar.....	0.91	6	1.10	1.60	1.80	0.70-1.00
Leche.....	0.20	6	0.40	0.90	0.70	0.60-0.70

(1) Aun suponiendo que el bienestar material fuera tan grande como se ha dicho, la organización social de la América del Norte, presentaría otros inconvenientes, que no es oportuno analizar ahora. Agregaré solamente

Este aumento de los precios de la alimentación, carga especialmente sobre la clase obrera, ya que es el trabajo físico es el que requiere una dieta más abundante. Hemos visto las cifras de Rubner, que aumentan rápidamente a medida que el trabajo muscular es más intenso, siendo muy superiores para los obreros que para los profesionales, y más abundantes en próticos, los más caros de los principios inmediatos. Tomo del libro de A. Gautier «Les aliments et les regimes» este cuadro, sobre la alimentación en los diversos oficios:

RACIONES CORRESPONDIENTES A UN TRABAJO DURO

	Próticos	Lípidos	Glúci- dos	Calorías	Autor
Obreros agrícolas del Sur de Francia.	149	79	830	4,560	A. Gautier.
Obreros de los Ferrocarriles de Ruan.	175	84	716	4,304	De Gasparin.
Trabajadores de los depart. del Norte.	177	122	1022	5,874	De Gasparin.
Obreros agrícolas del Cantón de Vaud.	160	92	714	4,274	De Gasparin.
Obreros matarifes alemanes.	135	108	876	4,664	J. Liebig.
Trabajador inglés.	184	71	570	3,655	Smith.
Familia de obreros norteamericanos.	97	130	467	3,415	Atwater.
Herrero inglés.	176	71	666	4,007	Playfair.
Soldado francés en tiempo de guerra.	137	19	632	3,247	Estadística oficial.
Marina francesa en campaña.	155	41	591	3,338	Id. id.
Soldado prusiano, ración de guerra.	183	34	624	3,534	Id. id.
Ejército americano, ración de guerra.	197	37	553	3,327	Id. id.
Obreros de las grandes ciudades de E. E. U. U.	101	116	344	2,810	Atwater.
Valores medios.	156	77	662	3,922	
Relación % con próticos..	100	48	424		

unas líneas de Keyserling: «No cabe duda que a despecho de toda teoría, la pretensión de que un hombre pagado como se paga ahora en las fábricas de Ford y que trabaja comparativamente pocas horas, haya de ser capaz de desarrollarse culturalmente en sus horas de ocio, no es cierta. El que durante ocho horas diarias desempeña el papel de un tornillo de una máquina en el grado en que se requiere en estos trabajos, se convierte realmente en un tornillo. El ideal de Ford va en la dirección de transformar al hombre en una hormiga, uno de los grandes peligros del americanismo. Y esto a su vez, prueba al que sepa algo del alma humana que Ford no desea que el hombre sea libre. Es un autócrata de corazón, cuyo ideal sería regir—para su bien, por lo demás—millones de hombres-hormigas completamente mecanizados.» (Norte-América libertada. Madrid. 1931).

Veamos ahora el precio de los distintos alimentos, tomando en cuenta solamente su valor energético, es decir, prescindiendo de la absoluta necesidad de un mínimo nitrogenado. La tabla de Bottazzi, nos instruirá sobre precios de Nápoles en 1921. Obsérvese la relación inversa entre el precio de mil calorías y el contenido en proteínas de cada alimento, y la diferencia de precio entre las proteínas animales y vegetales, en relación también con la menor eficiencia de éstas, por no contener los aminoácidos indispensables. La leche, que representa desde el punto de vista nitrogenado la combinación perfecta (caseína), resulta un alimento caro, y con poca cantidad de proteínas comparada con los demás alimentos caros. Puede afirmarse de manera casi absoluta que, aparte ciertos manjares de capricho, el precio en el mercado está en relación con la cantidad y la calidad de las proteínas contenidas en cada alimento. Medítese la tragedia que esto representa para las clases pobres.

PRECIOS EN LIRAS SEGÚN BOTTAZZI

	<u>Coste 1000 calorías</u>	<u>Conte- nido en proteínas por 1000 calorías</u>	<u>Coste de 1000 grs. de proteínas</u>
Carne de vaca.....	8.65	122,2	7.00
Leche de vaca.....	2.80	54	3.60
Legumbres secas.....	0.71	66,3	1.13
Pan corriente.....	0.23	34	0.75
Patatas.....	0.10	2,7	3.8
Aceite de olivas.....	0.48	0,0	3.88
Atún en conserva.....	11.95	145	7.58

La forma más barata de comer proteínas, es con el pan; éste constituye la base de la alimentación en los países latinos. En los países germánicos, en los que el hábito ha hecho muy escaso el consumo de pan, la base de la alimentación de las clases pobres es la patata, prácticamente sin proteínas; por esta razón hay todavía más diferencia que entre nosotros entre la cantidad de prótidos ingerida por las diferentes clases sociales.

En Chile, a pesar del precio bajísimo de la carne, comparado con el precio que alcanza en los demás países, se cumple el mismo fenómeno.

PRECIO APROXIMADO DE MIL CALORÍAS, EN SANTIAGO

	Pesos	Cantidad Grs.
Carne de vaca corriente, magra	1.80	1,000
Pescado.....	2.50	1,060
Pan.	0.35	335
Lentejas.....	0.20	310
Leche.	0.90	1,550
Huevos.....	5.30	920
Manzanas.....	4.00	1,200
Azúcar.	0.20	260
Patatas. ..	0.23	1,150
Macarrones.	0.38	260
Espinacas. ...	12.60	4,500
Aceite.....	0.45	113
Grasa de hoja.	0.13	150

También aquí son más caros los alimentos ricos en prótidos: carne, pescado, leche, huevos, y se cumple otra ley general: la del mayor precio de las verduras y las frutas. Por esta razón, las clases populares buscan alimentos que sacien tomados en poca cantidad, alimentos concentrados, como las legumbres secas (porotos, lentejas, etc.), sin contar que las frutas y verduras, si bien desde el punto de vista energético no son de gran valor, suministran en cambio factores accesorios o vitaminas que aseguran el crecimiento, la resistencia ante las infecciones, etc. Gustavo Pittaluga se ha ocupado del problema de las vitaminas en relación con la alimentación de los obreros en un ensayo contenido en su libro *La intuición de la verdad* (Madrid, 1926). Escrito unos años antes de su publicación en el libro, en pleno entusiasmo por el problema de las vitaminas, planteado por primera vez con toda amplitud por Funk en 1901, este excelente ensayo, desvalora excesivamente el factor del mínimo nitrogenado en la dieta. Posteriormente—reconociendo cada vez mayor importancia al problema biológico y social de las vitaminas en la alimentación—se ha dado otra vez todo su significado, al mínimo de proteínas. De estos problemas económicos, se ocupa también A. Pi Suñer en su conferencia *El Hambre de los pueblos*. (Barcelona, 1921.)

Una vez más, los alimentos que por una u otra razón son los mejores, resultan en el mercado los más caros: una nueva demostración de que el criterio del precio—al que se ven forzadas de acudir las clases trabajadoras—representa un pésimo indicador de la eficiencia.

Cuando Chittenden en su libro: «Physiological economy in nutrition, with special reference to the minimal protein requirement of the healthy man» (1904), afirma que las dietas habituales eran demasiado ricas en prótidos, y que con cantidades mucho menores podía pasarse perfectamente, revela una satisfacción mayor por la importancia social y económica de su afirmación, que por el hecho biológico. Desgraciadamente, si bien las dietas de Chittenden y las de Hinshelwood, de Copenhague, también muy pobres en nitrógeno, mantienen en perfecto equilibrio ponderal y nitrogenado, y con plena aptitud para el trabajo durante el experimento—que duró ocho meses—son demasiado bajas para el mantenimiento de una vitalidad perfecta, de una juventud prolongada, de una procreación sana, como ha demostrado Mc. Collum. Posiblemente alimentarse a base de dietas parecidas a las de Chittenden en cantidad de nitrógeno, pero inferiores en calidad de las proteínas, explica en parte la senilidad prematura de las mujeres necesitadas, la mortalidad infantil aterradora de las regiones más pobres.

Como confirmación de todos estos hechos, Rowntree ha visto—observando desde un punto de vista estadístico, lo que ya era de prever—que a medida que se ensancha el presupuesto destinado a la alimentación, crece la cantidad de proteínas ingeridas en 24 horas («Poverty, A Study in Town Life»), hasta doblar al pasar de una familia que gasta para alimentación 26 schillings por semana y persona a otra que destine 150 libras por año y persona, es decir, aproximadamente el triple. Y se ha de tener en cuenta que la primera familia, no puede reputarse como pobre, ya que al cambio actual, representa destinar a la alimentación unos 50 pesos por persona y semana, cifra bastante alta, aun teniendo en cuenta los precios ingleses, más elevados.

Hay también una diferencia cualitativa entre lo que compra cada clase social por el mismo precio, ya que las más pobres tienen que hacer llegar su presupuesto a cubrir todos los gastos alimenticios, aun a expensas de la calidad. Dejando aparte la adulteración, fraudes, malas condiciones de conservación de los alimentos, etc., de lo que son víctimas también más a menudo las clases modestas que las pudientes, Wood y Hopkins han observado que por un schilling, el obrero compra 179 gramos de proteínas o 5,500 calorías, en diversos tipos de alimentos; el pequeño industrial, 140 gramos de proteínas o 4,250 calorías en alimentación mixta; el rico, 92 gramos y 2,859 calorías. A mayor cantidad, corresponde calidad inferior, y estas diferencias de calidad, no se refieren solamente a condiciones gustativas, sino a resultados nutritivos, según hemos visto antes.

Otro factor económico muy importante, que interviene en el establecimiento de la dieta de las clases modestas, es el tiempo que tardan los alimentos en cocerse, tanto por el gasto de combustible que esto representa como por la ausencia de la mujer del hogar, en los casos, tan frecuentes en los grandes países industriales, en que está ella también empleada. Naturalmente, en estas condiciones, no le queda tiempo para preparar su comida, y se ha de reducir a alimentos de condimentación muy rápida o bien a los que se expenden ya preparados o se comen crudos—conservas, queso, etc.—Aparte de que estos alimentos son más caros, por lo general, que los otros, de manera que lo que se gana por un lado, se pierde por otro, su abuso en la dieta, la hará unilateral, con todos los peligros que esto comporta. Las fundaciones sociales que dan, al menos al mediodía, comidas variadas y a precios módicos, resuelven en parte este problema, pero lo hacen a expensas de la vida de familia; resulta de esto que si el proletario la siente, se le resuelve un problema económico con pérdida de una satisfacción, que es el anillo de hierro que rodea siempre el cuello del pobre. Si se preparan los alimentos en casa, rápidamente, de manera que no estén bien condimentados ni bien presentados, además de la pérdida en la satisfacción, se produce una pérdida económica de consideración. La manera de preparar y presentar los alimentos, influye en su digestibilidad y utilización. El buen apetito, hace aprovechar mejor los alimentos, y facilita una buena nutrición sin necesidad de recurrir a preparaciones ni alimentos especiales. Desde Pawlow se conoce cómo influye la visión de una comida agradable sobre la secreción gástrica. De manera que el obrero, además de nutrirse con una alimentación inferior en cantidad y en calidad a la de las clases superiores, la aprovecha menos, ya que se la dan por lo general peor condimentada y presentada, para ahorrar tiempo y combustible. El círculo del hambre se estrecha cada vez más, por factores diversos dependientes todos de la menor potencialidad económica.

Veamos un caso particular, el de la leche: es tan importante como alimento, que según Mc. Collum, la densidad de infección tuberculosa en un país, es inversamente proporcional al consumo de leche. Es posible que este punto de vista sea muy exagerado, pero es indudable, que representa el más completo de los alimentos, con las proteínas más perfectas, y que en todos los sanatorios antituberculosos se consume abundantemente. Y nos encontramos también, con que es uno de los alimentos más caros.

En estas condiciones, el único consuelo es el alcohol, y el

alcoholismo va degradando lentamente a quien a él se entrega. Pero al hombre que no tiene ninguna satisfacción en la vida, que ve como imposible salir de su infierno, es a veces hasta inhumano prohibirle la satisfacción de la embriaguez. Dice el Profesor Cruz Coke:

En Chile existe un problema del alcohol. Una política alimenticia sabia al respecto, debería tender a enseñar a usarlo, pero para ello se requiere el factor tiempo: la civilización no es obra de un día. Estoy convencido de que hemos progresado mucho a este respecto. Hoy más que ayer, el alcohol está entrando en Chile a formar parte importante de la ración de muchas familias, entre las cuales las familias obreras no son pocas. Es en ella en la que usado en dosis moderadas, como vino de mesa, representa una compensación importante a la deficiencia alimenticia general.

Esto será cierto para el alcohol que pueda oxidarse totalmente, que representa una pequeña cantidad: 5 a 6 gramos por hora en reposo; unos 15 gramos durante el trabajo físico, según Lucciani y Blagliani. El resto, cuando menos mal produce se elimina por la orina en la misma forma en que se ha ingerido, perdiéndose el dinero. El oxidado, puede substituir en la combustión a los glúcidos y posiblemente a los lípidos (Strassmann, Atwater, Benedict). Mil calorías en alcohol—si pudieran aprovecharse de una vez—tomado en forma de vino corriente de mesa, costarían un peso y medio aproximadamente, de manera, que aun descontando todos los peligros del alcoholismo, resulta más caro que los alimentos dinamógenos muy ricos en glúcidos (patatas, pan, etc.). En Méjico, este problema del alcohol es particularmente grave. Según Sobral el pulque representa el 17% del presupuesto medio de las familias obreras.

No se crea por lo dicho hasta ahora, que la aplicación estricta y absoluta de las teorías científicas resolviera todos los problemas. Los conocimientos científicos experimentales sobre el problema de la alimentación, deben ser guía, pero la aplicación ciega y exagerada de teorías que llegan al vulgo muchas veces tergiversadas, es a menudo perjudicial. Dos ejemplos bien interesantes de esto citan Randoín y Simmonet en su libro: «Les Donées et les inconnues du probleme alimentaire». (París 1927). Los trabajos de Pasteur, pusieron en guardia al público sobre los peligros de los microbios, y los discípulos del gran sabio, exagerando los principios del Maestro, no tuvieron más que una preocupación: impedir la penetración de microbios en el organismo humano. De aquí nació la idea de una alimentación absolutamente esterilizada, aconsejando una ebullición o una cocción prolongada. Los resultados de estas preocupaciones exageradas, fueron la destrucción total o parcial de principios

nutritivos indispensables; la consecuencia más grave, el aumento considerable del escorbuto infantil o enfermedad de Barlow. Años más tarde, Rubner habla de la isodinamia, y entra en el campo popular la doctrina puramente energética de la alimentación; el razonamiento es simplista: si la dieta ha de dar un número determinado de calorías, y se conoce exactamente el valor calórico de cada alimento, la cuestión está en tomar alimentos muy concentrados, que además de resultar más baratos, al bastar menor cantidad de alimento para la manutención, no fatigarán tanto al tubo digestivo. La doctrina energética, base fundamental de la dietética moderna, ha constituido un progreso científico enorme, pero la aplicación exagerada de este principio, sin tener en cuenta que además de condiciones cuantitativas, la dieta debe llenar condiciones cualitativas, ha sido desastrosa: enfermedades por carencia, raquitismo, trastornos intestinales con estreñimiento, etc. Y a estos dos ejemplos, puede añadirse un tercero, la preocupación actual del público por las vitaminas, que ha dado lugar a la preparación de gran cantidad de productos alimenticios y farmacológicos, no todos de absoluta garantía. Otro prejuicio actual, de las clases más ricas, es la preocupación por los alimentos muy puros, y han pasado más de veinte años desde que Hopkins demostró que la alimentación absolutamente pura, químicamente pura, no era suficiente para asegurar el crecimiento, aun ingerida en cantidades energéticamente muy superiores a las necesarias.

La civilización nos aleja cada vez de las condiciones naturales de alimentación, de manera que a medida que se avanza, se come peor desde el punto de vista fisiológico. Se va perdiendo el instinto del hombre primitivo, modificado por mil conveniencias, razones económicas, costumbres, etc., y no lo substituye una noción científica. Los grandes errores alimenticios, producen enfermedades bien conocidas, pero los pequeños errores, repetidos durante mucho tiempo, sin dar lugar a grandes alteraciones patológicas, que siembran la alarma, pueden producir trastornos, que no siendo en sí mismos de gran importancia, disminuyan las condiciones de resistencia frente a otros medios nocivos. Si a estos peligros generales del desconocimiento, se agrega en las clases más pobres, el peligro de la alimentación escasa, el problema se complica cada vez más. El programa a llenar, teóricamente es muy sencillo: valor alimenticio máximo y mejor, por precio mínimo, pero en el terreno práctico, las dificultades se presentan una detrás de otra. Primero las de orden científico, para resolver el problema de cual es la dieta mejor; luego, de orden social, procurando que esta dieta científicamente

establecida llegue a conocimiento de todos, en todo su valor, pero sin exageraciones, y se imponga por raciocinio, por sus evidentes ventajas, no por la fuerza, de la misma manera que entre las huestes del Capitán Cook, como él mismo cuenta, al llegar a tierra después de largas navegaciones, se imponía la necesidad de ingerir plantas frescas, sin que hubiera nunca necesidad de obligarles a hacerlo por la violencia. Y finalmente, las dificultades de orden pecuniario: procurar que los alimentos mejores no sean los más caros.

Esto último es difícil. Los alimentos especialmente caros son la carne, el pescado, los huevos, la leche. El problema del pescado, presenta caracteres especiales: posiblemente con una buena organización de la pesca y de la venta, podría lograrse una rebaja considerable en el precio; pero la principal causa de su precio elevado es su conservación difícil, que impide el transporte de unos países a otros, y la reserva de una parte en las temporadas buenas. En cuanto a la leche y la carne, productos animales, se ha de tener en cuenta que una hectárea de terreno, según cálculo de Thaer, sostiene al año el ganado suficiente para dar de 250 a 300 kilos de carne, es decir, para alimentar tres o cuatro personas; el mismo terreno dedicado al cultivo de cereales puede alimentar más de cuarenta personas. Para la leche, la diferencia es menor, pero explica todavía la distancia en el precio; también su precio es más bajo que el de la carne.

En cuanto a las dificultades de orden pecuniario, resolverlas o al menos aminorarlas, es una función del Estado, y los medios para lograrlo, caen muy lejos del campo de mis actividades habituales. Mis conocimientos económicos son muy escasos, pero cada vez que he procurado instruirme sobre este problema concreto, me ha sido imposible, por que, se han publicado muy pocas cosas, a pesar de su importancia enorme para el presente y el porvenir de los pueblos. Pierre François ha publicado una serie de comunicados oficiales y estudios realizados por el Comité técnico de la alimentación, organizado por el Ministerio del Comercio de Francia en 1926. («Pour une politique de l'Alimentation». Alcan, 1928), de bastante interés. Entre las medidas estatales que conducen a un aumento en el precio de los alimentos, están primeramente los impuestos indirectos sobre ellos; luego, una política aduanera mal dirigida. Este punto es de una enorme dificultad: una libertad excesiva, puede arruinar al país, inundado por otros que por diversas condiciones puede producir a menor precio; una política de defensa encarece la vida. Desde un punto de vista ampliamente humano, aunque enunciándolo con una gran vaguedad, François dice que la política defensiva

de aduanas, solamente será aceptable si está justificada en absoluto por las circunstancias. El problema está en saber a partir de qué punto las circunstancias la justifican

También se ha culpado a la ley de ocho horas de contribuir al alza de los precios, por disminución del rendimiento de la mano de obra y por despoblar el campo, necesitándose mayor personal en los centros industriales en los momentos de pleno trabajo, y por la atracción que la ciudad representa siempre para el campesino, y cada vez más, a medida que las reformas sociales van mejorando la condición del obrero industrial, no cambiando prácticamente la del obrero agrícola. La primera razón, no es aceptable. Todo hombre puede producir un rendimiento máximo de trabajo, y por encima de éste, aunque aumenten las horas, no aumenta la producción, y según los estudios de fisiología del trabajo, ocho horas de atención, representa el rendimiento máximo del obrero medio; todo aumento en la jornada, en circunstancias normales, no representa un aumento paralelo en la producción. En cuanto al problema de la despoblación del campo, queda fuera del objeto de esta conferencia y de mis conocimientos

Y con esto termino. Estos problemas de nutrición y de economía de la alimentación, tienen una gran trascendencia sobre la manera de pensar, de sentir, de reaccionar de los individuos y de las colectividades. Un ensayo completo sobre esta cuestión sería de un gran interés, y revelaría la influencia de factores nutritivos en muchos de los grandes movimientos históricos e ideológicos de la humanidad. Dicen Marx y Engels en el «Manifiesto comunista»:

¿Se necesita una gran perspicacia para comprender que las ideas de los hombres, sus nociones concretas, así como sus conceptos abstractos, y en una palabra, su conciencia, se modifica con sus condiciones de existencia, con sus relaciones, con su vida social? ¿La historia de las ideas, qué prueba, sino que la producción intelectual se forma según la condición material? Las ideas dominantes de una época, han sido siempre las de la clase dominante, y la clase dominante será siempre la que se nutra mejor.

Meditemos sobre esto: debe procurarse una mejor nutrición para todos. Deben quererlo las clases más afortunadas aunque sólo sea por caridad; deben quererlo los proletarios, por egoísmo, y por ser uno de los caminos para llegar a la transformación de la sociedad; debemos quererlo todos. Esto nos llevará a una humanidad más sana, y que por ser más sana, será también moralmente mejor.

Raúl Silva Castro.

LA NOVELA COMO DESTRUCTORA DEL HEROISMO

DESDE la revolución del 26 de Julio he oído con insistencia una candente pregunta, dirigida principalmente a los hombres de pluma. Esta pregunta, que tiene muchos matices diferentes según sea quién la pronuncie y sobre todo según sea el que la oiga, podría formularse más o menos en la siguiente forma: «¿Qué transformación ha debido experimentar el espíritu chileno para soportar durante cuatro años sin queja aparente y valedera un estado de cosas que repugnaba a casi todas las conciencias?» Los que así interrogan indican implícitamente que habrían esperado otra reacción de las minorías pensantes de Chile. Habrían esperado, por ejemplo, locas rebeldías que se hubiesen asilado en las barricadas, gestos de heroísmo y de voluntaria aceptación del martirio, fuerte y erguida protesta contra el mal y el infortunio político. La fría actitud escéptica de nuestros días parece fruto de una moda. Los hombres se han hecho más deportivos y han reemplazado voluntariamente las luchas antiguas, de la tribuna y de la prensa, por las cómodas competencias del estadio. Menos ideas y mejor salud parece ser el imperativo de una época apta para sufrir todos los yugos. El hombre que perora, se agita y trata de agitar a los demás mediante la acción del contagio ideológico,

parece ya un bicho raro. Hay en él el desplante de los revolucionarios del siglo XIX, que atravesaron toda la centuria delirantes y febriles. Esta figuración es tan valedera para Europa, donde Ortega y Gasset ha proclamado la decadencia de las revoluciones, como para Chile. Chile también ha tenido un siglo XIX encendido y furibundo, de pasiones caldeadas al rojo y de contiendas constantes. La revolución de la independencia no cesó en 1818: dejó una estela de fervor inquieto que se prolongó hasta 1891, donde tuvo un último brote de bravura. A lo largo de esos años, bajo una normalidad a veces más aparente que real, ha latido siempre una inquietud política. Los escritores y poetas eran hombres de barricada que no temían llevar sus ideas políticas a sus versos y a sus discursos. Recorrer la producción literaria de esos años lleva de la mano a revisar la historia de los hechos sociales y hasta de las alteraciones del Gobierno de la República. Nada más ajeno a los hombres del siglo XIX chileno que la torre de marfil en que después se han complacido algunos escritores en hallar su aislamiento y cobijar su cobardía.

Pero hay, entre muchos, un antecedente curioso que, a mi juicio, podría explicar, en parte, estas actitudes contrapuestas, prescindencia en estos años, intervención—desorbitada si se quiere—en los del siglo XIX. ¿Qué leían los hombres del siglo pasado? ¿Qué leen los hombres de hoy? Y al decir qué lee un hombre creo que se toca un lado íntimo de sus predilecciones y de sus inquietudes. No se lee—salvo el caso del crítico, que tiene obligaciones profesionales—todo lo que aparece. Se lee, en cambio, para adherir, en una forma u otra, a lo leído. La lectura es un hecho de activa participación en el cual ha de reconocerse a cada instante una predilección interior, una pendiente determinada hacia una manifestación literaria precisa. Pues bien, el hombre del siglo XIX leía todavía a los clásicos griegos y latinos, en los cuales abundan las leyendas

heroicas. El hombre de nuestro siglo—no importa que haya nacido dentro de los linderos de la centuria pasada—lee, en cambio, novelas... La diferencia salta a la vista. Los clásicos cuentan hazañas de hombres como dioses, para los cuales la bondad y la justicia dominan todo, y particularmente el egoísmo y la cobardía. Cantan aventuras en que se arriesgan situaciones y hasta la existencia misma. Loan el heroísmo y la sinceridad, el placer y el dolor de triunfar del destino y de los hombres (1). Son, en fin, una invitación a la vida heroica, al peligro y a la dominación. La novela, producto burgués de las ciudades y manifestación coetánea del maquinismo, sigue una huella distinta, opuesta acaso. La novela es la narración de destinos vulgares, la sublimación de anhelos minúsculos y casi siempre desprovistos de trascendencia. De su ámbito se exhala un aire de intimidad y de recogimiento en el cual se trasunta la vida vulgar. A veces me reprocho leer novelas lo mismo que pudiera reprocharme—si tuviera esa costumbre—mirar por las cerraduras. Me parece que ando a la caza de intimidades, de menudos hechos de alcoba. Creo cruzar otra vez los viejos patios de las casas en que viví en la infancia, patios aromados por las flores y los racimos en el verano, húmedos de zozobra y de lluvia en el invierno. La novela es un cortejo de sombras domésticas, destinado a limar las aristas de la rebeldía y que invita a cada instante al renunciamiento.

Se me dirá que limito absurdamente las lecturas de nuestros abuelos y padres cuando digo que sólo leían

(1) Los hombres que hicieron la revolución de la Independencia de Chile eran, por ejemplo, asiduos lectores de Plutarco, cuyas *Vidas paralelas* corrían de mano en mano en las viejas casas nobles de Santiago. Hoy en materia de biografía se ha hecho costumbre leer una ralea de biografías noveladas que persigue abatir la nobleza humana y probar al hombre medio que los héroes y los grandes conductores de muchedumbres tenían defectos... ¡Triste sabiduría! En cambio se pierde el valor ejemplificador que tiende a conocer los detalles de una vida grande, apabullada por una granizada de anécdotas que parecen destinadas a probar que ya no debe haber grandeza. La dominación de la burguesía, que es la clase envidiosa por definición, no podía haber producido otro resultado.

a los clásicos griegos y latinos. Lo reconozco. He sido olvidadizo. También leían folletines y algunos dramas románticos en que triunfa la virtud y se castiga el vicio con extraordinaria severidad. En los primeros despuntaban las luchas sociales que luego hemos visto enredarse en una inestricable madeja. ¿No hay en cada folletín una mujer humilde engañada por un marqués o conde—sin título pomposo no hay folletín—que mancilla su cuerpo, pero no logra doblegar su alma? Después de muchas peripecias, de algunas anagnórisis convencionales y de otros obstáculos, esa mujer despreciada consigue, a veces en su lecho de muerte, reparar su nombre y legar la herencia de una virtud herida, pero no vencida a los hijos de su amor. Los dramas románticos también emplearon estos procedimientos para engañar a sus lectores u oyentes. Arrojan sombra sobre un tipo de seres para ensalzar a otros. A veces llevan a la escena la muerte en duelo, el violento desanudarse trágico de problemas ante los cuales no se puede hallar acomodo fuera de tales exageraciones. Finalmente, en unos y otros, los hombres se juran pasiones eternas y proceden guiados por convicciones duraderas y nefastas. El adolescente que ama promete amar hasta la tumba. La mujer que se sacrifica dice que la vida no le importa. Los ideales cruzan la escena o las páginas del folletín como descargas de artillería. Y como los tiros no son de fogueo, hay muertos y heridos.

También conviene mencionar entre las lecturas de nuestros antepasados esos apóstrofes líricos, esas declamaciones entusiastas, esas tiradas de rima estruendosa, que hicieron su agosto en el siglo XIX. Los poetas se sentían mesías y querían interpretar la voz de las muchedumbres. Cantaban a la imprenta y al mar de roncas iras, a la libertad y a la fama, a la gloria y a la patria. Mostraban al hombre inclinado siempre al sacrificio y a la apoteosis. En un escenario en que se manejaban habitualmente los rayos y en que las potencias ce-

lestes no se desdeñaban de intervenir junto a los humanos, había grandeza. El hombre se contagiaba con el espectáculo, y en verso prometía llegar a la muerte por la libertad. En verso también le respondía esta última, o la fama o la gloria o la inmortalidad, y ceñía sus sienes con una corona de inmarcesible laurel.

¿Cómo es posible que con estos estímulos los hombres mantuvieran el apartamiento de las luchas cívicas, si es que alguna vez se sentían tentados de abandonarlas? Había una colaboración estrecha entre la literatura y la barricada. La primera era un anuncio de la segunda y luego era su comentario. ¿Cuánto periclitó todo esto? Difícil sería precisarlo; lo que sí se puede decir, sin temor a errar, es que ha periclitado muy claramente. Los poetas de hoy cantan cosas muy distintas y usan un tono más doméstico, más casero. Generalmente se ocupan sólo en sus amores y no hacen de éstos una cosa trascendente sino un asunto de fuero íntimo, que sólo por condescendencia acceden a explicarnos. Sus amores, por lo demás, se han reducido. Antes, en el buen tiempo de las revoluciones, los poetas amaban su hogar y en él particularmente a sus mujeres y a sus hijos, pero también amaban la patria, el heroísmo y la libertad. Hoy nuestros poetas han concentrado sus afectos sólo en sus mujeres, a las cuales llaman amadas o hermanas. Hay asimismo modalidades diferentes, y mientras algunos de estos poetas aluden a los hechos íntimos de su vida con evidente complacencia, otros más avanzados los celan con rigor. Parecen más pudorosos.

He visto no pocas veces llamar *epopeya burguesa* a la novela. A mi juicio es una denominación errónea. La epopeya supone el culto del heroísmo y de las virtudes nobles del hombre, ya presentando a éste en un estado de exaltación apropiado a las luchas guerreras, ya animado por los dioses mismos que le dan ejemplos

(1). La novela, como fiel reflejo de la vida de la burguesía, muestra la sujeción del hombre de hoy a todos los hechos exteriores—instituciones y costumbres, prejuicios y manías sociales—que están destinadas a limitar sus vuelos y a encerrar sus actos en un estrecho marco de rutina y de renunciación. Llamar héroe al personaje de la novela sólo puede pasar como figura de lenguaje, así como tampoco deberían llamarse peripecias los minúsculos incidentes que forman su trama. La epopeya es el fruto literario de una época en que no había límites claros entre el hombre y el superhombre o el semidiós. La novela es, en cambio, la traducción literaria de una era que ha reducido el heroísmo a la condición de viejo cachivache y que abomina del arretrato, de la lucha ideológica y del entusiasmo por la cosa pública. Más todavía: no son pocos los novelistas que han hecho la sátira de la intervención del hombre medio en los hechos de gobierno y que de este modo han soldado un nuevo eslabón en la cadena de sujeción.

Los hombres que anhelan, pues, la libre intervención del ciudadano en todos los actos del gobierno de los pueblos, harían bien en acordarse de renovar el elenco de las lecturas del hombre medio. No es ambiente propicio para mantener las virtudes heroicas el que se exhala de las novelas al uso. La burguesía es la clase que ha hecho abstracción del heroísmo para conquistar derechos y posiciones; el único heroísmo que le reconozco es el de la renunciación, y como tal es un heroísmo de tono negativo y de carácter a menudo vergonzoso. La burguesía rumia su pan en paz y pide

(1) *La Ilíada* y *La Odisea* parecen los ejemplos más claros. La primera canta la cólera de Aquiles y muestra a cada paso la intervención de los dioses en los asuntos humanos; la segunda cuenta las astucias de Ulises en su peregrinación por las islas y los combates de los caballeros que pretenden la mano de la mujer que aquél ha dejado abandonada. Los dos poemas son una formidable invitación a la vida heroica, y uno de sus resortes retóricos más poderosos es sin duda la elocuencia.

a todos los hombres que la imiten y que la dejen gozar eternamente de la paz y del succulento egoísmo que son sus divisas. Su creación literaria típica, la novela, las formas de asociación que busca y desarrolla, el estilo de su intervención en la cosa pública prueban que ha amputado con rigor las virtudes heroicas y viriles para conservar, en cambio, los instintos moderadores, el tino y la discreción. Y con ese bagaje se puede ir al asalto de empleos, se pueden elogiar los gobiernos de fuerza, se pueden explicar todas las claudicaciones. Pero no se puede construir una patria.

Germán Luco.

EL PERFECTO FUNCIONARIO

HISTORIA PRELIMINAR

CUANDO a don Diómedes Abarzúa le dieron el primer biberón, ya su madre descubrió en su avidez golosa los síntomas claros de un futuro funcionario.

Porque los hombres nacen con un destino, como los gatos con la tendencia de la caza y los perros con el instinto del ladrido y del mordisco.

Hay signos del zodiaco, que adentran su tatuaje determinativo en la médula de cada cual.

La emoción, la genialidad, el espíritu, la avaricia o la bovina estulticia se forman en cada individuo, apenas desecha el claustro materno a ese feto blanducho y rosadote, que aturde al mundo con sus berridos de libertad.

Don Diómedes Abarzúa fué funcionario antes y después del parto.

De pequeño tuvo una estadística de sus juguetes y una estricta disciplina para sus actos naturales.

Con tales virtudes, no era extraño entonces, que este Diómedes alcanzara con paciencia china y meto-
dismo sajón hasta ocupar el cargo de Jefe de una repartición pública en la progresista ciudad de Paso del Gato.

Cuando el prójimo en cuestión llegó a este pináculo provincial, sus abriles habíanse sucedido cincuentas

veces consecutivas en el rutinario almanaque del oficialismo administrativo.

Nos podemos economizar la descripción física de don Diómedes, porque el lector debe saber, que todos los empleados públicos, con pequeñas variaciones, tienen una fisonomía peculiar, casi uniforme y que les imprime el carácter de sus funciones. Era un todo opaco, intrascendente y hasta poco aprovechable para las especulaciones antropométricas y de ningún valor para el examen psicológico.

Sin embargo, hay que anotar su característica dorsal, es decir, el complemento indispensable de su humanidad, consistente en una amplia aceitada y dócil bisagra, dispuesta con disciplina para las reverencias, destinadas exclusivamente para todos aquellos de mayor categoría en el escalafón, de mayor fortuna o de mayores influencias en los dominios de la política.

En cambio para los inferiores en renta, situación o influencia, Diómedes poseía el protector guiño de ojos, el «como le va» y el estrellón sonoro de su omnipotencia.

El portero de la Oficina debía retroceder para no volver la esfera posterior al magnate y para concurrir a ciertos sitios íntimos y privadísimos se colocaba en ambas manos esos guantes de caucho, que inmunizan a los cirujanos en sus descuartizamientos clínicos.

Como todos los galeotes de la disciplina y los prometeos de la constancia, don Diómedes Abarzúa había uncido a una mujer «aguantadora», plebeya, de recias carnaduras, toscona de maneras y que le dispensaba todas las pleitesías imaginables, como si fuera la comparsa de un Marajah o la simple concubina de un dispendioso Rey del celuloide.

De ese matrimonio de aparejamiento material nacieron hasta ocho macacos con la tiesura del padre y la mansedumbre maternal. Diómedes 2.º, Nicolás, etc., etc...

Ella que conocía toda la vida de esfuerzo de su marido funcionario, su escala de ascensos sin rebeldías, su paciencia de cenobita y su matrerismo administrativo, parecía el «Cuentas Corrientes» de los sucesos íntegros del poderoso señor de ahora.

Y callaba y sonreía, acariciándose con su lengüilla los bigotes reacios al depilatorio, cuando en la provincia inefable y cursilona recibía los parabienes a su categoría de «señora del funcionario».

Y se lo merecía doña Rita.

25 años planchando el filo impecable de los pantalones de Diómedes, gastándose los dedos con el pañito untado en bencina para desgrasar los codos y el cueilo de los vestones, matizando las corbatas con los trajes y venciendo la vejez del calzado a fuerza de felpas y Nuguet...

Todo por la gloria funcionaria y para que los 8 ombligos descendientes del prócer pudieran exclamar mañana: «el papá funcionario»...

Don Diómedes no se había demostrado ni buena ni mala persona, como no podrían descubrirse signos virtuosos o depravados en un saco de camotes.

Era una máquina, o mejor dicho una ruedecilla del mecanismo administrativo, con 8 horas diarias de asistencia a la Oficina, sábados ingleses y domingos libres.

Días lunes, miércoles y viernes: ropa azulmarino, zapatos bayos y corbata gris perla...

Días martes, jueves y sábado: ropa café, zapatos negros y corbata ladrillo con florones negros...

Días domingos y fiestas de guardar, aniversario, etc., tenida Barros Jarpa, hongo, corbata amatista con prendedor de camafeo y zapatos con caña de ante gris. Después del almuerzo, cigarro habano y club...

Jamás, como lo sabía su esposa en sus entretelas sentimentales, Diómedes había sido adúltero. Nunca

se le había conocido un desliz ni una preocupación de pulso acelerado.

Las dactilógrafas de su Oficina eran sagradas para el dominador de todos los supernumerarios del mundo. Su corazón era invulnerable, seco como un sarmiento, fuerte y acorazado para las asechanzas, como si le hubieran restado toda percepción con una guta-percha doble.

50 años castos y sujetos a la brida conyugal, como el asno de la noria. Sin embargo, cuando fué destinado a la provincia de «Paso del Gato», parece que los últimos fervores de la sangre agitaron su encéfalo y prendieron los brotes de una juventud precaria.

En el ambiente provinciano, en que se apeñuzcan las pasiones y el trato toma singularidades muy íntimas, don Diómedes sintió nuevas necesidades y pensó, antes de iniciar su expediente de jubilación, en una aventura amorosa.

Tenía en sus manos poderes ignorados para triunfar.

El «Paso del Gato», cuyo clima húmedo era proverbial, las gentes se dedicaban a la procreación consciente, así es que por razones selectivas de la especie se destacaban algunos productos femeninos de innegable belleza y consumada factura.

Diómedes confeccionó, según su hábito, la estadística de las mujeres del pueblo en estado de merecer sus favores y después de grandes cavilaciones, que casi lo llevaron a la meningitis, escribió en su Agenda de bolsillo:

«Mujer ideal—Rubia, de cuerpo esbelto y con ademanes provocativos. Situación económica no muy buena. Facilidades de tramitación: «mujer de un empleado subalterno»...

Y ese día, satisfecho de su elección, cuando llenó su oficina como un brazo de mar, imponente y severo, al encontrarse con el marido de la elegida, se permitió

la confianza de golpearle el hombro y decirle con exquisita condialidad:

—Como le va... miii... amigoooo!

DIÓMEDES TRAMITA

Los apetitos contenidos durante medio siglo de existencia se abrieron en Diómedes en forma detonante. Así como los nuevos ricos, que la fortuna encumbra en categoría inmediata desde la franciscana pobreza a la más brillante expectación, Diómedes, envenenado por el deseo elevó hasta la hiperestesia su corazón, sus nervios, su sueño y hasta su médula funcionaria.

El que ántes fué la concreción de la disciplina, la exactitud determinativa, el resolutor de todas las ambigüedades administrativas, empalidecido como un cadete y agonizante de voluntad, se entregó al delirio de ese deseo mortal, que la caligrafía de su Agenda lo indicaba como su camino a Damasco...

La rubia flexible y ondulante le quemaba los sesos!

El hogar le mortificaba, la Oficina con su enclaus-tramiento de 8 horas, apenas le dejaba tiempo para el deleite de sus proyectos y como las decencias o conveniencias sociales, le impedían realizar im-promptu los desatinos de su amor, el probo funcionario se violentó de tal manera en su vida íntima y en sus desempeños oficiales, que la psiquiatría llegó a temer la consumación de una desgracia irreparable.

Empero, Diómedes, con régimen estricto de dietas y fosfo-muriato de quinina logró recuperar su estabilidad física.

Fué, entonces, cuando el nuevo vigor le iluminó para proseguir sus planes amorosos.

Un timbrazo... un decreto y el primer paso de avanzada quedaba marcado en la historia de Diómedes.

El subalterno cónyuge de la elegida fué enviado en «comisión del servicio» a una zona lejana...

La plaza quedaba pronta para el asedio.

En el cerebelo de Diómedes se estamparon más nítidas las escenas de ese amor, que le había conturbado sus horas hasta las proximidades de una tragedia.

Y una tarde propicia, Diómedes agitado por las violencias de la diástole y la sístole, se encaminó a la casa de la rubia ondulante. Su mujer propia, desconoció los afanes del conquistador, su nerviosidad, sus ademanes y hasta esa elegancia improvisada con las prendas más escrupulosas de su ropero. Jamás lo había visto tan ágil, tan risueño y condescendiente.

La buena mujer pensó en un ascenso, en una nueva condecoración administrativa para Diómedes, cuando éste salió del hogar envuelto en la aguda serpentina de una canción de moda silbada a pleno pulmón optimista.

Un calor inefable circulaba por los sentidos de nuestro héroe.

Las casuchas del aldeón le parecían magníficas, las gentes cordialísimas y simpáticas y el aire sedante de la tarde otoñal se le adentraba en la sangre con saludable energía.

Qué excelencias ignoradas reservaba la vida para los probos funcionarios.

LA HORA

Existen dos cosas substancialmente diferentes, pero que producen idénticos efectos: el examen de bachillerato y la primera declaración de amor...

La promoción universitaria y la escaramuza inicial del amor causan esa sequedad en la garganta, esa laxitud o agotamiento nervioso, que aniquila toda decisión haciendo de nuestra línea determinativa un bailable o una tembladera.

Se pierde la normalidad y nacen en el individuo las reversiones del yo ponderado y eficaz.

Por eso, cuando Diómedes oprimió el botón de la campanilla anunciando su presencia en la casa de la rubia ondulante, trató de disimular su angustia anudándose en el vértice de su cuello inmaculado la flamante corbata de seda clara.

En el pequeño recibimiento una mucama con trazas aborígenes, trataba de ordenar las gardenias, que Diómedes había anticipado, siguiendo las cortesías preliminares de toda visita galante o con intenciones de tal.

A poco, la sonrisa fresca y el rubio temblor de la deseada inundaron al huésped. Una penumbra propicia borraba los contornos del mobiliario y por entre las venas luminosas de los postigos jugueteaban los átomos y las moscas.

Se habló de los merecimientos del marido ausente, de su conducta intachable y del mérito que significaba su comisión actual.

Ella entornaba los párpados disimulando su ruboroso orgullo.

Y así se sucedió media hora, hasta que Diómedes, alentado por el ambiente fácil y la obsequiosa dulzura de la cara mitad del subalterno, inició su estudiada declaración.

—Ud... señora...

—Nena... Dígame Nena a secas!

—Agradecido... Ud., Nena, debe excusar mi impertinencia al venir a su casa sin previa invitación, pero hay circunstancias y fuerzas mayores que nos impulsan violentamente... Empiezo por excusar mi atrevimiento.

—Es Ud., muy fino, don Diómedes.

—Llámeme Diómedes solamente...

—No podría señor Abarzúa...

—Ensaye Ud. . . . Encontrará Ud., absurdo que venga a visitarla en ausencia de su marido, pero . . .

—Lo comprendo.

—Yo necesitaba hablar a solas con Ud. . . . Hace tiempo . . . ¿No ha notado Ud., algo raro en mi actitud?

—Sí, el viaje repentino de mi marido . . .

—Se lo confieso candorosamente . . . Yo inventé esa comisión para proporcionarme esta oportunidad, que al fin ha llegado. Yo la admiro a Ud., con ansias, con delirio . . . No duermo, no vivo sino pendiente de esa cara que me ha embrujado, desequilibrando la paz de mi conciencia . . . Deme Ud. una esperanza; diga una sola palabra de alivio . . .

—Ud. me confunde don Diómedes . . . Acuérdesese de mi situación.

—Estoy dispuesto a sacrificar todo lo que sea posible. Una obsesión a mis años es fatal . . .

—Cálmese Ud. Hable despacio, mire que la servidumbre espía . . .

—Ud., no me puede despreciar . . . Entiéndalo bien.

—Si es Ud., caballero, tenga la bondad de retirarse de mi casa. Ahora comprendo la excusa anticipada de su impertinencia . . .

—Ud., olvida mi categoría superior . . .

—Ha demostrado Ud., lo contrario . . . Adiós señor . . .

Y la puerta de calle se cerró violentamente, mientras el infortunado funcionario enjugaba su copiosa transpiración y las piernas apenas le obedecían en su fuga precipitada.

Se había injuriado su dignidad, despreciando su influencia todopoderosa y colocándole en la situación más ridícula a que puede hacerse acreedor un hombre en estos trances.

Por la esclerótica de sus ojillos tenebrosos pasó un golpe de sangre iracunda y en las comisuras de los labios sintió la acre espuma de la hidrofobia.

Despreciaba a toda la humanidad y se despreciaba él, en su propio fuero.

Tres sílabas amargas se le clavaron en las paredes del cerebelo, como la acusación manifiesta a su torpeza:

«IN-CA-PAZ».

Pero él debía vengar su honor...

LA VENGANZA

Un hombre cualquiera, que ha fracasado en una aventura de esta especie se olvida de ella y simplemente la tarja en la Agenda de sus perspectivas.

Pero Diómedes no podía hacerlo así. Iba en ella la esperanza total de su vanidad, así es que, insistió, imploró la misericordia de la rubia y como no pudo alcanzar el privilegio soñado, ideó su venganza.

El subalterno fué llamado apresuradamente a «Paso del Gato», dándose término perentorio a su comisión y sin explicaciones previas.

Cuando firmó la orden, dijo Diómedes al Jefe de Sección:

—He descubierto ciertas inmoralidades en la vida privada de este señor y por el prestigio de la repartición que represento, debe comparecer inmediatamente a vindicarse.

Y con el placer morboso que destila la pasión vengadora, Diómedes rubricó la orden, imaginándose anticipadamente la amargura que iba a desparramar sobre ese hogar y el tardío arrepentimiento de la rubia, incomprensiva del porvenir administrativo de su marido...

Trataría de aniquilarlos, de hacer expulsar al marido del servicio, inventando fácilmente todas aquellas pequeñas calumnias que desvalorizan la vida de los empleados y los convierten en reos de un Juez inape-

lable: el Jefe. Don Diómedes ponía un precio insignificante en esta lucha desigual.

Ella, que había sentido en sus oídos el temblor apasionado de sus palabras calcularía hasta donde conviene el sacrificio que debe aportar la mujer legal para los éxitos del marido.

El honor del hogar, pensaba Diómedes, es una baratija ante las consideraciones preeminentes con que condecora y dignifica la Administración Pública.

Hay que tener temperamento de empleado público antes que nada y por sobre toda otra consideración. Envergadura funcionaria, eso es.

.....
—Lo dicho, exclamó Diómedes, golpeando encima de un legajo de trámites. Lo he llamado para que me explique los rumores que circulan en «Paso del Gato», de la actitud bastante indecorosa de su señora... Yo como Jefe, debo vigilar y juzgar su vida privada y no tolero, entiéndalo bien, que se murmure de la moral del personal a mis órdenes. Su esposa se sienta en la plaza pública luciendo hasta las ligas y en vez pasada estaba reunida con un grupo celebrando algunos cuentos verdes... Tampoco va a misa y se negó a ser socia cooperadora de «Las Hijas de la Buena Lengua»... ¿Qué significa esto? Yo no lo puedo tolerar... Presénteme en el acto una solicitud por 15 días de permiso sin goce de sueldo... ¿Lo ha entendido?

—Sí, señor, tartamudeó el subalterno, destrozándose los dedos para no deshacer de una bofetada a don Diómedes.

—Puede retirarse...

Empezaba, pues, su venganza. Qué satisfacción tan agradable se escurrió por sus venas, como un vino generoso, cuando vió al desgraciado subalterno resbalar con torpeza en demanda de la severa mampara.

Dentro de cinco minutos el hogar de ella, sentiría caer con estrépito el rayo de su omnipotencia.

Y todo por restarle una condescendencia a su amor puro, desinteresado y romántico, que lo había acercado a los umbrales de la locura.

Qué imbéciles son las mujeres de algunos empleados!...

EN PASO DEL GATO...

En «Paso del Gato» la vida del prójimo se adivinaba como la suerte del naipe gitano. Lo que no era real se inventaba y lo que era verdad se aumentaba con la ociosa imaginación de quienes viven pisándose los talones y hurgándose los piojos del chisme. Hasta los varones más graves y ponderados se contagiaban con esta sífilis de la lengua. Todas las mujeres eran adúlteras y todos los hombres incestuosos o ladrones.

Nadie se escapaba en la feria de la mutua murmuración.

Cuando don Diómedes apenas firmó la orden que suspendía al marido de Nena «por 15 días sin goce de sueldo», ya todos los habitantes de «Paso del Gato» sabían los pormenores de tan importante determinación administrativa.

La visita de don Diómedes, el rechazo de la rubia ondulante, el llamado urgente del marido, la licencia obligada y hasta los términos de la entrevista entre el Jefe y subalterno se oían en todas partes, como el bocadillo exquisito, indispensable para la nutrición poblana.

En esos días había muerto Amundsen, pero nadie le dió importancia al santo héroe polar, ante la trascendental novedad, que corría como mercurio disperso por las calles y plazas, boticas y sacristías de «Paso del Gato».

El pobre subalterno y su mujer debieron encerrarse en su casa y aunque los muros eran de metro y medio de espesor, hasta ellos llegaba, a la sordina, la

murmuración que crecía en el pueblo con estrépito huracanado.

Se terminó la licencia de 15 días y el marido fué incapaz de concurrir a la Oficina y valiéndose de una carta, pidió se le ampliara su inasistencia sin «goce de sueldo» para trasladarse a la capital a conseguir su traslado.

Y el marido, abrumado de conjeturas, no volvió más a «Paso del Gato» y la rubia ondulante se esfumó del pueblo, donde el deseo se había tendido en su demanda como la cautelosa red de los pescadores.

Y como la mejor solución para hacerse olvidar de los habitantes de «Paso del Gato» era abandonar el pueblo, los hombres y las mujeres cambiaron de tema y el recuerdo despuntaba en las lenguas viperinas, sólo cuando don Diómedes balanceaba su trascendencia en lugares públicos.

EPÍLOGO

El loco por la pena es cuerdo, dice el añejo refrán...

Don Diómedes empezó lentamente a sufrir las nostalgias de la Nena.

Tenía sueños lúbricos, impúdicos, en que danzaban los pies desaudos de ella sobre su frente afebrada o envolviéndolo en el vértigo perfumado de sus brazos y ofreciéndole espontáneamente los labios húmedos, lujuriosos, mientras sus ojos dorados se velaban en íntima reconcentración del placer.

Muchas noches los gritos de Diómedes sobresaltaron a la señora Rita.

Amanecía agotado, con los ojos extraviados en panoramas de fiebre y la cabeza llena de humo.

Apenas podía firmar el despacho urgente.

Los minutos caían del péndulo como gotas de plomo ardiendo y hasta los ruidos más insignificantes se proyectaban en las paredes craneales como un torbe-

lino de ecos malditos, de agudas prolongaciones e insistentes sonoridades.

La rubia ondulante, como el fantasma de su conciencia, surgía del vaho de la sopa, del tintero de su Oficina, del affiche del cine, de la copa de whisky-sawers y en las noches llegaba hasta materializarse en su cuerpo y en su deseo febril.

La enajenación o la demencia, se deben, según afirmación de las enciclopedias, a que las facultades intelectuales, morales y afectivas no han adquirido nunca un desarrollo suficiente, o a que después sufren una perturbación o a que se debilitan por la edad provectora o por la senilidad prematura.

Ese amor, que soñó Diómedes con furores vesánicos y en el que puso toda la fe de su vanidad, le había perforado la masa encefálica, como el plomo de una bala certera.

Y por ese ojal de su fracaso se le iban las ideas, en torpe desbandada, dejándole un hueco profundo, blanco y doloroso, donde no cabían ni la disciplina, ni el orden, ni la estadística, ni la voluntad, ni la memoria, que fueron antes los dones maravillosos del funcionario.

Empezó a hablar incoherencias, a adoptar maneras impropias y hasta hizo ampliar la fotografía de un paseo campestre en que aparecía ella, para colocarlo en su despacho público, ante la sorna de los empleados.

¡Siempre ella!

Obcecado, delirante, por el fantasma imperturbable que le seguía con su ritmo de culebra y con sus ojos dorados.

Una mañana, mientras se afeitaba, sintió agitarse sobre su individuo normal, la tremenda crisis nerviosa y las siete garras negras de la locura le quitaron el control y trató de partirse la carótida con el filo de la navaja. Y llenó la casa de gritos y de nombres, de palabras agresivas y de imploraciones lastimeras.

—Nena! Vengan a salvarme...! Mi Nenaaaa!

El diagnóstico fué fácil para el médico, que concurreó apresuradamente al llamado de la familia de don Diómedes.

Por los prologémenos de la enfermedad y los síntomas evidentes del funcionario, se trataba de una psicosis, es decir, un total desequilibrio psíquico.

Las demostraciones del enfermo delirante, su espíritu de convencer con intransigencia que él encarnaba a Rodolfo Valentino y las crisis continuas y persistentes de ira, denotaban sin esfuerzo a un loco furioso.

El médico le suministró una dosis fuerte de bromuro y veronal en agua azucarada, colocándole camisa de fuerza para la seguridad de los demás habitantes de la casa.

En la tarde de ese mismo día, el médico, premunido de su trócar para punciones lumbares le extrajo líquido céfalo raquídeo.

El examen serológico de la reacción Wassermann y el examen citológico del líquido extraído del bulbo raquídeo, dieron un «positivo» subrayado y mayúsculo.

Don Diómedes estaba loco...

—Que pase esa mujer, decía, extendiendo los brazos en demanda de la imaginaria visitante, hasta donde se lo permitía la camisa de fuerza.

Y luego entablaba románticos diálogos y apasionados y tiernos parlamentos. Y cuando su delirio febril lo llevaba al paroxismo, a la exaltación de sus sentidos, besaba con voluptuosidad las mesas, las sillas, los barrotes del catre...

Hasta que el cansancio le rendía abrazado a algún objeto, con la mirada vaga, perdida en lontananzas lujuriosas, el pecho palpitante, la lengua afuera de la boca, como si le hubieran estrangulado...

¡Enfermo incurable por unos ojos dorados!

¡Había conseguido la jubilación con su propia vida!

Abel Valdés A.

ASPECTOS DE VICUÑA MACKENNA

(Apuntes para un estudio).

¿COMO decir de don Benjamín Vicuña Mackenna, una palabra nueva? ¿Cómo hablar sobre su personalidad, sin repetir lo ya dicho, sin escribir lo que ya se ha escrito, sin insistir en lo que todos sabemos?

La figura de Vicuña Mackenna es para todos los que desean estudiar nuestra historia, una fuente inagotable de enseñanzas y un misterio espiritual muy hondo.

Un misterio, porque su obra, su espíritu y su vida tienen una línea contradictoria y paradójal, en muchos puntos inexplicable y una fuente de enseñanzas porque su actitud ante la vida, a cien años de su nacimiento y a cuarenta y cinco de su muerte, aun nos está dando lecciones para el porvenir.

¿Qué fué en la vida chilena don Benjamín Vicuña Mackenna? La pregunta a fuer de parecer ociosa, es imprescindible. Trátemos de situar a este hombre en el Chile que él vivió y que por lo que él supo contarnos, se parece poco a este otro Chile en que nos ha tocado vivir a las generaciones de hoy.

Pertenecía por su familia y por sus tradiciones a la porción más selecta de nuestra sociedad, la clase alta, aristocrática, en jerga de asamblea política, oligarca. No quisiéramos entrar en disquisiciones sociológicas; todos vosotros sabéis lo aburridas que son, y sólo nos excusaría hacer una disertación sobre nuestra aristocracia criolla el hecho de que en estos últimos años se han preocupado tanto de ella, elementos ajenos a toda aristo-

cracia. Sin embargo, preciso es reconocer ciertos hechos no nuevos. Estas, son las características primordiales de nuestra clase alta: sentido práctico avezado, carencia de fantasía y de imaginación; espíritu de codicia y de esfuerzo, y, por sobre otras calidades secundarias, una magnífica falta de cultura y un sincero desdén por toda inquietud intelectual no reproductiva.

Orden, esfuerzo, realidad, rutina y cordura imperan en ella y el criterio práctico de sus componentes sirve más que las inquietudes del talento o los arrebatos de la imaginación. Si para caracterizar a la aristocracia chilena del pasado siglo se emplearan términos literarios, forzosamente habríamos de reconocer que representa el espíritu clásico, sujeto a las necesidades y realidades inmediatas de la dura existencia cotidiana y refractario a toda expansión o liberación, que en literatura podría calificarse como de un peligroso romanticismo.

Condicionada por la prudencia; sujeta por la utilidad apreciable en dinero de todos sus esfuerzos; enemiga de toda exterioridad inútil, la porción de sociedad a la que pertenecía Vicuña Mackenna, no pudo reconocer en él, aristócrata hasta la médula, uno de sus hijos representativos.

Es conveniente insistir en este aspecto de don Benjamín Vicuña. En la clase dirigente del Chile del pasado siglo, a la que él pertenecía por sus relaciones, por sus aficiones, por su sangre, el escritor fué un descentrado, esto es: un hombre fuera de su centro. No tenía ninguna de las cualidades del «hombre de derecha», de ese hombre que principia siendo «joven cumplido», después entra a las luchas políticas y se convierte den un «hombre muy habiloso y muy diablo»; se retira de las actividades políticas para pasar a ser «todo un caballero» y finalmente después de una vida, en muchos casos inútil, muere convertido en «eminente patricio», «ilustre patriarca» o «gran repúblico», según haya figurado en política en las filas conservadoras, radicales o liberales.

Vicuña Mackenna antes que el tipo de una serie, era un carácter personal, una inquietud personal, un hombre personal. Esta circunstancia no se la perdonó nunca nuestra aristocracia, y toda su vida tuvo que soportar don Benjamín el peso de la resistencia sorda que le puso su medio que era el dirigente del país, a sus ideas, a sus proyectos, a su espíritu generoso. Para su medio don Benjamín Vicuña Mackenna fué siempre un «loco», un «chiflado» y la actitud de la aristocracia en toda su vida, se encuentra demostrada en las burlas con que se recibieron sus mejores proyectos, el desdén con que se miró su producción intelectual y en las palabras que siguen, que condensan el hecho

que hemos señalado y que aparecen en «El Independiente» de 10 de Mayo de 1875, diario oficial del Partido Conservador, cuando Vicuña era a la época candidato a la Presidencia de la República: «Téngase, pues entendido y quede aquí sentado, que nosotros rechazamos la candidatura del señor Vicuña Mackenna, sin tomar para nada en cuenta ni las filas de donde sale, ni sus creencias personales, ni siquiera sus actos anteriores de su vida pública o privada».

Se le rechazaba, pues, porque sí.

Hemos visto que don Benjamín Vicuña Mackenna en su medio, fué lo que se llama vulgarmente una «bala perdida». Y en el Chile de esos años no podía ser de otra manera. Contra el orden, esfuerzo, realidad y cordura, bases de nuestra patria del siglo pasado, Vicuña Mackenna era el desorden, la improvisación, la fantasía, el talento.

Conspirador, conoció las celdas carcelarias en su juventud, padeció persecuciones, fué desterrado. Político y candidato a la primera magistratura nacional, se puso de frente al Gobierno establecido, no respetó el candidato oficial, denunció las intervenciones y no cesó en hacer enconadas campañas desde su asiento del Congreso, desde la prensa, desde el libro, en favor de una mejor justicia, de una más amplia libertad. Funcionario, mantuvo en todo momento su independencia frente a sus jefes. Autoridad edilicia, trasformó la ciudad contra la burla, contra la socarronería de todos sus compatriotas y así pudo dejar en un peñasco convertido en paseo, su mejor testamento de gloria. Escritor, tronó contra toda clase de privilegios y trató por medio del mejor conocimiento de nuestra historia, de formar una conciencia chilena.

¡Indudablemente era el desorden!

Al esfuerzo opuso la improvisación. Su propia vida así se lo exigió. Hoy día quedamos asombrados ante su fecundidad, ante su actividad prodigiosa y renovada, ante la multiplicidad de sus labores. Para ello tuvo que darse a una permanente improvisación que en el conjunto total de su personalidad le resta los brillos que, dadas sus condiciones, pudo tener. No hay más que revisar un poco detalladamente sus trabajos de escritor. Como historiador, es la negación del historiador. La precisión, la veracidad, la seguridad no cuentan para él. Acoge leyendas, inventa episodios, trastrueca situaciones y sus historias son en su gran mayoría productos de un panegirista o de un adversario, casi nunca de un historiador

«La Historia de los diez años de la Administración Montt» ¿qué es sino una diatriba? Y las vidas que escribió, oscilan siempre entre la apología («Don José Miguel Carrera», «Francisco Moyén», «El general Mackenna»), y la detracción («La Quintrala», «El capitán Paddock»), pasando por las que mezcla ambas calidades («San Martín», «Don Diego Portales», «Pedro de Valdivia»). Sus libros sobre la guerra del '79 («Historia de la Campaña de Tarapacá», «Historia de la Campaña de Tacna y Arica», «Guerra del Pacífico», etc.), no son otra cosa que un prolongado canto heroico, poemas muy largos con planos topográficos y nombres pintorescos.

La improvisación misma le impidió trabajar su prosa. Se le ha considerado hasta ahora como un brillante estilista. Es hora ya que nos vayamos dando cuenta que eso, es una brillante falsedad. No podía ser estilista escribiendo seis, diez y hasta quince horas en el día, produciendo dos, tres y hasta cinco libros en un año, prodigándose en sus labores profesionales y políticas y dando gusto en temporadas repetidas y largas a su permanente inquietud viajera.

Escribía mal. Tenía un estilo altisonante y tribunicio y repetía los giros con una profusión lamentable. Algunas metáforas brillantes y la soltura de su decir, eran las mejores calidades de su prosa, pero ellas no bastan para afirmar que era un estilista. Un gran escritor sí, si queréis, pero un gran escritor, que como otros muchos, escribía mal, o mejor dicho, en forma desigual y dispareja.

Entresacamos de su «Diario de Viajes» el párrafo siguiente:

Después de visitar el sitio real de San Ildefonso, comenzamos la subida de la empinada cuesta... Iba don Antonio que así se llamaba el alquilador y conductor de la volanda, que en vez de volar gateaba, callado y tétrico como los árboles de la vía, iba, decíamos, azotando sus tres rocines cuesta arriba, cuando surgió de todos los abismos de la sierra furioso temporal que amortajó en pocos minutos la inmensa montaña en un denso sudario de alba nieve. Amortajados nosotros en nuestras frazadas de viaje, divisábamos apenas las copas de los árboles en aquel horrible torbellino, y no hablábamos... y en esta triste guisa, oyendo sólo la voz de don Antonio y su fusta Arre! Arre!, llegamos tarde de la noche al Escorial, otro cementerio de vivos, en la opuesta falda del monte, en dirección a Madrid.

El párrafo leído es la mejor comprobación de nuestro aserto anterior. No tenía tampoco condiciones para hacer una prosa artística. Tenía poca sensibilidad artística y en sus libros y relatos de viajes y en sus artículos periodísticos y recuerdos de sus andanzas, no hay una nota que señale al hombre de aguda sensibilidad, de elegante, de fina percepción sensible. No la hay

porque no tenía esa sensibilidad. La visión del paisaje, un basamento magnífico de un temperamento de escritor, no la tuvo jamás; la música no despertó en él particulares inquietudes; las artes plásticas lo atraieron siempre, pero sus críticas sobre obras de esa naturaleza, revelan que la forma y el color no representaban para él mundos conocidos sino aspectos de motivos de sensibilidad que no comprendía bien.

Por último el sentimiento mismo del amor, revelado en las páginas de sus «Memorias Intimas», no le produce si no un vulgarísimo suspiro sentimental, un quejido de adolescente enamorado, pueril y con pretensiones cósmicas.

Anota a los 17 años en 1848.

Esta noche la ví. ¡Qué linda estaba!

Hacía tantos días que no miraba la luz de su belleza, que me estremecí de un placer delicioso, aunque rápido. ¡Ay! en un tiempo gocé a su lado todo lo que ahora sufro. En un tiempo respiraba sin zozobras su aliento purísimo y su palabra llegaba a mi oído perfumada con el aroma de sus labios. Pero hoy, que siento arder un volcán abrasador de amor y de ternura, etc.

¡No, no era artista!

A la realidad informante del criterio de su medio social opuso la fantasía, la «loca de la casa», ardiente, reídora, disparatera, desenfrenada. Su imaginación, su fantasía, lo hacían un apasionado peligroso, un vehemente constante. Todas sus actividades en su vida de escritor, de político, de profesional, se encuentran dominada por esta condición de su espíritu. No podía encontrarse jamás libre de ella; de su imaginación que le hacía conceder escasa importancia a los problemas de orden práctico, que le inducía a mirar con fastidio su abrumadora y tediosa profesión de abogado.

Pudiendo conservar y acrecentar una gran fortuna sus actividades prácticas no fueron provechosas; tenía más fantasía que criterio práctico y siempre se burlaba del amor desenfrenado al dinero. Crucificó a una conocida familia de Santiago, inventándole un escudo y un lema. El escudo era un cuerno de la abundancia volcando monedas de oro bajo el techo de una pieza vacía, y el lema rezaba: «La bulla pasa y la plata queda en casa». El dístico sirve aún para conocer algunas características de nuestro más alto medio social, mejor que todos los tratados y todas las disquisiciones.

Tampoco podía su fantasía convertirlo en un perfecto abogado, ya que el perfecto abogado debe carecer de toda fantasía. Nunca se halló a gusto en su profesión y el espíritu de los códigos

le estrechaba el alma en una angustia dolorosa. En 1858, en una carta a Mitre, el gran argentino amigo de toda su vida, le dice

Así es, amigo mío, puesto que estamos en el terreno de las confidencias que hace ya seis meses a que no escribo sino sobre papel sellado. Y ¡qué quiere Ud! A esta clase de escritos, aunque los empape uno de cuanta necedad y de cuanta pedantería hay en los rancios autores, les pone un juez al pie, «como se pide» y ahí tiene Ud., que lo llaman a uno sabio, un hombre de provecho, un futuro ministro, ¡qué sé yo!

Tenía una fantasía desbordante, activa, desordenada. La conservó hasta su muerte y en alas de ella dió cima a sus mejores proyectos. La urbanización y transformación de Santiago, tal como pudo realizarla don Benjamín cuando era Intendente, fué una obra fantástica, un producto genuino de la imaginación del «chiflado» de Benjamín, como cariñosamente se referían a él, más de alguno de sus amigos patricios. Y en este predominio de la imaginación en Vicuña Mackenna debemos reconocer en él al romántico, a que hemos hecho alusión líneas atrás, cuando lo enfocamos en una aproximación de juicio desde el punto de vista literario

A la cordura granítica de nuestros antepasados, a ese tradicional «buen sentido» nuestro que tanto daño nos ha hecho y que nos ha sumido en colectivas vergüenzas, opuso Vicuña Mackenna la fuerza pujante de su talento de visionario. Talento de visionario, la frase es justa, para comprender nuestras necesidades, para batallar por nuestro mejoramiento, para encarnar las aspiraciones de una colectividad chilena más consciente, para hacer una patria más firme y más fuerte en una palabra. Ya en 1856, publicó en «El Ferrocarril» un informe sobre «La inmigración europea con relación a Chile», en el que se adelantaba a este problema pidiendo al Gobierno una organización racional y permanente del movimiento inmigratorio. Como era de esperarlo, no fué oído por las autoridades.

Como político en 1875, siendo candidato a la Presidencia de la República y durante toda su vida, combatió por las libertades individuales y reclamó, ¡en esos años!, «un mayor bienestar para el pueblo», según su frase. Como escritor no cesó de referirse a su patria para hacerla mejor y en las páginas de sus historias fué implacable para poner las luces de su talento al servicio del juicio independiente que necesitaban los prohombres chilenos. En «La Asamblea Constituyente» (1858 y 1859), el periódico que fundara en los días atribulados de los últimos años del decenio de don Manuel Montt, se refirió a este mandatario en un juicio que quedará como la expresión de una apreciación inte-

ligente y segura, en que el talento del juez asienta definitivamente la personalidad de la individualidad juzgada.

En don Manuel Montt, Ministro de Estado y Presidente de la República ha vivido siempre el inspector de colegio, el catedrático de la Universidad. La República le ha parecido un colegio, y su voz, por sonora y grave que la oyera, la ha juzgado como juzgaba antes la bulla de los niños.

Su obra de Intendente y su tesón para transformar la vieja aldea que era nuestra capital, el delineamiento de las actuales Avenidas República y España (calificadas de «andurriales» y «extramuros» en la época), ¿no demuestran un talento de visionario progresista y patriota?

Hemos tratado de situar, en la vida chilena del pasado siglo a este Vicuña Mackenna, descentrado y fuera de su sitio en su medio y en su época, y hemos visto algunos aspectos de sus extrañas condiciones paradójales de político, de escritor, de funcionario, de hombre y por esto hemos afirmado que es una personalidad misteriosa, casi inexplicable.

También hemos afirmado que su personalidad y su vida son para todos los chilenos una fuente continuada de perdurables enseñanzas, y es preciso decir por qué.

Nos enseña a todos, especialmente a los que somos jóvenes porque él supo ser siempre joven, porque siempre guardó para el porvenir de su vida, de su obra, de su trabajo, de su patria, una ilusionada esperanza de progreso y de avance.

Y acaso nadie como don Benjamín Vicuña Mackenna, habría podido repetir, si lo hubiera conocido, cuando en la tarde del 25 de Enero de 1886, en el otoño descendente de su vida entraba en esa noche más larga que las otras que es la muerte, el verso mágico del genial indio americano.

¡El Alba de oro es mía!

¡El alba de oro! Con su vida, con su obra, con su actitud, don Benjamín Vicuña Mackenna nos la muestra a todos los jóvenes, como un mañana de esperanza, como un porvenir de progreso y de días mejores.

Guillermo Feliú Cruz.

INTERPRETACION DE VICUÑA MACKENNA

LA extraña mezcla de fantasía inventiva, de pasión ardiente e incontenible, de poética sensibilidad evocadora, de espíritu a veces visionario y positivo, de idealismo libertario y de acción decidida y acentuada, que caracteriza en sus rasgos culminantes y esenciales el alma de Vicuña Mackenna, tiene, ciertamente, bien poco de común con la idiosincrasia chilena, fría y reflexiva, ajena a las grandes emociones, serena cuando lucubra con la imaginación y las ideas y ponderada hasta en su propio egoísmo individualista. Y tampoco hay en este hombre brillante, lleno de fe en sus grandes anhelos, que hará suyo el siglo con el poder de su pluma y de su obra, con el imperio de su verbo y constante inspiración, nada que lo identifique con sus antepasados paternos de pura y limpia ascendencia vasca. No tiene, en efecto, parecido con su abuelo ni con el autor de sus días, como no sea la ferviente idolatría de un doctrinarismo político teñido de un exaltado pipiolismo.

Son las características esenciales del pueblo irlandés las que se anidan en su alma, mejor que en ningún otro caso de herencia psicológica. Le venían de su abuelo materno, un general de la Patria Vieja, hom-

bre amante de la libertad, el amigo y compañero de los dos O'Higgins y mentor de la idea republicana en el que sería Padre de la Patria. Así, la imaginación, la vehemencia impulsiva del carácter, el espíritu de justicia, la gratitud, la rebeldía para con el medio social, la pasión sin rencores ni profundos odios ¿no son acaso éstos—entre otros—los rasgos que siempre han descollado en los hombres de la católica Irlanda? Las contradicciones mismas de que Vicuña diera muestras en su vida, aun tratándose de sus sentimientos religiosos que a las veces lo vuelven ateo y en otras ocasiones católico ferviente ¿no nos llevan a pensar que su sangre no es vasca ni chilena ni andaluza, sino puramente irlandesa?

Así y todo, es el más chileno de los escritores nacionales. Es el que mejor ha comprendido el alma inestable, versátil y tornadiza de nuestro pueblo. Es el que mejor ha buceado en el alma nacional. Desde el *pililo*—creación suya—pasando por el *roto*, deteniéndose en el *siútico* hasta llegar al buen burgués rural de nuestra aristocracia, las cuatro escalas de la estructura social chilena, Vicuña Mackenna las ha comprendido todas, las ha sentido en el rol de sus singulares manifestaciones, reuniendo un considerable aporte para hacer con estas observaciones un libro que hace falta entre los suyos: el *Idearium de un pueblo*.

A su juicio—y en esto no hay cuestión—nuestra historia carecía de todo color de vida social. En sus libros, en sus folletos y en los artículos de diario que escribió, la insistencia sobre los aspectos más interesantes de nuestra sociabilidad, parecen a veces retruécanos para dar vigor al escrito. Es toda una necesidad la que afirma. Hoy nos parecen fantasías los datos que consignó prolijamente en sus largas historias sobre la frivolidad de nuestras costumbres, sobre los hábitos de nuestros antepasados y sobre la pequeña grandeza de muchos grandes hombres. Pero en este

país la revelación de los secretos íntimos se paga y se paga duramente. ¿Sabéis que dijeron de Vicuña? Que no era historiador. Que tenía mucha fantasía. Que estaba más cerca del folletinista de novela. . . . Que ni la fantasía lo engañaba, lo prueba la documentación abundante de su enorme y rico archivo; que ni el afán de novedad le hacía exagerar lo que escribía, lo prueba también lo mucho que recogió sobre la vida tradicional de Chile en sus diversas épocas. Llegó a investigar el origen, desarrollo y fiel aplicación de los proverbios chilenos. Al fin, la nuestra es tierra de vascos parcos de corazón y de dinero. . .

Desde que surge en el campo de las letras y especialmente desde que Vicuña se consagra al cultivo de la historia, aparece en la literatura chilena un contingente nuevo: la imaginación. Es la suya una imaginación de artista que, sin desnaturalizar la realidad, sabe darle una interpretación de color. Observad este fenómeno en la historiografía chilena: los cronistas de la colonia son secos, monótonos, exactos en la mayoría de las veces. Son jugosos cuando escriben, como Góngora de Marmolejo, para decir la verdad cruda y neta. Los otros amontonan datos. La historiografía de la república continúa esa venerable tradición con excepción de Amunátegui y Sotomayor Valdés, que interpretan los hechos. Parece que la historia sólo pudiera hacerse para eruditos curiosos y ávidos de datos, fechas y minucias. No conciben ni interpretan, arrojan informes materiales.

Vicuña Mackenna rompe esos moldes respetables, irrumpe con su fantasía, que sabe darle color a las cosas; evoca con sensibilidad, con arte, con esplendor, porque en su cerebro todo toma luz y brillo. Ha introducido, pues, un valor nuevo en nuestras letras: la sensibilidad y la fantasía.

No tenemos para que estudiar aquí su acción política. De cuantas amarguras le dejó la lucha con hombres

incomprensivos y torpes, incapaces de seguirle en su idealismo de bien público, él ha dejado constancia en páginas que parecen oraciones al dolor. Hagamos resaltar, únicamente, la que fué pasión de su vida: los estudios históricos.

Ya en sus primeros años moceriles, después de haber ambulado por el viejo Santiago haciendo la cimarra en el cerro, que al conjuro de su visión maravillosa sería un *verde peñón de ensueños*, el alma juvenil de Vicuña encuentra en los libros cierta tranquila paz. «Me gustaba leer sólo libros de historia, cuyos argumentos contaba a mis compañeros, y esto y charlas—diría en su diario de juventud—eran mis ocupaciones». El hogar era propicio para alimentar su fantasía. «El antiguo hogar—empleo una frase feliz de Angel Ganivet—no estaba constituido solamente por la familia, sino también por el brasero y el velón, que con su calor escaso y su luz débil obligaban a las personas a aproximarse y formar un núcleo común». Y el de Vicuña Mackenna, aureolado de antiguas tradiciones debía proporcionar al autor de la *Guerra a muerte* un ambiente propicio para acentuar su vocación de historiador. Su abuelo, don Francisco Ramón Vicuña, había sido destacado patriota en los días de la independencia. Contrario a Carrera, sufrió las consecuencias de su altivez. En la república formó en las huestes liberales o pipiolas su tienda de doctrina y alcanzó la primera magistratura, donde supo de los sinsabores del ejercicio del poder. Fué mal político, sin duda, pero leal y consecuente con su causa. Su padre, don Pedro Félix, periodista, fundador del ambiguo *Mercurio*, escritor político sin brillo, pero de cálida pasión pipiolar, sufrió incruentas vejaciones y destierros durante la dictadura bienhechora de Portales. Su abuelo materno el «irlandés Mackenna», como se le llamaba en sus días, guerrero de la Patria Vieja, altivo, justiciero, desterrado a Mendoza por Carrera, cae en el exi-

lio víctima de una bala de don Luis. Y, por otro lado todavía, por el que lo entronca con la familia Larraín, bien de cerca sabía las angustias que había pasado durante la dictadura de O'Higgins. Pero el propio Vicuña Mackenna conocía la tradición pavorosa que circulaba, cual leyenda siniestra, en la estancia de su padre, en Llay-Llay, donde la dictadura de Portales había hecho correr sangre, acaso inocente y mártir.

Era este el ambiente de su hogar. Allí todo evocaba días trágicos y amargos, que se vinculaban a la vida de las más grandes figuras nacionales. Esa familia había sufrido dolores, había clamado piedad, había pedido clemencia. ¿Qué valen estas tradiciones de familia para el joven Vicuña? Su alma encendida, abierta a la glorificación y a la justicia desatiende ese clamor y rinde homenaje a los mismos perseguidores de los suyos. ¿No escribe el martirologio de los Carreras a quienes su abuelo debió el destierro y la muerte? ¿No escribe la vida de O'Higgins a quién sus progenitores debieron más de un dolor? ¿No escribe la vida de Portales a quién su padre debió destierros y profundos quebrantos de fortuna? He aquí otra vez, cómo su ascendencia irlandesa revive en estas manifestaciones de su espíritu. «No tienen odios—dice hablando de ellos Salvador Madariaga—son ingenuos de corazón y perdonan los ultrajes por la fuerza de la fantasía que les hace olvidar pronto las injurias». Tal Vicuña Mackenna.

Estas aparentes contradicciones de juicio del historiador, nacidas de su temperamento impresionable y ardoroso, son las que sublevan a Lastarria. Los hombres de Vicuña Mackenna cuando caen bajo los puntos de su pluma se convierten al pronto en semi-dioses. Parecen seres de epopeya y de leyenda. «Ud. se enamora para escribir esas historias—le dice Lastarria—pues los Carreras, O'Higgins y Portales son panegíricos y no historias, y tan panegíricos que usted

mismo tiene que estar defendiendo su pureza de escritor, repitiendo que no ha recibido paga por escribir, como dicen los que, no conociéndolo a usted no pueden explicarse por qué ha escrito usted esos libros de elogios. ¿Quién es el primer chileno, el más grande en el libro de los Carreras? José Miguel. ¿Quién es el primer chileno en el de O'Higgins? O'Higgins. ¿Quién lo es en el que acaba de escribir? Portales. Y al fin quién es el más grande...»

El alma de Vicuña era así: fácil a la sugestión nunca al halago; dispuesta a la glorificación para forjarle héroes a un pueblo que resultaban en la intimidad de sus vericuetos morales demasiados vulgares y prosaicos. El amor a la patria, el cariño al terruño tomó siempre en Vicuña extraordinarias proporciones. Recuérdesele en los días de la guerra del Pacífico en que fué el cantor de las victorias alcanzadas por los militares y concebidas por civiles. Sus libros, sus artículos de entonces están inspirados en una vehemencia patriótica que parecen llamaradas de combate. Su nombre es símbolo purísimo, encarnación viva de la grandeza de Chile. Así, el Chile que su fantasía llegó a concebir no merecía siquiera un reproche después de haber dejado los pañales coloniales.

La grandeza moral de América fué hecha por hombres iguales, pero en ningún caso superiores a Vicuña Mackenna. Grandeza moral más bien formada en el libro y la elocuencia, en el diario y la tribuna, que no efectiva y real en el sentimiento de la masa criolla, gregaria, analfabeta e ignorante. En la clase culta formó una conciencia ciudadana; en la masa, fué bulla y oropel. Eran aquellos, por lo demás, los días del romanticismo político y literario del siglo XIX. Las cosas vistas por estos soñadores tenían el color de la ilusión de una esperanza. Este romanticismo político de la segunda mitad del siglo pasado, representado en América por sus más grandes pro-hombres: Mitre,

Sarmiento y López en la Argentina; Paz Soldán y Palma en el Perú; García Moreno y Montalvo en el Ecuador; Rafael Núñez y Arboleda en Colombia; Acosta en Venezuela y Juárez en México, aspiraba hacia una patria emancipada de los resabios coloniales, y ellos creyeron en las virtudes republicanas de la América bolivariana. Empero, la obra de Vicuña Mackenna nos parece más vasta que la de sus contemporáneos. Sin ser hombre de derecho, lucha por el derecho. No hay problema de interés público que no hiera interés. Su mejor tribuna está en el diario y de ella hace una pañanca poderosa con que mueve y excita la opinión pública. Buscaba en la historia lo que presentía su visión; iba a ella como a fuente de enseñanza. Con ser tan chilena su acción, fué también netamente americana. ¿Quién levantó más alto la voz para consagrar el ideal de Bolívar de la América Unida?

«Nadie ha sentido con más fuerza entre los escritores del Pacífico, nadie, la grandeza democrática de la combinación política, la fraternidad etnológica que le sirve de estrechísimo vínculo, el vértice piramidal de la empinada confluencia de intereses comunes, los raudales de armonía que de allí descienden al campo autonómico de las nacionalidades congregadas. Examinense las compilaciones impresas sobre la materia y otros escritos congruentes que corren por separado. La gran unión y confraternidad hispanoamericana vive cuerpo y alma en la mente de Vicuña Mackenna, habla por su boca, y encuentra en esta voz el eco más potente de sus ensueños generosos y de sus aspiraciones más razonables». ¿Quién habló más fuerte contra las tiranías?

Así dirá, cuando vea el gobierno de América en manos de innobles tiranuelos, estas palabras ejemplarizadoras y de gran actualidad: «Por eso mientras exista en nosotros un débil hálito de vida, mientras la conciencia del derecho haga respetable la dignidad huma-

na y la fuerza no sea más que la encarnación de la justicia hecha ley, lucharemos para destruir la tiranía, que envilece a los pueblos y a los hombres. El que rompe la ley con sus secuaces no es digno de la consideración del ciudadano libre y es deber de patriotismo derribarle».

He dicho que la historia es la fuente de su constante inspiración cívica. Pero esta disciplina es también para el escritor un medio de vindicta moral. Taine ha sostenido en una tesis brillante que el historiador es ante todo un maestro de moral pública y social. Macaulay ha creído ver en los cultivadores de la historia hombres esencialmente de acción. Si consideramos la historiografía del siglo XIX, todos los que ejercieron su magisterio hicieron de ella una cátedra de libertades públicas. Recordad en Francia tan solo a Michet, en Alemania Sybel, en Inglaterra a Carlyle, en España al Conde de Toreno, en Italia a Cantú.

La historia apenas si tiene un valor social: es puramente política. Vicuña Mackenna no pudo sustraerse a la corriente de su siglo. Recuérdense la frase constante del escritor cuando nos habla siempre *del sacrificio de la historia*. ¿Qué alcance le concede Vicuña Mackenna a este sacerdocio? ¿Cómo lo ejercita? Siempre con un fin de sanción política, siempre como un medio de interpretación social en resguardo de los derechos del individuo. Ese es el fondo; la forma, el medio de expresión, el verbo, en suma, toma proporciones verdaderamente épicas. Detengámonos un momento en este aspecto. «Escribe para y sobre una raza de titanes», dice uno de sus críticos. Y es cierto. «Por razones de su estilo, es el escritor a la vez más ameno, más fecundo y más brillante de SudAmérica. Habrá tal vez quienes le sobrepujen en alguno de estos atributos; ninguno en los tres juntos».

No se debe confundir la exuberancia con la riqueza; y nada iguala a la riqueza de su estilo, preñado de

intuiciones, evocaciones y memorias de toda especie, que de paso prorrumpan en un reguero de luces de mil colores sin ofuscar jamás ni apagar la lámpara central de la unidad. Sus pensamientos alientan y discurren en ambiente tan puro y si decimos tan vibrante, que hasta los más fútiles y falsos alientan al contacto y se incorporan animosos en las ondas que se suceden a las ondas y a las ondas como raudal circulatorio en el organismo del escrito. La gentileza de su habla castellana, que en los últimos años ha tocado, por fin, a un raro primor de vocabulario y de corrección a la moderna, no es gentileza elegante sino desenvuelta, que coloca a este prosador muy sobre encima de los puristas esmerados, faltos a menudo de calor, de espontaneidad y de brío.

Digan lo que quieran los que dicen: Yo me contento con ser claro. La desnudez de estos escritores, sino es en su caso un estilo relevante de desnudez, pondrá sus más originales concepciones a merced del primero que las hiciere suyas, imprimiéndoles la vida palpitante del estilo. Según lo acreditan los anales del arte, esa vida consiste en la juventud duradera de las obras. Y decimos que, si a tan precaria suerte queda expuesto el robusto parto lanzado en cueros al campo de las letras, o con indigente vestidura, no debemos olvidar que imitando Solís la majestad de las formas historiográficas latinas, escribió con el pincel elocuente de su estilo la peor conquista de México que se conoce, y la escribió en las páginas de un libro que no envejecerá fácilmente.

Recordando que no pocos escritores, hoy olvidados, causaron la admiración de sus contemporáneos, nos hemos preguntado con inquietud: ¿Hasta qué punto este éxito corresponde al de esa lozanía persistente de los campos elíseos de las letras, lozanías que no agostan los tiempos, o bien al de la gallardía matutina de las rosas, que duran lo que todos sabemos que duran?

¿Quién se atrevería hoy a afirmar lo uno o lo otro? Entre tanto, nada impide reflexionar sobre la hipótesis de que muy bien pudiera suceder, que notoriedad tan calificada, es en las obras de Vicuña Mackenna síntoma de larga y duradera vida.

Hay en la manera de concebir la historia por Vicuña Mackenna una tendencia que no es posible olvidar, y que nos revela cuanta importancia daba el escritor al desarrollo de la personalidad humana en el desenvolvimiento de los sucesos históricos. Este punto de vista suyo es el biográfico. Aun aquellos libros salidos de su pluma con el título de historia son biografías ordenadas conforme un plan especial. La misma Historia de Santiago y la de Valparaíso, La Guerra a muerte, El 20 de Abril, Los Médicos de Antaño, para no citar más que al azar, asumen siempre el carácter biográfico. El culto de los héroes, por decirlo así, es el eje capital de su doctrina y de su composición historiográfica. Algunas de estas obras rehechas por la investigación han perdido, se comprende, su interés y hasta no son de gran valor literario. Otras, llevan el sello de lo genial e imperecedero. *La Historia de Santiago*, por ejemplo, será el libro amable de siempre, el fiel evocador de un Santiago que se fué. No podrá ser superado. *Don Diego Portales*, acaso el más humano, comprensivo y meditado, quedará como piedra angular de nuestra historia.

Toda su obra histórica, pues, se resume en una perenne biografía. Su pluma ha trazado la silueta moral de miles de ciudadanos. A su género de historiador político, convenía, sin duda, esa manera de concebir la historia: responsabilizaba en los hombres los acontecimientos históricos que el tiempo torna impersonales y borrosos. El mismo lo ha dicho con eco melancólico: «Por eso también buscar al hombre, desenterrar sus cenizas sin profanarlas, exhumar su pensamiento y su corazón sin lisonja ni calumnia, estudiarlo

en todas sus faces, excepto la única que hay vedada para el escritor honrado y de conciencia: la del hogar, es trazar la existencia misma de una época con todas sus sombras y sus espacios luminosos y hacer revivir como en un cuadro animado la sociedad, el pueblo y los gobiernos que las generaciones, esas lápidas mudas que se van renovando periódicamente sobre el vasto sepulcro del linaje humano, han ido cubriendo y olvidando. Tal manera de concebir la historia, no hace de esta sólo una enseñanza, constituye casi una resurrección». Y esa fué la manera cómo llenó su prodigiosa faena.

Dr. Juan Marín.

ACERCA DE LA EMOCION (1)

HA dicho Baglivi que cometería grave error quién pretendiera oponer lo antiguo a lo moderno, y que, por el contrario, nuestra obra debe tender a buscar el nexo oculto a veces, pero nunca interrumpido que los une.

Ha venido a mi espíritu esta idea que maliciosamente alguien pudiera referir al nacimiento mismo de esta sociedad, al entrar a charlar con Uds. esta noche sobre la Emoción y sobre el concepto médico y filosófico que de ella se ha tenido a través del tiempo.

El fundador de la Escuela de la Filosofía de Darsmatd, nuestro viejo conocido el Conde Keyserling, ha hablado de una creciente mecanización de la sociedad actual y de las almas humanas.

Según él la emoción se ha hecho discontinua y, por ende, revolucionaria y son estos fenómenos al proyectarse sobre las grandes masas humanas, las que darían origen al confuso panorama de los pueblos y de la humanidad contemporánea.

Según Keyserling, el tipo humano converge hacia lo que él llama el «bárbaro mecanizado» y que en sus últimos libros ha bautizado ya con el pintoresco y gráfico de «chauffeur». No es necesario decir aquí qué atributos son los que él cree encontrar en el «hombre de nuestro tiempo» como diría Ortega y Gasset, ya que en ambos sobrenombres está perfectamente definida su condición.

En el otro, polo espiritual del nebuloso y desconcertante filósofo del norte, surge la voz cálida de un hombre de nuestra raza

1) Conferencia dictada en la «Sociedad de Cirujanos de Hospital» (Sesión Inaugural, Agosto 1931).

para decirnos que esta época es una de las más intensamente emocionales que la humanidad haya jamás vivido.

«El corazón del hombre más tranquilo del mundo, dice Gregorio Marañón, se estremece por lo menos tres veces al día al golpe de una sacudida emocional.»

Las emociones se multiplican, intercurrentes unas en las otras, surgen inesperadamente y desde los más diversos puntos cardinales del psiquismo. Esto es lo que cualquiera de nosotros puede observar con sólo asomarse cinco minutos al balcón de su introspección o en forma mucho más cómoda y vulgar, como asomarse al balcón de su casa.

Las multitudes caminan por las calles con todos los signos de los estados angustiosos pintados en el rostro, el vértigo de la velocidad acelera los motores, el ansia de dinero aprieta los corazones, el cinematógrafo con sus mil y una aventuras revolucionarias las mentes infantiles, brindándoles en pocos minutos más imágenes y sugerencias que tuvimos nosotros en el total de nuestros primeros quince años. La ambición de ser, de llegar, alcanza hoy en el espíritu del hombre el punto culminante de su curva y este parece ser en realidad, el hondo y verdadero «mal del siglo».

Pero este orden de consideraciones podría llevarnos muy lejos.

He dicho que trataría en esta modesta charla de un tema que colindando con el asunto médico alcanza también una de las zonas más interesantes de la filosofía y del arte.

Los precursores de la Medicina se encontraron como nosotros colocados frente al trágico dilema del ser, de la vida, del origen y la localización del pensamiento dentro del cuerpo del hombre.

Después de Esculapio, el legendario discípulo del Centauro Chirón, hijo de Saturno y a quien según la leyenda Apolo enseñara el arte de la Medicina, aparece allá por el año 500 A. de J. C., un pintoresco personaje filósofo, médico y poeta que viajaba por las ciudades de Grecia envuelto en un manto de púrpura ceñido con cinturón de oro y coronada la rizada melena por las hojas del laurel; era Empédocles de Agrigento, creador de la doctrina de la transformación de la energía y creador también de la doctrina de los elementos (tierra, aire, fuego y agua) aplicados a la filosofía. La atracción de estos cuatro elementos es el fenómeno creador así como su repulsión implica destrozamiento y fin. En el mundo moral o en el de las emociones los mismos fenómenos al actuar sobre el cuerpo humano compuesto de estos cuatro elementos dan origen al amor o al odio, así como en el

terreno material producen la creación o la destrucción. Según este hombre, a mi entender, quedaría subordinado el mundo de las emociones a los cambios físicos y biológicos que experimenta el organismo, en donde viene a coincidir con los más modernos experimentadores de la Psicología.

Yo aprovecho esta ocasión para sacar del olvido la personalidad genial de este precursor que en su vida realizó las más bellas obras: combatió una epidemia de fiebre palúdica con el drenaje de unos pantanos, mejoró las condiciones de una ciudad de Sicilia, bloqueando una gigantesca hendedura en la falda de una montaña, sacaba del sueño cataléptico a los hombres con la misma facilidad con que podía llevarlos a él, y terminó sus días arrojándose en el cráter del monte Etna.

La escuela Pitagórica de Samos surgida pocos años después hace existir tres facultades: natural, espiritual y animal. Y tres espíritus: el natural producido en el hígado, el vital en el corazón y el animal en el cerebro. En Egipto, Pitágoras aprendió la doctrina de la metempsicosis y fué el primero que estableció que en el cerebro radican las más altas actividades del pensamiento, fenómeno que fué traído al plano experimental sólo hace pocos años por Flourens y por Goltz. Las almas individuales son para él sólo emanaciones del alma universal: el hombre no es más que un pequeño mundo, «microcosmos», hecho enteramente a imagen y semejanza del gran mundo o «macrocosmos».

Poco después Demócrito de Abdera formulaba el concepto de que todo en la naturaleza, incluyendo el cuerpo y el alma, está constituido por átomos, cuyos movimientos serían causa de la vida y causa de la actividad mental (ideas).

El período llamado greco-romano de la Medicina fué completamente influenciado por las grandes figuras del período llamado clásico (460 a 146 años A. de C.) Las grandes figuras de Sófocles y Eurípides, de Sócrates y Platón, de Aristófanes y Píndaro, de Heródoto y Tucídides, de Fidias y Polignoto, tienen en la Medicina su equivalente, en la gigantesca personalidad de Hipócrates, el Padre de la Medicina.

De este período son las ideas de Platón que asentaba el valor en el pecho, y los deseos sensuales en el vientre y las de la Escuela de Salerno que localizaba el amor en el hígado, la alegría en el bazo y la cólera en la vesícula biliar.

Como se ve, la orientación hipocrática que tendía a la observación de hechos, arrancando la Medicina de su faz hipotética y mística, influía sobre los grandes filósofos en tal forma que se buscaba ya localizaciones a los fenómenos del psiquismo con el mismo empeño que 24 siglos después continuamos buscándolas.

El período galénico significa un retorno a la especulación teorizante y a la metafísica.

Sin embargo, el viejo Aristóteles su maestro, en medio de la bruma de conceptos con que inundó la filosofía, definió ya así las emociones: «movimientos del apetito sensitivo con alguna mutación corpórea del estado natural al no natural».

Más adelante veremos, cómo en esta afirmación la filosofía aristotélica coincide con la fisiología de Cannon y de Marañón.

La escuela de Alejandría, a pesar del espiritualismo *a outrance* que la caracterizaba, seguía influenciada por Aristóteles. Las sensaciones, según ella, van a un órgano sensorial común para el espíritu vital que preside y que obra. El órgano sensorial común es el órgano de recepción material; el espíritu vital preceptor y actuante es inmaterial.

A pesar de su metafísica, Galeno fué el primero en hacer Fisiología Experimental y con sus vivisecciones puede decirse que fué el creador de la Fisiología del sistema nervioso.

Contra los Estoicos y los poetas que pretendían que la voz salía del corazón él logra demostrar su dependencia del cerebro, por intermedio de unos nervios que él descubrió y que llamó «nervios vocales».

El cerebro está colocado en el cráneo, decía Galeno, como un Rey en su trono, teniendo en torno suyo como fieles servidores a los sentidos. ¿No está indicándonos esto que es en él en donde asienta el alma?

Para él, el cerebro, recibe de las arterias el «espíritu vital» y lo transforma en sus ventrículos en «espíritu animal», enviándolo después a lo largo de los nervios a todo el organismo. Este espíritu no es la sustancia constitutiva propiamente del ALMA sino sólo su instrumento. El cerebro sería capaz de irradiar una fuerza a semejanza del sol que irradia su luz.

Para Galeno, el alma sigue los temperamentos del cuerpo y está íntimamente unida a él. De acuerdo con Aristóteles formula su célebre sentencia: «*nihil est in intellectu quod non prius fuerit in sensu*».

La sensación es la raíz, según él, o más bien dicho la fuente de sus facultades. Si ellas no existieran no habría tampoco ninguna función del alma, y, por tanto, «no habría más alma».

A tan brillante período sigue la oscura noche medioeval apenas iluminada por los resplandores de la ciencia bizantina y luego la mahometana.

Hasta que advino el Renacimiento no hubo nada inductivo ni experimental. Todo razonamiento era formal y deductivo. Jamás se interrogaba a la Naturaleza directamente para arran-

carle sus secretos. La Lógica y la Dialéctica eran las verdaderas fuentes del conocimiento, como ha dicho Sir Clifford Allbut, de Londres, en su interesantísimo tratado «The Historical Relations of Medicine and Surgery».

El «neuma» de Galeno, el «arqueo» de Paracelso, el «animismo» etc., agrupaban en torno a sus banderas a sabios y filósofos poseídos de verdadera fiebre especulativa.

El propio Hipócrates fué ignorado durante casi toda la Edad Media.

Necesitamos llegar al siglo XIV y principios del XV, período que se ha llamado del pre-renacimiento para encontrarnos de nuevo con el «encanto de Aristóteles», que dice Garrison en su Historia de la Medicina que flotaba por encima de todo».

Con la filosofía aristotélica se empezó la destrucción total de la escuela de la tradición árabe. De este período son los humanistas Mundinus, Guy de Cahuliac, Mondeville, Argelata, Ipermann, etc., etc.

El siglo XVII que con justicia ha podido parangonarse al siglo de Pericles, surge de la Historia con su pléyade super-humana en la cual los nombres de Shakespeare y Milton, Raleigh y Moore, Velásquez y Rembrandt, Cervantes y Molière, Bach y Purcell, Newton y Leibnitz, Espinoza y Locke, Miguel Servet y Galileo, Bruno y Copérnico, preparan el advenimiento de los dos grandes filósofos Bacon y Descartes.

Con René Descartes (1662) y su tratado «De Homine» encontramos el primer libro moderno de fisiología, que Sir Michael Foster, ha parangonado por su importancia a los «Principios de Biología» de Herbert Spencer.

Descartes considera al cuerpo humano como una máquina dirigida por un alma racional localizada en la glándula pineal.

Con su obra «Des passions de l'âme» (1649) echa las bases de la teoría fisiológica de las emociones, según hace notar el Dr. Enrique Mouchet, Profesor de Psicología Experimental en la Universidad de Buenos Aires.

Ha citado este Profesor argentino un párrafo de la obra de Descartes en que describe el mecanismo del amor y que nos permite formar juicio sobre la concepción que él tenía de las emociones:

«Cuando el entendimiento se representa algún objeto de amor, la impresión que este pensamiento hace en el cerebro conduce los espíritus animales por el nervio del sexto par hacia los músculos que están alrededor del estómago e intestinos, lo que permite que el jugo de los alimentos que se convierte nuevamente en sangre pasa prontamente hacia el corazón, sin detenerse en el hígado y que siendo empujado con más fuerza que la sangre que está en las

otras partes del cuerpo, entra con mayor abundancia en él, y produce allí mayor calor, debido a que es más espesa que la que ha sido rarificada varias veces, pasando y volviendo a pasar varias veces por el corazón; esto da por resultado que envía también espíritus al cerebro, cuyas partes son más gruesas y agitadas que de costumbre: y estos espíritus reforzando la impresión que el primer pensamiento del objeto amado hizo, obliga al alma a detenerse sobre este pensamiento y en eso consiste la pasión del amor.»

Como se ve, Descartes ya concebía que el centro de la vida emocional estaba en el cerebro y no en el corazón.

Por el mismo tiempo surge el místico belga Jean Baptiste Van Helmont que como su maestro Paracelso, cree en la existencia de un espíritu que él denominaba «blas», que preside cada proceso del cuerpo. Al lado de este «blas», habría un fermento especial, esencialmente químico llamado «gas». El centro de origen de todo «blas» o ánima sensitiva, opina que estaría en el hueco del estómago, «supuesto que un golpe dado en esta región destruye la conciencia».

Es el tiempo en que las grandes corrientes del pensamiento alemán soplan con más fuerza que nunca del lado de Francia. Primero con Cousin, Quinet y Michelet, para no citar sino a los principales, y luego con Taine y Renan, la vida intelectual francesa y europea aparece convulsionada hasta sus raíces por una corriente científica y literaria que venía del otro lado del Rhin.

Es primero el concepto que niega la independencia del espíritu y lo une enteramente al Universo material (Herder, Schelling, Creutzer, etc.). Y luego la gran etapa hegeliana que hace admitir el imperio soberano de la «materia-vida», de la cual se va desprendiendo poco a poco el «espíritu» y sus manifestaciones diversas. Un determinismo absoluto y de un positivismo «a outrance» inundó la literatura, la filosofía y las ciencias (Balzac, Stendhal, Zola, Flaubert, etc., etc.). De otro lado surgía Darwin con su observación de la naturaleza y su creación titánica: el evolucionismo.

Así fué como el «acto moral» vino a ser explicado cual la simple resultante de un determinado estado cerebral, ni más ni menos que un proceso o acto digestivo podía resultar de un estado fisiológico de las glándulas hepáticas o gástricas.

Como dice Louis Reynaud, catedrático en la Universidad de Clermont, «estos filósofos y estos sabios, pretendían tener el alma humana bajo la lente de sus microscopios. Tenían sus reactivos listos para producir en el alma, crímenes o acciones admirables, fenómenos que Taine comparaba al vitriolo y al azúcar, respectivamente».

Para Hegel, sostenido por Goethe e interpretado por Taine—todo en el universo está rigurosamente determinado—. Que los hechos sean físicos o morales no importa, siempre tienen causas: las hay para el heroísmo o la verdad, como para la contracción de un músculo o la producción de calor orgánico. El vicio y la virtud son simples productos. La creación artística está ligada a la materia bruta, al clima, a la raza, al suelo, al aire. De fenómeno en fenómeno, de ley en ley, la ciencia y la filosofía pueden llegar a encontrar leyes más generales. Un análisis superior vincula estas grandes leyes y estos tipos a alguna fórmula universal: es la metafísica hegeliana.

Pero, volviendo a nuestro asunto:

Nos acercamos a la época contemporánea de la ciencia y de la filosofía en la cual las diversas interpretaciones dadas a los fenómenos de la conciencia y de la afectividad obligan a agrupar a los sabios en diversas Escuelas para tener una mejor visión sobre todas ellas.

Una inmensa literatura surgida en relación con el tema dificulta considerablemente la labor de síntesis.

Cuan diversos tiempos aquellos en que William James, a fines del pasado siglo, queriendo documentarse para escribir su «What is an emotion» confesaba que de sus búsquedas al través de infolios y tratados, todo cuanto pudo encontrar referente a las emociones cabía en un trocito diminuto de papel.

La que se ha llamado «teoría clásica» o también «intelectual de la emoción» que formulada en 1828 por el gran filósofo alemán Herbart y desarrollada ampliamente por su discípulo el psicólogo Nahlowski en 1862 en su obra «La vida emotiva». Para ellos todos los estados emocionales se subordinan a primitivos o anteriores estados intelectivos. Sentimiento y voluntad dependen de ideas. No tienen vida propia y el sentimiento nace cuando una idea choca con otras ideas y no puede actuar libremente.

Podría definirse el sentimiento según el último autor citado como:

«la percepción inmediata de la detención o de la aceleración entre las representaciones presentes en la conciencia.»

Contra esta Escuela nació en 1885 la llamada «teoría fisiológica» o «periférica». Su punto de origen es la obra de Lange titulada «Las emociones», en la cual se sostiene que los fenómenos circulatorios serían primitivos a los de orden nervioso.

Tan peregrina aseveración despertó una multitud de contradic-

tores, principalmente Frank, Betchrew, Binet y varios otros psicólogos de la escuela francesa.

Pero Lange no estuvo solo. Una gigantesca figura cuya sombra cubrió los fines del pasado siglo, vino a reforzar sus argumentos. Se debe al psicólogo americano William James con su obra «Principios de Psicología» (1890) el principal aporte a la escuela fisiológica.

«Mi concepto, dice James, es que los cambios corporales siguen inmediatamente a la percepción del hecho excitante y la emoción no es otra cosa que el sentimiento de esos cambios a medida que se van produciendo.»

Si imaginariamente se suprimieran de la conciencia las sensaciones provenientes de los órganos afectados no habría emoción.

O en otras palabras, sentimos la emoción de dolor porque lloramos, de cólera, porque gritamos, gesticulamos, nos sentimos congestionados, etc. Todo el mundo sabe como se puede aumentar la emoción de rabia dejándose llevar, gritando cada vez más fuerte, amenazando, etc. Igual cosa ocurre en la emoción de pánico que no vendría a ser sino la resultante de que nos damos cuenta de estar asustados, es decir, pálidos temblorosos, etc.

Sergi (Las emociones, 1901) y nuestro conocido Profesor Georges Dumas se convierten en los campeones de la doctrina periférica. Pero este último acepta la existencia de emociones que no se acompañan de una participación orgánica periférica, como ser las alegrías estáticas de los místicos. Admite, además, que las sensaciones periféricas tienen un valor sensitivo y hasta afectivo, así por ejemplo dice:

«sentimos en la tristeza la frialdad de nuestras extremidades, el escalofrío de nuestra piel, la pesadez, las contracciones excesivas de nuestros músculos, y estas sensaciones son desagradables.»

Del conjunto de sus observaciones deduce Dumas que en la emoción deben ser distinguidos tres elementos: 1.º elementos afectivos que son de origen cerebral; 2.º elementos afectivos dependientes de sensaciones orgánicas; y 3.º elementos sensitivos constituídos por las sensaciones orgánicas, mismas, viscerales, cutáneas, articulares, musculares, etc.

Otra teoría es la llamada «Cerebral» formulada por Paul Sollier, en su obra «El mecanismo de las emociones» (1905) sosteniendo que las reacciones cerebrales producidas por modificaciones moleculares de la sustancia encefálica a causa de percepciones o representaciones, constituyen, una parte fundamental del mecanismo de la emoción. Esta se generaría en la corteza

cerebral y todos los fenómenos periféricos son secundarios o agregados.

Contra los «periferistas» se levanta también en 1900 el conocido fisiólogo y laboratorista inglés Sherrington con una serie de experimentos, que constituyen la más formidable argumentación contra dicha teoría.

Sherrington seccionó en una serie de perros, todas las vías nerviosas, incluso la médula espinal en la base del cuello y aún los nervios pneumogástricos, y pudo demostrar que todos esos animales sentían cólera, placer, asco, miedo, etc. La conclusión de sus experimentos presentados en la «Royal Society» de Londres era que la expresión visceral de la emoción es posterior a la acción cerebral que se produce con el estado psíquico.

Más lejos que el fisiólogo británico llegaron dos belgas: De Somer y Heymans, quienes separaron completamente del tronco algunas cabezas de perros, de conejos y de gatos, manteniéndolas vivas por algunas horas, mediante un sistema artificial de circulación. Esas cabezas separadas de sus cuerpos demostraban las mismas emociones que las de un animal normal.

Llegamos finalmente a la escuela llamada «glandular o endocrina» cuyas cabezas más visibles son los fisiólogos Bradford Cannon y Crile de Norte-América y Gregorio Marañón de España.

Desde Darwin con su «Expresión de las emociones» hasta Crile con su «Origine and nature of emotions» los hechos positivos de investigación glandular no habían permitido formular una interpretación clara de los fenómenos de secreción interna en relación con las emociones.

La experimentación seria y continuada en este terreno no data de más de 15 años.

De Crile y de Marañón conocemos numerosas publicaciones y de Cannon tuvimos la suerte de oír casi todas las conferencias que dictó el año pasado en el gran Anfiteatro de la Escuela Médica de París, sobre «Fisiología de la Emoción».

Lo que pudiéramos llamar la sintomatología objetiva de los estados emotivos se desarrolla idénticamente en el hombre como en muchos animales de Laboratorio y el experimentador puede cuantas veces quiera, provocarlos, modificarlos, o hacerlos desaparecer mediante aplicaciones más o menos complicadas que pongan en juego mecanismos directos o reflejos y aun con la simple inyección de alguna sustancia. La ira y el terror, la agresividad y el contentamiento, el llanto o la risa entran en esta categoría de fenómenos cuyo íntimo mecanismo va perdiendo sus secretos ante el fisiólogo.

Ha sintetizado Marañón las bases de la teoría glandular en los siguientes hechos de todos conocidos y casi indiscutibles:

La mayoría de los seres humanos que sufren de las glándulas llamadas de secreción interna son extremadamente emotivos. Muchos estados emocionales reproducen fielmente el cuadro o aspecto de enfermedades perfectamente conocidas. Tal sucede, por ejemplo, con la Enfermedad de Basedow, cuyos síntomas representan todos y cada uno de los aspectos de un individuo aterrorizado y cuyo origen y mecanismo reside en un profundo trastorno de la glándula tiroides con repercusión sobre el sistema simpático.

Si se analiza médicamente el carácter o constitución psíquica de las personas emocionales, es fácil descubrir en ellos las grandes líneas deladoras de perturbaciones de tal o cual glándula endocrina.

Las grandes emociones pueden crear estados morbosos dependientes de alteraciones de estas mismas glándulas. Así sucedió en alta y pequeña escala durante la gran guerra y es lo que la vida moderna permite apreciar principalmente hoy día en esos centros de emoción que son las Escuelas de vuelos.

Cannon, Marañón, Brisson, Head, Scott, Mercier, Richard, etc., etc., han podido estudiarlo objetivamente casi, si así pudiéramos decirlo, en los aviadores sometiéndolos a rigurosos «tests» científicos.

Nosotros comenzamos a ocuparnos de este problema hace poco más de dos años, cuando nuestra profesión nos llevó a actuar de Médico de una estación aérea con escuela de pilotaje adjunta. Llegaron entonces a nuestras manos algunos trabajos de Ferry, Camus, Binet y Marañón y los numerosos trabajos presentados al Congreso de Aero-Navegación de Roma.

De nuestras observaciones de ese tiempo son fruto dos comunicaciones que con los nombres de «El Mal de los Aviadores» y «La Aviación como factor de Enfermedad. Patología de Aviación» han sido publicados en algunas revistas nacionales y extranjeras.

Pudimos en ese tiempo comprobar experimentalmente lo que ya nuestras lecturas nos habían indicado sobre alteraciones biológicas, humorales y glandulares producidas por la emoción.

No haré sino citar porque son de todos conocidos hechos como las descargas de adrenalina en la sangre, y la movilización de la azúcar acompañando los estados de terror.

La «emoción» sin emoción» provocada por la inyección de adrenalina magistralmente descrita por Gregorio Marañón.

En nuestra comunicación al primer Congreso Nacional de

Medicina y Cirugía Naval y Militar de Valparaíso en 1929, decíamos que toda emoción representa siempre para el organismo algo más que su efecto puramente inhibitorio en el momento en que se produce. Hay dos aspectos uno psíquico y otro humoral. A los fenómenos subjetivos acompañan perturbaciones viscerales y glandulares y dentro del Sistema Nervioso es el sistema vegetativo Simpático el que fundamentalmente actúa.

No es posible la realización de un acto emocional sin esta íntima y estrecha sinergia de ambos sistemas y se comprende así el «shock» que es el gran cuadro, el drama absoluto de la emoción.

¿Pero es posible hacer ya distinciones absolutas entre lo que es espiritual y lo que es material?

La apariencia de la materia dice Paul Valéry es la de una sustancia muerta, de una potencia que no se transformaría en acto sino por una intervención exterior extraña a ella misma. De esta definición y de sus deducciones se derivaban dificultades invencibles.

Pero hemos asistido a la renovación fundamental de las raíces mismas de la Física y de la Química. La observación pura de los fenómenos aparentes ha perdido su valor y la Físico-Química esta ciencia nueva y revolucionaria nos ha mostrado que la materia no es más que un conjunto de transformaciones que se continúan en lo infinitamente pequeño y en el delirio de un perpetuo movimiento. La idea misma de materia se confunde con la de energía. Movimiento y radiación son los motores incansables de la vida. Las cualidades clásicas de la materia se confunden y como dice el mismo Valéry, «no es ya posible oponer sus atributos de inercia, de estatismo o de homogeneidad a los conceptos netamente opuestos de vida de sensibilidad y de pensamiento».

Esto dicho por uno de los maestros del pensamiento contemporáneo repercute en nosotros con graves resonancias.

La barrera que separa los fenómenos exteriores de aquellos que se pasan en el fondo de nuestro psiquismo tiende a desaparecer y ya unos cuantos audaces exploradores del infinito la han saltado.

En otro orden de ideas Freud y Einstein se dan la mano más allá de la ciencia racional.

En el terreno de la creación artística los «suprarrealistas» se han acercado a las fuentes mismas de la inspiración y el secreto del genio, lo que pudiéramos llamar la aéro-dinamia de la idea tiende a ser alcanzado.

La conciencia no sería sino meramente el resultado de un esfuerzo hacia una estabilización de la mente. La creación artís-

tica no sería el espejo de la realidad sino la realidad en sí misma.

El paso desde la vida como existencia biológica a la existencia artificial de la creación artística no sería sino un proceso de transformación. Como ha dicho Eugéne Jolas, la emergencia espontánea en la conciencia de los símbolos que yacen desintegrados, es la condición *a priori* de toda actividad intelectual.

Pero este camino nos aleja considerablemente del rumbo que llevábamos y nos llevaría demasiado lejos.

Os ruego me perdonéis si al hablaros de la Emoción he debido hacer una pequeña historia del desarrollo de las ciencias biológicas en relación con la Filosofía.

Pero era necesario hacerlo para no limitar a un marco demasiado estrecho un problema demasiado amplio.

La emoción es hoy en la vida humana origen de las más altas ascensiones del espíritu y causa de terribles quebrantos. Bien vale la pena hacer un alto en esta marcha sin fin y preguntarnos si tenía razón el viejo Aristóteles al definirla como un movimiento del apetito sensitivo con alguna mutación corpórea del estado natural al no natural o tiene razón Marañón cuando dice que en toda emoción hay un doble elemento psíquico y glandular, o tienen razón ambos porque en el fondo al través de 25 siglos ambos no hacen sino afirmar el mismo hecho y dejar abiertas las puertas a la misma formidable interrogación.

MEDITACIONES BREVES

EJEMPLOS.—HÁBITOS

EN medio del caos. Una crisis económica angustiosa. Para huirla ni siquiera hay caminos mar afuera, porque todo el planeta gime bajo una miseria semejante. A los antiguos recelos partidaristas que fragmentaban la unidad nacional se agregan otros: los de militares y civiles; los de mantenedores y perseguidos de la tiranía. Este es el panorama que dejan los años de despotismo. Y a ello, hay que agregar otros cánceres menos visibles, más hondos.

Al rasgar con el filo de la espada las venas de la ley, el ex-presidente Ibáñez, dió desde el más alto y visible sitio, un pésimo ejemplo: el que era posible trasgredirla si convenía así a los fines perseguidos. Durante cinco años la violó abiertamente cada vez que la juzgó un obstáculo. Ahora, el pueblo le ha arrojado del poder. Pero ese ejemplo de arrogancia, de irreverencia, de política de rompe y rasga ha germinado en todas las capas sociales, y por desgracia está apareciendo como un hábito nacional. Es el más insidioso de todos los males que nos ha legado la dictadura. Porque deshace el organismo del estado. Ninguna acción social es posible sin la coordinación del esfuerzo, sin la obediencia a leyes morales o públicas, sin el respeto a una disciplina democráticamente aceptada y alterable sólo con el consenso general y el auxilio de la misma ley.

En medio del caos. Los muchachos saltan por sobre las disciplinas en demanda de la realización de anhelos, generosos unos, ineptos otros. En los comités, en las asambleas, en las federaciones, en las oficinas todos los hombres desearían cada uno imponer, nadie someterse. Desapareció un tirano y han surgido miles de tiranuelos que habían brotado a su sombra, que estaban contagiados con su ejemplo y que ni siquiera se reconocen como tiranos.

El innato buen sentido de las masas, ha enarbolado hoy como bandera de reacción, el nombre de un jurisconsulto, casi desconocido ayer y que debe su popularidad repentina, fulminante, avasalladora nada más que al hecho de haber invocado el respeto a la Constitución y dar muestras de saber obedecerla. La gente se ha agrupado con él. Aun esos mismos que hacen oficios de tiranos, porque no se dan cuenta del hábito que han contraído y aun veneran un ideal que está en pugna con su propio proceder.

Es un síntoma de sanidad de la raza el que busque instintivamente el antídoto contra su enfermedad.

¿Nos curaremos? ¿Cuánto tiempo necesitará transcurrir aún para que aprendamos de nuevo a respetar al hombre en la letra de la ley?

Es curioso que las gentes que se dicen radicales, avanzados, y aun comunistas sean las mismas que den mayor ejemplo de desprecio por las disciplinas, las jerarquías y las leyes. ¿Y qué es el soviet ruso sino un nuevo y vasto sistema jerárquico basado en la más férrea disciplina que se conoce? ¿Libremente aceptado por los fieles? ¡Quién sabe! De todos modos, impuesto a la mitad de Rusia aunque tuviera que perecer la otra mitad.

Meditemos. O nos disciplinamos hoy dentro de una democracia socializada o tendremos mañana que someternos—bajo pena de la vida—a la disciplina sin clemencia del comunismo extremo.

Dr. Ernst Herzog.

DESARROLLO, IMPORTANCIA Y TENDENCIAS DE LA ANATOMIA PATOLOGICA (1)

AL hacerme cargo de mi nuevo puesto, como profesor de anatomía patológica de nuestra Universidad, estoy consciente del alto honor y de la gran responsabilidad que me corresponde, al asumir una cátedra de una importancia tan fundamental, para la medicina práctica y teórica en general. Se comprende, que Uds. esperarán del nuevo portador de este cargo, una inspección en su actividad y una explicación respecto a sus tendencias e intenciones. Espero, que en las líneas siguientes, me sea posible satisfacer vuestros deseos, aunque no es tarea fácil, dar a conocer en tan breve espacio y a un auditorio de cultura general, los múltiples aspectos de una dilatada rama especializada de la medicina.

La *anatomía patológica*, o sea el estudio de las alteraciones morfológicas del cuerpo humano, de sus órganos y de sus tejidos, que se producen a consecuencia de las enfermedades o debido a las malformaciones, es una ciencia relativamente joven, comparada con la medicina general. Se considera al célebre médico italiano, MORGAGNI, como su verdadero creador, puesto que él, al publicar a mediados del siglo XVIII su famosa obra, titulada «*Sobre la localización y las causas de las enfermedades*», introdujo el pensamiento anatómico en la medicina, marcando definitivamente la separación, entre la anatomía normal y la patológica. Mientras que hasta esa época, se hacían preparaciones en los cadáveres, exclusivamente con el objeto de conocer la ar-

(1) Lección inaugural de la clase de Anatomía Patológica de la Universidad de Concepción.

quitectura del cuerpo humano, lo que aun hoy día se continúa haciendo en anatomía, se inició una nueva y fructífera era para la medicina, con la posibilidad de *investigar las alteraciones patológicas de los órganos por medio de las autopsias*. Sobre este terreno, se desarrolló el diagnóstico topográfico de la medicina interna, con el auxilio de la auscultación y de la percusión, y en nuestros días con la colaboración radiológica y se benefició de una manera especial, la cirugía. En los siglos siguientes, el desarrollo de esta nueva ciencia, llegó a semejar un verdadero desfile triunfal, a través de los países europeos, bajo la dirección de célebres investigadores, tal el francés CRUVEILHIER; el austriaco ROKITANSK y los alemanes VIRCHOW, von RECKLINHAUSEN, KLEBS, COHNHEIM, ORTH, MARCHAND, WEIGERT y sus discípulos. Lo que agregado al descubrimiento y rápido desarrollo de la técnica microscópica, llegó a rendir frutos inesperados. El resultado fué, que la corriente del pensamiento médico, que hasta aquel entonces, se debatía en un terreno vago, solicitada por tendencias místicas, filosóficas o de un empirismo muy superficial, llegó a cimentarse en un sólido fundamento, de base morfológica, que perdura aún hoy día, exceptuando una que otra tendencia esporádica.

Se comprende, evidentemente, que después de la primera época, puramente sistemática y morfológica, que se ocupaba esencialmente de la forma, sitio y vías de propagación de las alteraciones patológicas del cuerpo humano, hubo de seguir un período de tendencias más bien fisiológico-funcionales, que condujo necesariamente a lo que hoy día llamamos *fisiología patológica*. RODOLFO VIRCHOW, contribuyó con su clásica y bien conocida obra *La patología celular*, publicada en 1858, a darle mayor profundidad, al examen macroscópico, por medio de la microscopía, desplazando con ello, las alteraciones y los procesos patológicos, hacia los menores elementos constitutivos de nuestro organismo, o sea, hacia la célula.

El pedestal más sólido de la obra inmortal de VIRCHOW, es sin duda, el hecho de que los procesos patológicos sólo se diferencian cuantitativamente de los fisiológicos (HERXHEIMER) representando aquellos el sustrato morfológico en el seno de los tejidos de éstos. Con la fundación del *archivo para anatomía y fisiología patológicas* por VIRCHOW, ha obtenido su sello oficial, el punto de vista fisiológico, en la anatomía patológica.

Una mayor profundidad y perfeccionamiento, ha obtenido esta tendencia fisiológica-morfológica, con las ingeniosas y trascendentales experiencias de COHNHEIM, en especial sus estudios sobre la inflamación. No puedo menos de transcribiros sus pa-

labras sobre el valor de las experiencias en animales, del prólogo de su famosa obra sobre *Patología General*. Dice así:

Por medio de la experiencia, estamos primeramente en condiciones de dilucidar la historia anatómica de numerosos e importantísimos procesos, ya sea pudiendo hacer una observación continuada o bien permitiéndonos hacer un examen en un momento dado. De esta manera debemos, a las experiencias, nuestros mejores conocimientos sobre procesos patológicos del desarrollo y del crecimiento, sobre intoxicaciones, sobre procesos inflamatorios, trombóticos y embólicos, sobre los edemas y sobre muchas otras cosas.

De no menor importancia es este capítulo, en cuanto a la etiología de las enfermedades, cuyos progresos se deben casi exclusivamente a la patología experimental. Por último, y este es tal vez el mejor servicio que nos presta la experiencia animal, nos servimos de ella, como la fisiología, para estudiar la dependencia mutua y el mecanismo de los procesos, en las diversas enfermedades.

Se comprende, sin mayor esfuerzo, el inmenso incremento de nuestros conocimientos de anatomía patológica, obtenido por este capítulo. Con el auxilio genial de la técnica experimental, consiguió ROBERTO KOCH, descubrir el bacilo de la tuberculosis y hacer su inoculación experimental en animales. La fecundidad espiritual de PASTEUR, junto con la técnica rigurosa de KOCH, contribuyeron al auge rápido de la joven bacteriología. haciendo de esta ciencia, un valioso auxiliar de la anatomía patológica, especialmente en el terreno de la investigación de las *causas de las enfermedades*, o sea, en el estudio de la *etiología*.

El nuevo ambiente espiritual, creado por el advenimiento del nuevo siglo y por la conflagración europea, revolucionó el arte, la música, la literatura, la filosofía y también la medicina, volviendo en parte al pasado, generando en parte también, nuevas tendencias. La consideración de la personalidad humana en totalidad, su punto de vista individual, adquiere nuevamente un rango prominente dentro de la medicina. En ello desempeñan un papel importante, la concepción moderna de las *glándulas de secreción interna* y el *sistema nervioso vegetativo*, como acertadamente lo hace notar HERXHEIMER. También, sólo ahora, viene a reconocerse universalmente la importancia de la constitución y de la disposición. También la bacteriología, que en un comienzo, sólo se preocupaba de los agentes productores de enfermedades, se preocupa, ahora del vasto terreno, de la investigación de la *inmunidad*, cuyas tareas se concretan al estudio del comportamiento del organismo frente a la infección. A esto se agrega el estudio más reciente de la medicina moderna, o sea el de las *hormonas*.

De manera, que casi parece experimentarse la ilusión, de que la medicina se aleja de el fundamento de la morfología, dirigién-

dose, en forma de una nueva oleada, a la *antigua patología humoral*, o sea al estudio de los humores del organismo de que hablaba GALENO, en el segundo siglo de nuestra era cristiana. De todas estas corrientes del siglo XX, naturalmente que tampoco podía librarse la anatomía patológica. Uno se aleja de la individualidad celular, pasando a adquirir mayor importancia, las *agrupaciones celulares*, los *sistemas celulares*. De este modo, ha adquirido una importancia especial, el sistema retículo-endotelial de ASCHOFF, habiendo ganado terreno en este caso, por primera vez, la idea de considerar bajo el punto de vista funcional común, del almacenamiento, la fagocitosis y la defensa al servicio de la inmunidad, dándoles así, el valor de un órgano especial, o de un aparato del metabolismo, a determinadas células mesenquimales distribuídas en diversos órganos. También se considera hoy día, según HUECK, como asiento de procesos vitales o sea como un *mesenquima activo* aquel material muerto, como se consideraba, aun en los tiempos de VIRCHOW, a la *materia intercelular*. También el sistema nervioso adquiere hoy día preponderancia por su acción modificadora. También el sistema nervioso vegetativo simpático y para-simpático que había sido descuidado, debido a la preferencia unilateral concedida al sistema nervioso central, ha pasado a ocupar un puesto de vanguardia, gracias a las nuevas investigaciones morfológicas de L. R. MUELLER, GREVING, de CASTRO, LAWRENTJEW y HERZOG. Sus muy complicadas relaciones con los progresos vitales, significan un terreno de investigación enteramente nuevo, muy fructífero, aunque inmensamente complejo. Paso a paso con estas nuevas tendencias de la investigación, marchan naturalmente también nuevos métodos extraídos de todas las ramas de las ciencias, poseyendo todos ellos, esto de común, que deben servir para aclarar procesos vitales, normales o patológicos. De esta manera se cultivan células, fuera del organismo para observar su manera de reaccionar en condiciones patológicas, aun más, se estudian las condiciones de desarrollo de las células de los tumores, fuera del organismo, para tratar de descifrar sus enigmas, aun no resueltos, y para ver modo de crear nuevos caminos a la terapéutica. O bien se introducen en el organismo animal, colorantes inocuos, llamados colorantes *vitales*, para llegar a tener una imagen de la función de determinados sistemas celulares, al servicio de la lucha defensiva de la inmunidad, contra los agentes infecciosos y los productos tóxicos de su metabolismo. Se estudia la nutrición celular por medio del método de la *respiración tisural* de WARBURG; se investiga la estructura de la célula viviente según los puntos de vista de la *química*

coloidal; se emplean finísimos métodos de física, para comprobar el desplazamiento iónico en el seno de los tejidos. También la *micro-química* comienza a ser un valioso auxiliar de la anatomía patológica, ya que entre otras cosas, nos ha brindado la *síntesis de azul de indofenol* para registrar los fermentos oxidantes de los leucocitos. Esta es la llamada *reacción de la oxidasa*. También la microscopía ha experimentado un notable mejoramiento por medio de la visión estereocópica, dándonos la visión de la tercera dimensión, hasta entonces descuidada, permitiendo contemplar así los tejidos y los fenómenos que en ellos se desarrollan en su verdadera relación y conexión relativa dentro del espacio.

También en este sentido, se observa una cierta tendencia a alejarse del análisis extremado, hasta los límites de lo visible, de la individualidad celular, a favor de una mejor síntesis, que comprenda los complejos morfológicos generales y funcionales. Pero todo esto, de ninguna manera, significa un alejamiento de la patología celular, puesto que todo es en último extremo producto o función celular. Las mismas hormonas, finalmente no son, sino productos celulares. En todas las nuevas tendencias de investigación en la patología, no se trata de cataclismo, sino de reconstrucción, ampliación y profundización. Tiene toda la razón, el conocido patólogo de Heidelberg, ERNST, mi estimado maestro, al exclamar:

La patología no es hoy día puramente patología celular, pero no porque fuese falsa ni porque estuviese supeditada toda la doctrina celular, sino, porque la patología no puede derivarse de un principio único, puesto que *patología, significa variación del tema, y las variaciones son infinitas*. La teoría celular conservará su puesto eternamente, junto a muchas otras. La patología, no es sólo patología celular ni patología solidal o patología humoral, sino que, comprende tanto de la una como de la otra. Ella tiene cabida para todos estos puntos de vista, puesto que *patología es biología en sentido teórico y ciencia del individuo enfermo, en sentido práctico*.

Cuando en estos últimos años se oía a menudo que el punto de vista morfológico dentro de la medicina, y en especial la tendencia anátomo-patológica, estaban anticuadas y no podrían dar de sí, nada más a la medicina, se trataba de una ofuscación, engendrada por una sobreestimación de los nuevos métodos físico-químicos, con sus innumerables nuevos problemas. ¿Cómo iba a ser posible, que una ciencia como la medicina, se alejara jamás de la materia de nuestra economía, del individuo enfermo?

Ayer como hoy, será siempre una tarea fundamental, la investigación de los fenómenos patológicos por medio de las alteraciones morfológicas locales visibles, de células y de tejidos. Ayer como hoy, será esto, el sólido fundamento, que le asegura

su diagnóstico y gran parte de su conducta terapéutica al internista y al especialista; y que le dará igualmente al cirujano, puntos de apoyo para la extensión o limitación de sus intervenciones quirúrgicas (HERXHEIMER). La manera de pensar morfológica, anátomo-patológica, conservará el cetro, mientras exista la medicina, naturalmente que inseparablemente asociada a la fisiología patológica y apoyada por todos los nuevos métodos de todas las ramas de las ciencias. Problemas y métodos aparecen y desaparecen, pero la morfología, o sea la materia de nuestro organismo humano, permanecerá eternamente joven en la medicina, y de esta manera no podemos hacer nada mejor, que enseñarles a mirar y a observar desde muy temprano, a nuestros estudiantes, que serán nuestros futuros médicos.

Aunque hasta ahora, he ensayado de familiarizarlos con el desarrollo y la importancia de la anatomía patológica, como ciencia y de sus múltiples y variadas tendencias en el curso de los siglos, no quisiera omitir ahora, el darles una idea, de las tareas prácticas de esta disciplina.

Casi todos los países civilizados poseen hoy día, *Institutos anátomo-patológicos*, agregados en parte a las clínicas e Institutos Universitarios y en parte, a Hospitales y Sanatorios urbanos. Su tarea principal, es la de proceder a hacer autopsias, o sea, la abertura de las cavidades de los cadáveres humanos, con el objeto de determinar la causa de la muerte; así como también la localización, la distribución y la causa de las enfermedades. Como todos los cadáveres, que son autopsiados en los Institutos patológicos, deben ser inhumados, no pueden permanecer más de 12 a 24 horas en el Instituto o en sus refrigeradores y la autopsia debe hacerse, de acuerdo con las reglas precisas que en manera alguna deformen al cadáver. El objeto de la autopsia no es de índole exclusivamente científica y unilateral, como muchos piensan, sino que su interés, es mucho más práctico y polivalente. Por un lado, tienen el alumno y el médico la posibilidad de conocer las bases morfológicas de los síntomas clínicos, de una enfermedad por ellos observados, como asimismo, sus distintas modalidades, única manera racional, de llegar a conocer las enfermedades. Para citar un ejemplo práctico, no podríamos imaginarnos hoy una percusión y auscultación del corazón o de los pulmones, sin un conocimiento a fondo de las alteraciones de los órganos, que sirven de fundamento a estos fenómenos físicos. De este modo existe también la posibilidad de un control permanente del pensar y del obrar de los médicos, lo que es de importancia capital, no sólo para el médico joven; sino también, para el experimentado. La determinación de la causa de muerte, es un

hecho de importancia, en parte para justificar la terapéutica empleada, en parte para el esclarecimiento científico de casos equívocos, y finalmente, también por razones estadísticas. De una importancia no despreciable, es finalmente la profundización del detalle de los hallazgos conseguida con el auxilio de complicados métodos de investigación, de naturaleza microscópico-histológica, físico-química o de técnica bacteriológica. Estos procedimientos, se hacen a veces necesarios para esclarecer la etiología y la patogenia de ciertas afecciones, siendo a veces necesario, recurrir a la experimentación animal. De cada autopsia se hace un minucioso protocolo, escrito a máquina, que contiene la descripción exterior e interior del cadáver, al cual se le agregan posteriormente, los resultados de las investigaciones histo-patológicas, o de cualquier otro examen especial que se haya hecho.

Los *protocolos* se archivan, año por año, pudiendo servir en todo momento, de fuente fidedigna para trabajos científicos o estadísticos. De esta manera, también se hace posible formarse una idea clara, del desarrollo y evolución de una misma enfermedad, conociendo sus diversos aspectos morfológicos. Suele hacerse la siguiente objeción, de que una autopsia nos evoca un cuadro enteramente falso de una enfermedad, pues nos muestra el estado final o en todo caso, un determinado estado de dicha enfermedad. Precisamente aquí, estriba el arte del patólogo, de reconstruir la evolución fisiológica de todo el proceso patológico, ahondando el estudio de los diversos estados de la misma enfermedad, a semejanza del arqueólogo, quien también, trata de hacerse una representación viviente de toda una época, estudiando inteligentemente los restos desenterrados, de una fenecida cultura. Se trata también aquí, como en todas las ramas del arte, de *vivificar con el alma la materia muerta*, llegándose a cumplir fielmente el viejo adagio romano: «Hic gaudet mors succurrere vitae» esto es *aquí se regocija la muerte, de poder ayudar a la vida*. El siguiente ejemplo, sirva de testimonio, para poder comprender, la enorme trascendencia, que puede llegar a adquirir, un concepto, basado en la observación anátomo-patológica cuidadosa. El hecho anátomo-patológico de que más del 90% de los individuos, hayan tenido en su juventud una localización tuberculosa en el vértice pulmonar, que en la mayoría de los casos, no dió síntomas y curó por cicatrización, levantó un verdadero torbellino de espanto, al ser publicado. Pero por otra parte, contribuyó eficazmente al diagnóstico precoz y a la terapéutica de la tuberculosis de los vértices pulmonares. Esta enseñanza, fué tan fundamental, que aun hoy día rige en todo su valor. El descubrimiento del bacilo de la tuberculosis por Ro-

BERTO KOCH es finalmente, la consecuencia lógica, de pacientes estudios anátomo-patológicos previos, que llegaron a obtener su comprobación casi matemática, en el campo de la patología experimental. Podrían citarse, muchísimos ejemplos más, para convencerlos de la importancia teórica y práctica de la anatomía patológica. Pero sus hallazgos, no sólo sirven para perfeccionar la terapéutica, sino que también, los allegados de un fallecido, pueden sacar partido de una autopsia encontrándose por ella el esclarecimiento definitivo de un caso dudoso. Sirve también para combatir y prevenir muchas epidemias peligrosas. Así, por ejemplo, se pudo evitar en muchos casos la propagación de la tan temida meningitis-cerebro-espinal epidémica, basándose exclusivamente en el diagnóstico seguro corroborado por la autopsia. Ultimamente ha adquirido la autopsia una importancia especial en los países europeos, con motivo del gran desarrollo, que han adquirido las compañías de seguro de vida. Así, por ejemplo, el anátomo-patólogo está en situación de dar su informe en calidad de perito, basándose en la autopsia, para dilucidar si la causa de la muerte de un obrero, que padecía de una enfermedad profesional, es debida a una enfermedad contraída en el taller o no. En caso positivo, o en caso de existir uno de los llamados accidentes o enfermedades del trabajo, la compañía se hace responsable, debiendo pagar una indemnización o una pensión a la viuda. Se comprende sin mayor dificultad, que lo mismo es aplicable, a los heridos, mutilados y lisiados en la guerra.

En cuanto a *los Institutos Universitarios*, les cabe desarrollar a ellos, además de todas las actividades ya descritas, todo aquello que atañe a la enseñanza y al perfeccionamiento ulterior de los futuros médicos. Fuera de las conferencias teóricas, sobre la anatomía patológica, funcionan también cursos prácticos de microscopía de preparaciones histo-patológicas, como asimismo, cursos de autopsias, donde el estudiante aprende a hacer una autopsia y a redactar el protocolo correspondiente.

En uno de los llamados, cursos de demostración se les presenta a los estudiantes y a los médicos tratantes, los órganos de la totalidad de los casos autopsiados durante la semana, tomando en consideración los datos clínicos existentes, de modo que a diferencia de la disciplina teórica sistemática, se puede hablar en este caso, de una *clínica anátomo-patológica*.

También se les da ocasión, de dedicarse a un trabajo científico a aquellos que quieran desarrollar un tema de memoria. Para hacer la enseñanza, esencialmente objetiva y para disponer además de abundante material con fines demostrativos, es una de las tareas primordiales de todo Instituto patológico, univer-

sitario la confección y conservación de un museo de órganos con alteraciones patológicas, conservados tal cual se presentaban en estado fresco. Con este objeto, nos servimos del procedimiento de KAISERLING, que permite conservar los órganos dentro de un líquido claro y transparente, sin alterar sus colores naturales, durante decenios. Sirvan de ejemplo algunas piezas de museo, hechas aquí desde nuestra llegada (industria nacional) cuya confección demanda paciente dedicación.

Hasta ahora, sólo hemos expuesto las actividades de orden práctico o didáctico, que se desprenden de las autopsias; quiero ahora llamarles la atención sobre otra *sección anexa*, que no falta hoy día en ningún Instituto patológico. Se ocupa ésta de la investigación microscópica del material enviado por los cirujanos, obtenido por intervenciones o por biopsias. Se comprende que ésta es la actividad de mayor responsabilidad, que le incumbe a un Instituto patológico, puesto que se trata de exámenes, que interesan directamente a pacientes vivos. La organización de una de estas secciones de investigación, exige naturalmente todas las instalaciones modernas, que garanticen un trabajo rápido, seguro y de absoluta confianza. Por lo tanto, no sólo es necesario, que el personal técnico esté especialmente preparado y seleccionado, sino que también, su dirección debe estar confiada, a un anatómo-patólogo científicamente preparado, que cuente a su haber, con una experiencia de muchos años, para poder diagnosticar con absoluta certeza. Para darles una idea del funcionamiento de uno de estos Institutos, les esbozaré brevemente el curso de uno de estos exámenes. En una mujer, se palpa un día un nódulo en un pecho, el cual, no le ocasiona molestia alguna, pero ella nota que éste comienza a crecer. El médico, comprueba la existencia de un tumor, pero por el examen clínico, no puede saber si se trata de una neoplasia benigna o de una maligna, o sea de un cáncer. Como es de una importancia fundamental, para el tratamiento hacer el diagnóstico diferencial, él escinde un pequeño trozo del tumor sospechoso y lo envía al Instituto patológico. Este pequeño trozo, obtenido por biopsia, es sometido a un tratamiento previo determinado y se hacen de él en seguida, por medio de una máquina especial, llamada micrótomo, delgadísimos cortes de algunos centésimos de milímetro de espesor, que se observan bajo el microscopio, después de haber sido teñidos por diversos colorantes. En el curso de algunas horas, a más tardar dentro de 24 horas, recibe el médico, un informe escrito sobre el resultado del examen. Si en este caso se trata de un tumor maligno, debe el médico proceder a una extensa intervención quirúrgica, la cual en caso necesario, ha

de ser seguida, de una serie de sesiones de irradiación. Si el tumor es benigno, el médico se limitará a una pequeña intervención, teniendo la paciente, además, la seguridad de que no padecerá de un cáncer. En otros casos, en cambio, pueden tanto los síntomas como el examen objetivo hacer pensar en una afección banal, sin mayor trascendencia. Si el médico es consciente, procede en este caso a hacer una biopsia, y obtiene del Instituto patológico, el diagnóstico de un tumor maligno, puede en este caso, salvar una vida interviniendo a tiempo. Vaya ahí un ejemplo de nuestra actividad en Alemania: Un día nos es enviado por correo, un pequeño trozo de tejido, del hombro de un paciente, obtenido por biopsia, con el diagnóstico clínico de tumor benigno vascular. El examen microscópico, demuestra que se trata de un tumor maligno, y por su estructura llegamos a la conclusión, que debe tratarse de un tumor secundario, (metástasis) proveniente de una cápsula suprarrenal, que por vía sanguínea, o linfática, había llegado a localizarse en el hombro. Le aconsejamos al médico, que tratase de averiguar con el auxilio de los rayos X, etc., en cual de los dos riñones se hallaba el tumor primario, para extirparlo quirúrgicamente. Grande fué el asombro del médico, por nuestro diagnóstico, pero todo se confirmó en pocos días más, al recibir nosotros el tumor de la suprarrenal extirpado, y enviado para su examen. El paciente se había salvado, puesto que sin nuestro diagnóstico el médico se habría conformado con extirpar el pequeño tumor del hombro, y nuestro hombre habría muerto fatalmente por metástasis sucesivas. En otro caso, se había hecho el diagnóstico de aborto. El examen del material enviado, obtenido por raspaje de la cavidad uterina, demostró que se trataba de un carcinoma incipiente, después de un estudio cuidadoso, de numerosos cortes. En vista de esto, se amputó el útero y nos fué enviado para un examen de control. En él se encontró un carcinoma incipiente, apenas visible a ojo desnudo. La paciente mejoró definitivamente, con esta intervención radical. De los ejemplos citados, que no son excepcionales, sino casi el pan de cada día, se desprende la enorme importancia de estas estaciones de investigación, para el diagnóstico, terapéutica y bienestar de los pacientes. Fuera del valor práctico de estas instituciones, les corresponde una gran importancia para la enseñanza y la investigación, puesto que los resultados allí obtenidos, están a disposición de los estudiantes, estimulándose con ello, la investigación científica.

No necesita recalcarse, de una manera especial, cuán provechosa es esta colaboración entre el médico y el teórico, con res-

pecto a la práctica y a la utilidad que de esta manera se proporciona a la humanidad doliente.

Con lo que llevamos expuesto, Uds. se habrán formado la impresión de que la actividad de un Instituto patológico, es muy vasta y más práctica que teórica, desarrollándose, sin interrupción, día a día, lo mismo que la vida hospitalaria. Si se le considera a la anatomía, como el fundamento de la medicina, debe dársele mayor importancia aun, a la anatomía patológica, puesto que ella se halla situada en el foco de la medicina general y es el lugar común de todas las interrogantes actuales de la totalidad de las ramas de la medicina. Tanto el estudiante como el médico, no sólo tienen la posibilidad de controlar su pensamiento y su acción como médicos, sino que aparecen también, puntos de vista terapéuticos enteramente nuevos, lo mismo que los innumerables problemas y posibilidades de investigación, ya que el campo de lo inexplorado es enorme.

Lo mejor de la labor del anatómo-patólogo, no debe consistir solamente en la crítica sino especialmente, en la estrecha colaboración entre el médico y el clínico. Su labor no ha terminado, procediendo a hacer la autopsia, para encontrar una causa de muerte, ni tampoco haciendo el diagnóstico del material enviado por biopsias, sino que también debe dársele, la posibilidad, de ser ilustrado por el clínico o el médico personalmente, sobre problemas clínicos. Es de desear, por lo tanto, que el patólogo reciba los datos esenciales de la historia clínica, antes de hacer una autopsia, o antes de proceder a un examen histo-patológico. Por lo demás, no sólo es de mayor valor para el clínico, el hecho de presenciar personalmente la autopsia, sino que lo es y singularmente para el anatómo-patólogo, para llegar a tener la posibilidad de adquirir una experiencia bien fundada. Solamente de este modo es posible vencer el abismo que desgraciadamente suele existir entre la clínica y la anatomía patológica, entre la práctica y la teoría, entre la vida y la muerte, y de servir a la Salubridad Pública y a la humanidad toda entera.

Como en lo expuesto anteriormente, sólo he tratado de familiarizarlos con el ramo de mi especialidad, con ocasión de haberme recibido de mis nuevos cargos, creo que estaría indicado, dedicar dos palabras a nuestra Universidad. Seguramente no existe en el mundo un plantel de enseñanza superior, tan joven, que se haya desarrollado tan rápidamente, gracias a la desinteresada amplitud de miras e idealismo de su digno presidente, y gracias, también, a la magnífica colaboración de un directorio decidido y consciente de su elevada misión, como asimismo, debido también a la colaboración de catedráticos competentes.

Es este un ejemplo, digno de ser imitado y que debe saberse apreciar debidamente, ya que aquí, ha debido modernizarse todo de una vez, desde sus cimientos, lo que en Europa ha debido hacerse lentamente en el transcurso de los siglos y librando verdaderas batallas.

Debe recordar en todo momento nuestra Universidad, la seriedad de sus labores y obligaciones, puesto que se trata, ni más ni menos, que de llegar a ser un miembro de igual rango, dentro de la gran comunidad de las Universidades del viejo y del nuevo mundo y permítaseme la expresión, de mantener con ellas, la competencia científica.

Ojalá que la idea de la «Universitas literarum», sea en todo momento el pensamiento directriz de nuestra Universidad, o sea ser un templo supremo de todas las ciencias, que se desarrolle libremente, tendiendo con absoluta libertad intelectual, hacia la investigación de la verdad, en colaboración con todos los centros mundiales, inspirados en este mismo ideal. De modo que abrigamos la esperanza que también el Instituto anátomo-patológico, sea dentro del marco de nuestra Universidad un centro viviente, para labores prácticas y científicas al servicio de la salubridad y de la vida intelectual del pueblo chileno todo entero.

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

UN VIAJERO ESCRITOR

CERRAMOS el libro de Alejandro Vicuña, este «Bajo cielo africano», recién editado en París, y grabado en la memoria el panorama de su viaje, y más que todo grabada en la sensibilidad la imagen del viajero, nos sentimos tentados, como el árabe de uno de sus relatos, a sentarnos al lado suyo en el rústico banco protegido por sombra tupida, y a repetirle, sacando nuestra libreta de impresiones, más fácil de aplicar aunque no menos exacta que el libro de los horóscopos que el árabe ocultaba bajo el manto:

—¿La suerte, el pasado, el porvenir del señor?

Porque, como dice el autor:

No tanto escribimos para ser leídos, como para conservar nuestras impresiones y poder evocarlas en el futuro. Escribimos para leernos dentro de algunos lustros, si Dios nos concede vida, cuando ya no seamos capaces de viajar sino en las páginas de un libro, habiéndose ya empezado a velar las páginas de nuestra memoria.

O sea, el libro es el confidente, el espejo que aprisiona los paisajes: el paisaje de la naturaleza, que es el que contempla el viajero; el paisaje íntimo del viajero, que es el recreo del lector. Se olvida lo que hemos visto; se olvida también lo que hemos pensado y lo que hemos sentido; llega a ignorarse, por haberlo olvidado, el yo que en un momento fuimos. Y ese yo es el que el viajero escritor deja prendido a sus relatos para volver después a encontrarlo, y es a menudo el mejor de los panoramas que el libro de viajes ofrece al lector.

¿La suerte, el pasado del señor? como el charlatán árabe ofrecía.

El viajar, el viajar una y otra vez, el llegar para poder partir de nuevo, deben de estar ciertamente indicados en la arena del desierto y en los dibujos cabalísticos que una vieja sabiduría pueda trazar en ella: si el azar repite, es mucho más frecuente que la repetición de los actos humanos no sea hija del azar.

Alejandro Vicuña ha viajado mucho. Regresa de una latitud cualquiera—ofrece tantas latitudes el orbe a la curiosidad—y su suerte le empuja a partir en busca de una nueva y desconocida latitud. Tal vez cada viaje suyo se haya determinado por un motivo diverso; alguno no fué obra de la libre voluntad suya de quedar o partir; pero hay dentro de él un resorte íntimo y constante que le mueve a cambiar. Cualquiera cosa que cambiemos, sólo cambia el insatisfecho:

¿Dónde encontrará descanso el viajero inquieto—nos dice este libro—no ser en el torbellino del movimiento y en la renovación incesante de horizontes y paisajes?

Y aun de los sitios más pintorescos y atrayentes de su itinerario, como Tlemncen:

Partimos dejando trozos de nuestro espíritu en el valle encantador donde retoñan los huertos en eterna primavera y las viejas ruinas en recuerdos imperecederos.

Y a nosotros, más muchas veces que la ruta seguida en el espacio, nos apasiona el drama congénito o adquirido que obliga al viajero a seguir la ruta.

¿Drama? ¿Y por qué no? Donde cualquiera insatisfacción comienza, comienza todo drama. Hay la insatisfacción que exige conscientemente lo que no se tiene, y es ella un drama o un núcleo de drama activo e innegable; hay la insatisfacción que sólo impone el desapego de lo que se tiene, y en ella late un drama o el núcleo de un drama pasivo o inconsciente.

Generalmente, el drama de viajar es de estos últimos, simple atracción que ejerce «el torbellino del movimiento» y hacia «la renovación incesante de horizontes y paisajes», por desapego o aburrimiento del horizonte que cerca el paisaje de todos los días.

Distingamos también en desapegos y aburrimientos. Es fuente de aburrimiento y desapego la falta de amor a las cosas, la falta interna de un potencial de amor; fuente ésta de mezquinos aburrimientos y desapegos. Es fuente también de aburrimientos y

desapegos la excesiva sollicitación de las cosas al espíritu, la sollicitación simultánea de la diversidad de las cosas, y la imposibilidad de cogerlas todas y en un instante mismo; desapego o aburrimiento el de estos últimos que, en límites extremos, puede denominarse fatiga y tal vez saciedad.

Y aquí si que estamos en el drama, cuya escala va de la mera inquietud al vértigo del desplazamiento. Y esta suerte humana bien puede estar escrita en la arena del desierto, sobre la cual la sabiduría del africano expresa la cábala de los destinos.

¿Qué pasea Alejandro Vicuña bajo cielo africano? Pasea su «cuestión polaca». El velo de la alusión cubre, en el prólogo del libro, el objeto capital aludido. Muchas son las cuestiones polacas que una psicología rica como la del autor ha podido llevar en el espíritu, pero hay una que la historia impone y que nos quita el derecho de busca y de elección: Polonia va en la historia engarzada al concepto de libertad, y toda la activa existencia de Alejandro Vicuña ha sido una lucha por ese derecho humano, y su espíritu de crítica permanente ha requerido, como elemento vital, un aire recargado de libertad. Y mientras Alejandro Vicuña cruzaba bajo cielo africano, Chile vivía días amargos de su historia. Esa es la cuestión polaca, transparente en el prólogo anecdótico bajo el velo de la alusión, y esa la traducción para este libro de la anécdota aquella:

Una sociedad científica abrió en Europa hace años un concurso, y era su tema el elefante. Cuatro sabios acudieron: un inglés, que disertó sobre el aprovechamiento industrial del elefante y sus colmillos; un alemán, que consideró al elefante en la paleontología y en su evolución al través de los siglos; un francés, que estudió las costumbres eróticas del elefante, y un polaco, que trató del elefante y de sus relaciones con la cuestión polaca.

El sabio polaco y Alejandro Vicuña siempre llegarían, a propósito aun de los más desorbitados temas, a su obsesión primordial: la libertad, ese ideal por cuya conquista había luchado el viajero y por cuya lucha había visto hacia poco cerrársele las puertas de la patria.

Y como en todo luchador la represión se transforma automáticamente en energía, tenía razón el autor para afirmar en la portada del libro que no debía ser ingrato para esa idea o sentimiento que lo absorbían,

los cuales, si bien es verdad, nos ocasionan inquietudes y zozobras, no es menos cierto que nos alientan y nos dan una razón para vivir.

Y es mayor acierto el del árabe, que sólo conocía del pasado de Alejandro Vicuña lo que la arena del desierto le revelaba, que el de nosotros cuando extraemos del tono del libro su pasado y añadimos a esas deducciones lo que de antemano conocíamos del viajero; es mayor acierto, sin duda, y más misterioso el del árabe, que le dice leyendo en los signos cabalísticos de la arena:

—Ud. desempeña en su país una función pública, posiblemente juez o profesor; su nombre es más conocido que su figura; ha sufrido mucho, pero el término de sus males se acerca con el bien perdido.

Aquí calló el árabe, y nos deja vislumbrando el porvenir.
Nos interesa en especial el del escritor.

Alejandro Vicuña se ha enriquecido bajo cielo africano. Tiene este libro páginas de belleza serena y melancólica; nutrida de magullado escepticismo, su sensibilidad se extiende ahora en una mayor superficie humana, y es más íntima y más vibrante la palpación.

Querríamos citar entera aquella página sobriamente emocionada en que pinta un cementerio musulmán. Si no entera, tomemos de ella los párrafos de mayor movimiento y color:

Algunos animales pastan apaciblemente entre las tumbas; dos o tres parejas de enamorados, frente a la soledad de la muerte, preparan el advenimiento de la vida. ¿Y podría faltar, entre los huéspedes de tan macabro paraje, el tipo clásico del mendigo, harapiento e inmundo, que descansa allí, sentado junto a un sepulcro, dedicándose a hacer la policía contra los importunos parásitos que se ocultan bajo sus ropas raídas? Indiferente nos mira pasar, y con la misma indiferencia continúa en su tarea.

Un grupo desciende por estrecho sendero que serpentea entre las tumbas. Conducen en una angarilla, con techo de género blanco, un cadáver que van a depositar bajo tierra. Alcanzan hasta cerca de la playa, y dejando momentáneamente su carga en el suelo, toman colocación a su alrededor, sentándose sobre las piedras verticales de las tumbas cercanas. Dos hombres comienzan a abrir la fosa, la que rápidamente está lista para recibir su tesoro. Se alzan pausadamente los asistentes y rodean el último lecho del amigo o pariente, mientras una hábil maniobra de los angarilleros arroja el cuerpo a la fosa. Vemos el fardo blanco en el aire y sentimos luego un ruido seco, que anuncia la toma de posesión de un pedazo de suelo por un hombre que en vida jamás ensayó probablemente tal prueba de dominio y señorío. Después, algunas paladas de tierra sobre el cuerpo y algunas preces por el alma.

Alejandro Vicuña viajero había sido hasta ahora más objetivista; dominaba en él la información; ahora empieza a dejar transparentar estados de ánimos con ricas sugerencias. Sacude al lector, como sacudió al viajero, aquel atardecer en Meknes sobre el paisaje cargado de minaretes y palmeras y sobre los

senderos polvorientos poblados, como en los tiempos lejanos, de mujeres que con el ánfora en la cabeza, iban en busca del pozo inextinguible. Sacude al lector el sacudimiento del viajero.

De estos estremecimientos de sensibilidad, que muestran en rápida vislumbre paisajes psicológicos mal definidos, se nutre, más que de informaciones exteriores, la gran literatura. Y cuando al lado de ellos encontramos intencionados rasgos de sátira social, relatos de costumbres, observación caricaturesca fina como aquella del rostro del camello que subraya al viajero, en un rictus de ironía, su falta de cautela ante el explotador, podemos augurar, como el árabe, el porvenir.

Que vengan nuevos libros: cada uno de ellos nos traerá un nuevo y más rico panorama, extraído cuanto más intenso, con nueva y más rica ansiedad. Nunca se agotará la fuente, mientras dure la vida. Entonces ya lo dice el autor:

Todos sabemos cuál será esa postrer frase nuestra, palabras que quizá escucharán los hombres por primera vez de nuestros labios, porque estaban escritas precisamente en lo más hondo del corazón.—A L F O N S O B U L - N E S .

LA VIDA DE FRANÇOIS VILLON

(A propósito de «Le Roman de François Villon», por Francis Carco).

A las biografías noveladas que nos ha prodigado la literatura de los últimos tiempos, viene a sumarse esta novedosa vida de François Villon, que en la serie de Le roman des grandes existences (Plon Nourrit édit.), sigue a la Prodigieuse vie d'Honoré de Balzac, a la Vie Aventureuse de Rimbaud y a la Vie Pareseuse de Rivarol.

Byron es el égotra displicente, orgulloso de su casta, inconstante y déspota en el amor, espíritu de acción y de lucha, consciente de su genialidad, que pone al servicio de sus pasiones —poesía de erotismo y de glorificación romántica—; Shelley es el alma del panteísta que vibra en la *measureless music of things*; en él la sombra abyecta de Calibán no alcanza a manchar la nitidez del espíritu de Ariel —poesía de serenidad, de panteísmo puro, con mucho del concepto y de la forma griegas—; Villon es al lado de ellos, el pobre Lelio ungido por la vida en la florecencia lírica de su poesía, en quien ensaña el Destino su saeta de dolor y de miseria.

En su vida han obrado con un determinismo ciego, aquellos factores que Sainte-Beuve señalaba como matrices en la gesta-

ción de la obra de creación artística. Vida errante y turbulenta, exaltada por pasiones ruines y por arrepentimiento rayano en misticismo, vida de gloria y de miseria, de sombras y tortura de cárcel y de opulencia de príncipes, *de forfaits et de débauches*, para hallar un símil a aquella vida lírica de ingenuo idealismo de niño y de concupiscencias y bajas pasiones de hombre en la gentil errancia caballeresca medioeval, tendríamos que hurgar en la vida de los grandes minstrels ingleses, o en la de los troubadours o trouvères de Francia, o en más de algún meister singer de los teutones; pero ni Bertrand de Born, ni Pierre Vidal o Bernard de Ventadour, ni Caedmon the Cedric, por no citar otros entre los más famosos bardos de la Edad Media, vivieron la vida azarosa del más grande de los poetas medioevales y legítimo precursor de la poesía moderna.

Francis Carco, el novelista de Rien qu'une ferme, nos escribe esta vez, no una biografía novelada, sino una verdadera novela de emoción e interés, con el mérito singular de que para darnos una obra de ficción no ha tenido que alterar los elementos ya conocidos de la vida del poeta.

Porque en pocos poetas como en Villon la vida y la obra aparecen tan estrechamente unificadas por el lazo vibrante y tenso que fué su existencia atormentada y arrepentida, que él ha encerrado en el grito vibrante de su verso: *pour une joie cents douleurs*. De él podemos decir que recibió en carne viva la lección de la existencia y que su poesía, falta de todo diletantismo sentimental de alcoba, fué la cosecha de dolor y de placer, en el paso breve por la vida de este poeta, que como él mismo lo dice, *en amour mourut martyr*.

A los siete años prematuros, pierde a su padre, que ha muerto en la miseria. Su madre, más pobre que éste, lo entrega a su tío, el capellán de Saint Benoît le Betourné (le Bien Tourné, en la vena jocosa del poeta). Allí lleva una vida arreglada y sobria. Su tío, que es para él *plus doux que mère*, lo inicia en las disciplinas clásicas y son las largas veladas en que lee su Doctrinal. La influencia religiosa y moral del capellán parece que va a modelar para siempre en el hierro recio de la virtud austera y de las buenas costumbres aquella vida que, de haberlo sido así, nos hubiera privado tal vez de un gran poeta.

Era, naturalmente, un corazón tierno y puro, el de este niño, con ese temblor de tristeza y esa avidez de amor de quien lamentaba desde los primeros años y a pesar de la solicitud de su tío, la efusión amorosa del hogar de los suyos.

Había en él algo de infinitamente tierno, dice Carco—por lo cual había sufrido desde hacía mucho tiempo en su pequeña vida, dentro de su cuarto de

Saint Benoît, durante las obscuras tardes de invierno en que, la frente apegada al cristal de la ventana, miraba jugar cerca de las casas a los niños de su edad.

Pero cuando tras la niñez apacible, hace irrupción en él la pubertad, cambia de rumbos la curva que descubriera la flecha de su destino. A los diez y siete años sigue sus cursos en la Universidad de París y sus principios austeros empiezan a derrumbarse. Collin, el hijo del cerrajero, le proporciona una llave con que podrá salir furtivamente de noche, pues su tío tuvo la previsión paternal de cerrar en persona la puerta, una vez caída la noche.

En sus andanzas de nocherniego conoce al noble Régnier de Montigny, de bello porte, admiración de mozos y doncellas y muy versado en las artes de salir del paso cuando no se tiene dinero.

En compañía de Collin y de Montigny frecuenta las tabernas. Ya era en la "Tumelières" o en la "Truie qui file", célebres en la vida medioeval parisiense, donde se reunían a beber, a jugar, a comer. Son las celebradas *repues franches* en más de uno de sus poemas líricos y, como en el caso de la farsa de Maître Pathelin, se valen de mil argucias para emprender la retirada sin desembolso de dinero.

De tal manera tenemos lanzado ya al poeta en este nuevo género de vida. A pesar de todo, es un *écolier*, pero al mismo tiempo un buen Epicuro, que, como el Sängler, en el poema de Goethe, pospone todos los bienes y los honores mundanos al *vaso de bon vino*.

No tardará, pues, el poeta en hacer profesión de cinismo y desenfado de vivir:

Qui n'a or, ny argent, ny gaige
 Comment peut-il faire grand chère?
 Il faut qu'il vive davantage
 La façon en est contumière
 Saurions nous trouver la manière
 De tromper quelqu'ung pour repaistre?

Qui le fera sera bon maître (pág. 287)

(La Repeue de Villon et de ses compagnons)
 Oeuvres de Villon, Flammarion, edit.

Entre la gente que frecuentaba las tabernas, Villon se encuentra a menudo con individuos de aspecto siniestro que hablan larga-

mente con Collin en un argot que él no logra comprender ni a medias. Es así como, introducido por aquél, va conociendo a gentes de la hampa parisiense. Uno de ellos, Piez Blans, va a ejercer, como se verá más adelante, una influencia no deleznable en la vida del poeta. Veamos el retrato de mano maestra que de él nos hace Francis Carco.

Un grand diable mal vêtu, toujours sale et puant plus qu'un bouc, inspirait, entre tous à François, une si forte répulsion que de le rencontrer avec Collin et Motigny, l'écolier en restait béant. Ce personnage employait un jargon effroyable que des termes empruntés au patois des campagnes et des pays de Nord, rendaient souvent intraduisible. Mais il accompagnait de geste ses paroles et cela leur donnait un sens que François interprétait avec stupeur. Il démêla que cet affreux individu, répondait au surnom de Piez Blans par allusion à son origine étrangère ou à sa malpropreté repoussante et n'était point un bandit négligeable. Il opérait vers Orléans, dans les plaines et les bois, et commandait une bande de malfaiteurs. Quand il parlait, l'accent avec lequel il deformait les mots, avait une rudesse singulière.

Las continuas libaciones y calaveradas de Francisco han pasado casi inadvertidas para el buen capellán, su tío. Sin embargo, su madre, que ha puesto en su educación las esperanzas de su vida, le nota el rostro emaciado, empalidecido, y así se lo advierte. Francisco le contesta con cinismo: C'est le latin; d'apprendre à la chandelle on pâlit.

Con todo, y a pesar de aquella vida disipada en esparcimientos juveniles, el poeta ya ha alcanzado su título de Bachiller en la Universidad de París.

Luego, un hecho que impresiona muy hondamente su vida y que, a no dudarlo, debe haber sugerido al poeta más de alguno de sus versos de su famosa «Ballade des pendus».

Una tarde en que deambula por los suburbios de París en compañía de Colin y Montigny, les sorprende la noticia de una ejecución. Dos hombres y una mujer han sido juzgados y condenados por la Corte del Parlamento a ser ahorcados y para ello se han levantado las horcas al lado afuera de las puertas de Saint Denis. Todos comentan el suceso y las mujeres se preparan para presenciar la ejecución, ya que hasta entonces, ninguna mujer ha sido ejecutada. Se discute el asunto desde el punto de vista legal y si una mujer no debe más bien ser enterrada viva, según costumbre. Una muchedumbre compacta, inmensa. Avanza una mujer «con el cabello desgredado, envuelta en una larga túnica; un cordel le ata las piernas hasta las rodillas».

Francisco quiere precipitarse contra los arqueros y libertarla. Sus amigos le retienen.

El poeta tiembla y es presa de tal crisis nerviosa, que sus amigos no consiguen tranquilizarlo.

Llega el momento de la ejecución. La mujer está entrabada por las ligaduras. El verdugo la levanta en los brazos y la pone sobre el cadalso.

Entonces ella aparece a todos tan menuda y delicada, que algunos hombres quitan la vista y otros, por el contrario, se alzan en puntillas para ver mejor. Francisco cierra los ojos, los reabre, se siente presa de espanto y mirando con fijeza y terror a la gitana que alarga el cuello, mientras el verdugo le anuda la cuerda, repite en voz baja, cada vez más ligero: ¡Cuerpo de mujer! ¡Cuerpo de mujer!

Ni la ternura materna ni los buenos consejos del capellán logran desviar a Villon de *son penchant au plaisir*, por más que el religioso lo relaciona con selectos representantes de la iglesia, con quienes él espera que el *scholar* de la Universidad de París ha de estar más en consonancia intelectual. Sin embargo, Villon rehuye toda aquella gente docta y solemne, y a ellos prefiere sus viejos amigos de cabaret, y mejor que entre todos está en los brazos de la gorda Margot, a quien compone su primera balada en versos *fort orduriers, baroques et pleins de drôlerie, dans lesquels l'écolier s'en prenait aux types des rues et des tavernes, qui par leur ridicule éveillaient sa malice*.

Es la iniciación poética de François, que a hurtadillas de su tío empieza ya a componer poemas. Y en más de una ocasión, en sus libaciones habituales,

a instancias de Régnier de Montigny, que había divulgado su fama de gran poeta, Francisco recita versos que se aplauden con entusiasmo. Recita con tal transporte, con una comicidad, con tal exaltación, que todos quedan admirados y pronto la balada de la gorda Margot se hace tan popular que a la taberna que vá, le ruegan que la recite, para regocijo de todos.

Al grupo de sus admiradores viene a plegarse un monje viejo en años, pero juvenil en entusiasmo y libaciones, ducho y conocedor de todos los sitios de diversión, adonde lleva a Francisco, a quien saluda con estas palabras de admiración ferviente: Tu est mon maître et tu me resuscites à la devise que j'aime. Hola, du vin! Vive Dieu, la poésie d'abord. Je te salue!

Con él gastó su ingenio, su juventud y los dineros que obtenía de la *grosse Margot*, de grado o por fuerza, como una contribución a los favores amorosos que él le dispensaba. Otras veces, instado por *frère Baude*, que era el nombre de su nuevo adepto, se iban al mercado y a fuerza de mañas y de trucos ingeniosos, se procuraban toda clase de vituallas que eran engullidas en una fiesta de triunfo.

En otra ocasión, en compañía del hermano Baude, del inseparable Régnier de Montigny y de Guy Fabary, el poeta Villon

resolvió *stupéfier les parisiens, par une série d'exploits extravagants*: conciben y celebran una fiesta donisiaca, digna de los mejores tiempos del paganismo griego.

Por aquellos días la *prévôté* de París recibía continuas quejas de taberneros o comerciantes a quienes los *écoliers* de la Universidad habían robado o sus insignias, o gallinas o toneles de vino. Pero todo no paró allí: la cosa subió de punto cuando el preboste de la ciudad recibió la noticia de que, a pesar de haber reforzado su vigilancia, los universitarios se habían robado y tenían secuestrada en un monte a una mujer joven y bella. Por descontado Villon, Régnier, frère Baude y Guy Tabary, eran el alma de la empresa.

El hermano Baude cuidaba de ella, le llevaba de comer y de beber, y la llamaba la *Reina de la Universidad*. Pues bien, con el objeto de asombrar a las gentes, Francisco Villon tuvo la ocurrencia, a principios de invierno, de hacer algo sensacional; con este objeto reunió a los estudiantes y les reveló que, teniendo en cierto lugar secreto gran cantidad de trajes, dagas, capuchones y toneles bien llenos, era preciso que fueran a París, a apoderarse de cualquier objeto estrambótico, alrededor del cual, y vestidos de grandes señores, se refocilarían. Dió a comprender que entonces se vaciarían los toneles y que una mujer de belleza rara presidiría la fiesta al son de flautas y tamboriles.

Farcy, el borracho, se había apoderado de una piedra histórica que servía de hito en la taberna del «Pet au Diable»; entre él y los estudiantes la llevan en triunfo y no sin dificultades al sitio que habían elegido para su festín.

La fiesta tuvo lugar al día siguiente y los universitarios, en vez de dirigirse a sus cursos, se reunieron alrededor de la piedra y la coronaron de hojas y flores. Francisco Villon había impartido sus disposiciones. Grupos de estudiantes, precedidos de músicos, recorrieron la montaña Sainte Genéviève y al volver por la calle Saint-Hilaire, trajeron tanta gente que ya era difícil circular. La calle estaba tapada por ambos lados. En las ventanas, en los techos, los curiosos miraban estupefactos aquella muchedumbre bulliciosa. Durante el día entero no se hizo otra cosa que reír y bailar, cantar, refocilarse, y llegada la noche, Tabary y Régnier, trajeron los toneles de vino que colocaron delante del hito y se bebió. La *Reina de la Universidad* vino después, a quien el hermano Baude, disfrazado de heraldo y más borracho que un odre, acompañó entre los universitarios. La reina también estaba ebria y cubierta la cabeza de florecillas, se las arrancaba, las besaba y las repartía a sus leales súbditos, mientras que, en pie sobre la roca, Francisco, a son de trompetas, saludaba su presencia.

De pronto

una detonación desgarró el aire, asusta a las mujeres y lleva la batahola a su apogeo, pues el pequeño cañón, oculto entre las ramas, ha vomitado fuego en forma inesperada. En este instante, la fiesta degenera en una bacanal desenfundada. Cogiendo las mozas, las comadres o las vendedoras que habían ve-

nido a conocer el hito del *Pet au Diable*, los estudiantes las obligaron a saltar con ellos, a besarlos y a dejarse besar. Los maestros de la Universidad, mezclados a la muchedumbre, tuvieron, de grado o por fuerza, que unirse a la partida y beber y tomar parte en la agitación. ¡Qué locura! Las flautas y tambores tocaban sin cesar y las danzas se sucedían una en pos de otra, y después de un trago venía un segundo y luego un tercero.

Francisco era el alma de la fiesta, les dirigía sus arengas líricas en prosa o verso, con elocuencia inagotable...

El poeta llega a su hogar al amanecer. El capellán, que lo aguarda, lo reprende con dureza. Francisco replica como un empedernido, con desenfado, lo cual aumenta la aflicción del pobre eclesiástico, que ve con pena que su sobrino es un caso perdido.

Con todo, Villon y sus compinches no se dan tregua en sus fechorías. Una noche sienten más sed que de ordinario y se van a *La truie qui file* a horas tan poco hábiles que las puertas están cerradas y el tabernero en sueños. Golpean con insistencia y como no se les quiere abrir, apedrean la puerta, que quieren desvencijar, aunque no lo consiguen. Como represalia, Francisco decide robarse la *trucha* que en pesado metal y de gran tamaño, servía de insignia. La policía, que pasa en esos momentos, los obliga a huir.

El comentario de sus bribonadas llegadas a oídos del *preboste* de París, quien le hace comparecer ante la autoridad. El poeta es severamente amonestado y arrestado. Sin embargo, Villon compone una balada en homenaje a la mujer del preboste, con lo cual gana los favores de esta dama y logra, poco después, ser admitido en sociedad. Su ingenio y la fama de sus calaveradas le conquistan todas las simpatías. Conoce a Catalina de Vausselles, que le hace su amante. De ella aprende, como él lo dice, *ce que valent les femmes*. Con ella conoce las primeras grandes dulzuras y veleidades de amor, y sus dolores no tardarán en florecer en aquella tierna balada de tormento, que dedica a *S'amye*

Fausse beauté, qui tant me couste cher,
Rude en effect, hypocrite douceur,
Amour dure plus que fer a mascher.

Esta Catalina de Vausselles le coge con todo el atractivo de su belleza y el artificio de su coquetería; y ya ha logrado el poeta olvidar su vida transhumante de bohemio y calavera y hasta a la *grosse Margot*, en el regazo de su nuevo amor, cuando el monje Sermoise, se antepone—rival implacable—a sus aspiraciones amorosas, y, tras una lucha cuerpo a cuerpo, a que el

poeta es provocado por aquél, Villon lo mata de una puñalada.

Francisco es condenado a la horca por homicidio. En la prisión de Châtelet, conoce la cruel brutalidad de los carceleros y del verdugo que lo ha atado y colocado en el *tréteau*, máquina medioeval de tortura. Conoce el sufrimiento más agudo; ansiedades de agonía destrozaron su vida en los momentos que siguieron a la apelación que hiciera al Parlamento, hasta que, gracias a la intervención de Roberto de Estouteville, el mismo preboste de París, *échappa étroitement la corde* y obtuvo como gracia una condena de expulsión de París.

Empieza entonces su vida transhumante por los caminos, a través de los campos: el frío, el hambre, el dolor moral lo ase-dian; empero, el poeta ha endurecido su alma en el mal y, lejos de querer enmendarse, se obstina, con una especie de fatalismo sentimental, en la mala vida de sus antiguos conocidos. Se ha unido a Collin, a Régnier y al siniestro Piez-Blans y así, por una especie de determinismo de su destino, Villon toma parte en varios asaltos a mano armada y en robos que le dejan su buena ganancia. Pero entre todo aquel medio abyecto que lo rodea, una fuerza interior pugna por sustraerse. Es el alma del poeta que hay en él en estado inmanente y que se rebela:

Je plains le temps de ma jeunesse
Ouquel j'ay plus qu'autre gallé (1)
Jusque à l'entrée de vieillesse,
Qui son partement m'a celé
Il ne s'en est à pied allé,
N'â cheval, hélas! Comment donc?
Soudainement s'en est vollé
Et ne m'a laissé quelque don.

Piensa en París. Lo echa de menos. A veces, sus andanzas de *flanneur* nostálgico, lo llevan a las colinas cercanas a Lute-cia y contempla de lejos, adolorido y arrepentido, los campanarios y los muros de la gran ciudad.

Terminada su condena, regresa a París. El capellán de Villon lo recibe con ternura. En pocos meses, ambos han envejecido años. Cuando vuelve a sentir su afectuosidad y su perdón, en la paz reconfortante del fuego del hogar, Francisco no puede reprimir las lágrimas, que deja correr sin enjugarse: *il pleurerait toutes ses peines et toutes ses hontes*.

Por desgracia, pueden más en él los apetitos de placer, que se

(1) Gozado.

desbocan como corceles impetuosos y atropellan todo impulso de rehabilitación. No puede sustraerse a la alegría de recorrer las tabernas de otro tiempo ni de ver a la *grosse Margot*, cuya sugerencia tiene para él el encanto de otros años, ni puede esquivar a sus amigos de francachelas, Collin el hijo del cerrajero y Régnier, tan ducho en las artes de la buena vida con poco dinero.

Una preocupación seria viene a enturbiar, a la sazón, su holganza y la de sus compañeros. Jaquot de la Mer y Christophe Turgis, ambos miembros de los «Coquillards» han sido apresados y ejecutados en Sens. La tranquilidad de ellos tres, está, pues, seriamente amenazada. La pesadumbre del destino de Villon se abate también sobre sus compañeros. Sin embargo, Francisco no parece sorprendido.

¿Para qué dejarnos engañar por vanas esperanzas?—les dice—Bien sé yo cuál será el fin de todos nosotros.

Y les recita sus versos de clemencia, de conmiseración y de honda piedad cristiana:

Frères humains qui après nous vivez,
N'ayez les cueurs contre nous endurcis,
Car, se pitié de nous povres avez,
Dieu en aura plus tost de vous merciz.
Vous nous voyez cy attachez cinq, six.
Quand de la chair, que trop avons nourrie (1)
Elle est pièce devorée et pourrie,
Et nous, les os, devenons cendre et pouldre.
De nostre mal personne ne s'en rie,
Mais priez Dieu que tous nous vueille absouldre.

(Epitaphe en forme de Ballade que fait Villon pour luy et ses compagnons, s'attendant estre pendu avec eulx.)

Con todo, la persecución de la justicia parece haber cesado en torno a ellos, lo cual los alienta para llevar a cabo el asalto de la Sacristía de Navarra, que les reporta buena utilidad. Aquella noche era Navidad, la nieve cubría los techos de París. Repique de campanas. Alegría y ajetreo en las tabernas. Entran a La Pomme y beben copiosamente. Se alejarían de París para seguir cada cual un rumbo distinto. Villon iría a Angers, donde tenía otro tío abate que poseía sus bienes...

(1) Este verso recuerda que los robos de Villon y de sus compañeros no tenían, por lo general, otro objeto que las *repues franches* (N. de Paul Lacroix)

Villon está jovial. Antes de partir, anuncia a sus camaradas que va a hacer su testamento y les recita algunos versos que le vienen a la memoria en ese instante. Cada uno de los contertulios reclama su parte: Régnier, Jehan le Loup, Casin Cholet:

Premierement au nom du Pere,
Du Fils et du Saint-Esperit,
Et de la glorieuse Mère
Par qui grace point ne perit,
Je laisse, de par Dieu, *mon bruit* (1)
A maîstre Guillaume Villon,
Qui en l'honneur de ce non bruit,
mes tentes et non pavillon,

Item je laisse à ce noble homme
René de Montigny, troys chiens...

Y prosigue, adelantandoles la primicia de sus versos en que campea su buen humor de gastrónomo y Epicuro:

Item, laisse et donne en pur don
Mes gands et ma hucque de soye
A mon amy Jacques Cardon,
Le gland (borla) aussi d'une saulsoya (caperuza)
Et tous les jours une grosse oye
Et ung chapon de haulte gresse,
Dix muys de vin blanc comme croye
Et deux procès que trop n'engresse.

Au Loup et a Cholet
Je laisse a la fois ung canart.....

Y luego esta otra estrofa que revela un hondo sentido de humanidad y caridad cristiana:

Item je laisse, et en pitié
A troys petis enfans tous nuds
Nommez en ce present traictié
Povres orphelins impourveuz
Tous deschausez, tous despourveuz,
Et denuez comme le ver;
J'ordonne qui'ls seront pourveuz
Au moins pour passer cest yver.

(Le lais François Villon, dit Le Petit Testament).

(1) Su fama, su renombre.

De nuevo lleva el poeta una vida de vagabundo. Bajo la amenaza de caer a cada momento en manos de la justicia, pasa de una ciudad a otra: Orleans, Tours, Blois, disfrazado de comerciante en trapos y baratijas. El hambre, el cansancio, las veladas sin techo ni abrigo, la inquietud que pende a cada minuto sobre su vida, lo hacen pensar con amargura en su existencia de tráfuga, condenado a huir de todos, a no hallar tranquilidad en donde llega a abatirse de cansancio, y exclama en el grito lírico de su verso.

Je meurs de soif auprès de la fontaine,
 Chaud comme feu, et tremble dent à dent;
 En mon pais, suis en terre longtaine;
 Lez (1) un brazier, frisonne tout ardent;
Nud comme ung ver, vestu en president;
je ris en pleurs et attens sans espoir.

(Ballade, Villon).

Martirizado el cuerpo, prevé con amargura la soledad en que transcurrirá su vida. Por fin, su llegada a Orleans le vale los favores del duque Carlos, protector de poetas y poeta de celebridad, él también. Es acogido con obsequiosidad por el duque de Orleans, que le fija una pensión y, a pesar de las intrigas y de un ambiente de rivalidad odiosa en que convive con los poetas y poetastros palaciegos, sobre quienes triunfa en una justa poética, Villon conoce la holganza y la opulencia. Pero su vida está mucho más fuertemente entrelazada a sus compañeros de *forfaits*, que a la empalagosa y aduladora vida palaciega. Piensa en Collin, que huirá por los grandes caminos y en Régnier, oculto en París, ambos buscados por la justicia, que ha descubierto el robo del Collège de Navarre. El duque comprende su nostalgia de errabundo y le deja partir a Blois, después de darle una carta credencial que le vale la protección de Juan de Borbón. Aunque fuera el príncipe bastante pródigo para premiar el ingenio del poeta, Villon no pudo soportar la impertinente presunción del secretario, del oficial de cuentas del príncipe ni del bailli o juez de Uson, y su estada no se prolongó más de unos escasos meses, para volver de nuevo a Orleans, donde empieza a sentir la hostilidad y persecución de la justicia. Va a abandonar la ciudad, cuando un guardia lo coge y lo lleva a la prisión. El poeta cree llegada ya la hora postrera de su vida,

(1) Lez—al lado de.

cuando a instancias del duque y de la duquesa de Orleans y de la pequeña princesa María, su hija, recobra la libertad. Henchido el corazón de gratitud, compone un poema en exaltación de la *petite Marie*. No obstante las reiteradas promesas de protección del duque, Villon rehúsa la tranquilidad que se le ofrece y va a reunirse a Collin, de quien nada sabe desde mucho tiempo. Por él sabe la muerte de Régnier, que había sido ahorcado hacía tres años. En Baccon, los vasos de oro del templo, tientan a nuestros dos cofrades. Días después, tras una fuga azarosa, a través de bosques y despoblados, Villon llega a los alrededores de Meung, donde se alza un cadalso. El cuerpo de Collin cuelga de la horca, rígido, negro,

parmi cinq ou six autres, les yeux gonflés et tumefiés, la bouche emplie de mouches, les marines dilatées et sous la longue chemise, le ventre énorme!

Ahorcados Régnier y Collin, su turno no se hará esperar. Es apresado y atormentado cruelmente. La justicia desea que revele el paradero del más siniestro de los «Coquillards» de Piez-Blans, de quien se le supone saber más de lo que dice. Condenado a revelar la verdad, Villon afirma no saber nada sobre él. Los esbirros lo torturan tres veces sobre el *grand tréteau*. Citemos las palabras precisas y maestras con que Francis Carco nos describe este instrumento de tortura de la Edad Media.

Cogieron brutalmente a Francisco, le acostaron sobre el *tréteau*, le ligaron los brazos, las piernas y lo izaron. Su cuerpo crujió, se estiró, se alargó y él lanzó un grito. Era abominable. A medida que se elevaba, le parecía que todo se desgarraba en él, se destrozaba. Los músculos, los huesos. Tenía en los pies un peso que lo tiraba para abajo y ese peso, sin embargo, no tocaba ya el suelo: subía poco a poco con él.

La segunda vez que sufrió la tortura, sangraba por los oídos, la nariz y la boca, y se creyó a punto de morir. La tercera vez, permaneció desmayado más de nueve horas, solo, en la obscuridad del calabozo, temblando de fiebre, el cuerpo molido, casi muerto. Había quedado inconocible. Tendido sobre las losas, lloró toda la noche, con odio desesperado; mas entonces cesaron de atormentarlo inútilmente, parecieron olvidarlo, lo dejaron cinco días sin alimentos. «No parecía ya la sombra de si mismo» . . .

El poeta no puede dudar ya de su fin próximo y escribe su propio epitafio en un cuarteto célebre:

Je suis François, dont ce me poise
Né de Paris, emprés Ponthoise
Or d'une corde d'une toise
Saura mon col que mon cul poise.

Un acontecimiento histórico viene a favorecer inesperadamente la situación del poeta. La ascensión de Luis XI al trono de Francia con la muerte de Carlos VIII le vale, como era costumbre entonces cada vez que se consagraba un nuevo rey, la merced del indulto

Puede gozar, y le parece un sueño, de andar libremente, admirar el paisaje, los árboles, los pájaros. ¡Pero en qué estado lo echan de la cárcel!

Sus pobre pies, vendados y protegidos por infames trapos sucios sacados de algún basural, le llevaban dolorosamente. Tres meses ha, lo habían capturado en pleno vigor, y lo soltaban ahora aniquilado, acabado, «lourd de fièvre».

Sin embargo, París lo atrae y hacia él se encamina, tras una marcha dolorosa de días y días, de hambre y de frío, de dormir en las muelas de paja o bajo el pórtico de alguna mansión; rehuído, temido por quienes le encuentran a su paso. Y a medida que se acerca a la gran ciudad, sus padecimientos físicos le parecen más ligeros. En su larga errancia, en las noches de frío y soledad, bajo la bóveda de estrellas, el poeta reflexiona en su vida. Se pregunta en sus tribulaciones:

Que m'en reste--il? Honte et peché.

Y prosigue su divagación lírica en que hace el balance de su vida:

Il est bien vray que jay aymé.
Et aymeroye volentiers,
mais triste cueur, ventre affamé
qui n'est rassasié au tiers,
me oste des amoureux sentier.
Au fort, quelqu'un s'en recompse.
Qui est remply sur les chantiers.
Car la danse vient de la panse.

Y luego, el arrepentimiento de sus locuras

Ho Dieu! se j'eusse estudie
Au temps de ma jeunesse folle
Et à bonnes moeurs dedié
J'eusse maison et couche molle
Mais quoy? Je fuyoye l'Escolle,
Comme faict le mauvays enfant.

*En escrivant ceste parolle,
A peu que le cueur ne me fend.*

*Car jeunesse et adolescense
Ne sont qu'abus et ignorance.*

(Villon, Le Grand Testament)

Han muerto sus amigos de calaveradas y delitos. Y de qué manera! La imagen de Collin de Cayeux colgado de la horca en las cercanías de Meung, no podrá borrarse jamás de su imaginación. ¿Para qué volver a París? —se preguntaba—¿dónde la existencia que lo esperaba lo afligía de antemano? ¿Qué se le esperaba? Su tío lo recibiría de mala gana. Su madre, la pobre, le reprocharía su conducta y él se cansaría de todo esto. ¿Valía la pena apresurarse por ellos? Francisco se lamentaba. ¿Y qué les llevaría, después de cinco años de ausencia? Nada. El pellejo y los huesos. Y su pellejo aún no valía gran cosa!

En Chartes, agotados ya sus recursos, se emplea de escribano público para atender a sus sustento y poder así, proseguir su camino. Una aventura galante y provecta en que su orgullo llevara la peor parte, llena esta vez su espíritu de nuevas tribulaciones.

Estropeado de nuevo por la desgracia, su buena alma de poeta ha querido domeñar sus instintos de lujuria y desenfreno; pero ha vivido siempre en el placer, ha gustado de él, y su voluntad impotente cae vencida por todas las pretericiones de la carne. Y reincide en el vicio con el dolor en la conciencia de su propia degradación.

Y bien pudo decir nuestro poeta, como Shelley:

And Y knew the sad society of love.

El largo camino de regreso a la ciudad natal, le ha permitido ver en proyección retrospectiva, la abyección de su pasado, y abatido por la fatiga del cuerpo y por la flaqueza moral, está a punto de caer derrumbado en el camino. Pero piensa entonces en su madre.

La evoca, solita, esperándolo y llorando. Se acordó de su infancia, de esa pieza baja y triste donde él había crecido, de la calle del Monasterio. en que le oraba a la Virgen, y su corazón se llenó de congoja. Se creyó muy niño, al lado de la pobre mujer que lo había criado, mecido en la cuna, defendido de los lobos, en el invierno de 1438, en que hasta los infanzones de París revelaban los estragos del sufrimiento, tal era la miseria común. Esto lo llenó de piedad. Hubiese querido reventar allí mismo, en su desesperación, vuelto a tierra, con la imagen de esos recuerdos ante sus ojos. Reventar como un maldito que había hecho el mal, que lo haría todavía por una fatalidad que no lo soltaría jamás.

Llegado a París, en el seno de los suyos, sabe por su tío qué grave culpa pesa sobre él después de las declaraciones que acaba de hacer a la justicia Guy Tabary, uno de sus cómplices, sobre el asalto a la Sacristía de Navarra. A instancias del capellán, se encierra en su alcoba y pasa allí los días enteros al amor de la lumbre, entre los muros altos y escuetos de su nueva prisión. Y entonces, como un *alibi* a su arrepentimiento tardío, se propone dar cima al poema en que tratará de justificar su vida y de probar que no en vano ha sufrido, amado, huído por todos los caminos, sufrido la tortura y el oprobio de la prisión.

En l'an trentiesme de mon aage,
que toutes mes hontes j'ay beues,
 Ne du tout fol, ne du tout sage,
 Nonosbtant maintes peines eues...

(Villon, Le Grand Testament).

Ha recobrado su buen humor y cree llegado el momento de hacer él, que nada posee en bienes materiales, la donación de sus dolores y de los bienes de su espíritu. De su inspiración espontánea fluye el verso dolorido, al que engarza la historia de su vida. Pide clemencia y perdón para sus faltas. Comprende que ha sido un juguete del destino y resume su filosofía y su fatalismo, en estos verso.

Ordure amons, ordure nous affuyt
nous deffuyons honneur, il nous deffuy.

Aprovechaba así, dando vado a su inspiración, los días de su recluimiento forzado. Pero había fuerzas ancestrales que obraban sobre él y domeñaban toda buena intención. Pronto aquel encierro le es odioso; le sofoca el aire de la alcoba, quiere libertad y vida. Y así, una noche, ante la mirada inquisidora de su tío y de su madre, sale de nuevo al placer de París. Recorre los cabarets de sus buenos tiempos. Nadie le reconoce ya. La *grosse Margot*, a quien tiene que darse a conocer, le acepta con frialdad.

Luego traba amistad con gente truhanesca, que lo lleva de nuevo a enfrentarse con la justicia. El juez exige a Villon que reembolse los ciento veinte escudos de oro que él y sus cómplices han robado al Collège de Navarra. Su buen tío compromete su escaso peculio para salvarlo. Sin embargo, el Parlamento lo condena a diez años de relegación en vista de su mala vida.

Parte. Espera llegar a Blois y encontrar allí la protección del

duque Carlos. En Bourg-la Reine, se encuentra con el barbero Perrot Girard, que a la sazón está en inteligencia con la policía, a la cual ha revelado la existencia de la banda de los «Coquillards». Francisco pierde su serenidad. Girard lo lleva a su casa, y ante su sorpresa, le muestra a Piez Blans, a quien ha refugiado. El malhechor se sabe cercado por los guardias, que no lo dejarán escaparse esta vez. De pronto, se le ocurre una idea. Ofrece su capa a Villon, que se prepara para reanudar su camino. El poeta la acepta de buena fe y se despide reconocido. Piez Blans cree ya sentir el ruido de un cuerpo que se desploma, más en ese momento manos de hierro caen sobre él.

* * *

Con este interrogante, que es el que hasta hoy pende sobre la vida de Villon, termina Francis Carco su relato romanesco.

Cabe preguntarse: ¿En qué grado se aleja el escritor de la vida real de nuestro poeta, para darnos una obra de ficción?

Respondemos que la verdadera vida del poeta—verdadera en la medida en que han podido compulsarla quienes la han estudiado en los documentos y la historia de la época,—no ha sido alterada en sus episodios esenciales por nuestro novelista. Así, si recorremos las páginas que sobre la vida y la obra de François Villon nos ha dado Gastón Paris en su estudio tan ameno como docto, constatamos nuestro aserto.

Por otra parte, el novelista no necesitaba dar revuelo a su fantasía para escribirnos una verdadera novela: la vida de Villon, por sí misma, las costumbres de la época, las condiciones morales y sociales por que atravesó nuestro personaje, su inestabilidad y sus flaquezas, sus vicios y sus delitos, su arrepentimiento sincero para reincidir luego en la vida abyecta, representan un venero pródigo, y el novelista ha logrado darnos con todo ello una obra encomiable, en la que, a la propiedad del estilo se une la decoración de fondo dentro de la cual ha conservado la fidelidad a los personajes de la época.

Al hacer el recuento de la vida del poeta, un interrogante asalta nuestra conciencia moral. ¿Cómo se explica que Villon, forjada su vida y su alma entre los muros conventuales, bajo la tutela asidua y la moral rígida de su tío el capellán, diera un vuelco tan brusco hasta lanzarse no sólo por el camino de todos los vicios de la concupiscencia, sino del robo y el crimen?

Gastón Paris nos lo explica:

No hay que juzgar al poeta ni con excesiva severidad ni con demasiada indulgencia. Fué, sin duda, un personaje poco recomendable, holgazán, borracho,

jugador, libertino, *écornifleur et qui pis est, souteneur de filles, escroc, voleur crocheteur de portes et de coffres.*

Sin embargo, son según Paris, circunstancias atenuantes en la vida del poeta.

la profunda crisis moral común, justificada e incorporada a los medios de vida de su época, en que la justicia se hacía pagar los indultos, el clero licenciado las bulas y demás mercedes, la Universidad sus títulos doctorales y en que el pueblo, oprimido por todos lados, *se revanchait de son mieux.*

Por otra parte, la Universidad, al servicio y bajo la dependencia de la Iglesia, abría sus mejores horizontes al obispado o al cardenalato, a los cargos judiciales o al ingreso al Consejo del Rey. Los estudios eran más largos que laboriosos y muchos los rezagados en la mitad del camino.

Estos tenían que contentarse con situaciones mediocres: algunos servían de párrocos en una modesta ciudad de provincia, otros de escribanos o copistas.

Otros, por fin, no lograban obtener mediante sus estudios, recursos para su subsistencia y no habiendo conservado de su instrucción algo más que un afinamiento de espíritu, se hacían primero parásitos, luego estafadores o monederos falsos y finalmente verdaderos cambrioleurs o salteadores de caminos. Tal fué la suerte de más de uno de los compañeros de nuestro poeta, y, preciso es confesarlo, tal fué la suya.

Y como una mayor atenuante todavía, como una justificación para la posteridad, diremos con Gastón Paris que

las faltas de Villon han hecho perder un hombre honesto en el pasado, pero han dado un poeta a la posteridad.—JUAN ROJAS SEGOVIA.

LA CRISIS DEL INDIVIDUALISMO

EDIPO, en vez de resolver los enigmas de la Esfinge, le contesta con un chiste. Está bien. ¿Y la Esfinge? La Esfinge, que es la vida, se tragará esa cultura de disolución. Ya ha comenzado a tragársela. El intelectual moderno tiene un valor vital muy inferior al sofista griego azotado por Platón. El sofista griego era al menos capaz de presentar las razones débiles como poderosas, y su discípulo podía aspirar al triunfo cínico en el ágora de su ciudad. El intelectual moderno no es siquiera retórico. Su orgullo es la inanidad absoluta, la ineficacia definitiva de su obra. Bien. Pero se acerca el momento en que la humanidad

barrerá desdeñosamente esos fantoches inanes. La cultura contemporánea no merece el menor respeto. El algunos sitios ya lo han comprendido así. Mussolini y sus fascistas no sienten ese fetichismo de la cultura. La inteligencia, como Venecia, llega a su última etapa en pleno carnaval». Así dice Angel Sánchez Rivero en unos «Papeles póstumos» que publica la «Revista de Occidente» en el N.º xcvi. Su palabras son el pretexto de nuestro comentario.

Mucho se habla y se escribe en este tiempo de la actitud del escritor ante las actuales circunstancias de la sociedad. Se ha reproducido abundantemente un artículo de Ernesto Glaeser, el novelista alemán de post-guerra, en que trata de determinar esta actitud con acopio de sólidas razones. Fuera de él, hay muchos literatos que confluyen en considerar caduca la tradicional posición intelectual del arte por el arte, o de lo espiritual por lo espiritual, y que constatan, como Sánchez Rivero, la decadencia del tono vital del arte y de la inteligencia, y su capacidad para ceñirse más estrechamente a las nuevas formas de cultura que surgen, aun imprecisas, en los atormentados albores del siglo.

Se siente cada vez con más imperio la necesidad de que lo espiritual busque un rumbo nuevo, capaz de adaptar su expresión a las nuevas exigencias de la vida del mundo, de que no se limite a marcar serenamente el paso en una época convulsa que exige el concurso de todas las virtualidades humanas. Se comprende, en suma, la insuficiencia del individualismo romántico y decadente que se empeña en subsistir y se declara su abierto estado de beligerancia con lo que debería llamarse, si no se hubiera abusado de la palabra en un solo sentido, el socialismo.

La evidencia de esta oposición es innegable. Si aun no se constata con toda su crudeza en los países que viven todavía bajo el régimen individualista, en los que van derivando lenta y violentamente hacia la racionalización o el socialismo es de una realidad aplastante.

Las escasas manifestaciones típicas del pensamiento y de la literatura yankis difieren radicalmente de las europeas, porque han surgido bajo un signo diferente, vinculadas a lo profundo de su propia realidad. La Italia fascista, como observa Sánchez Rivero, se yergue contra los restos de la cultura individualista y amenaza destruir cuanto hay en ella de inútil e intrascendente. Y la Rusia soviética llega hasta ahogar implacablemente en su fanatismo ortodoxo toda expresión espiritual que no signifique un aporte positivo y un acuerdo íntegro con sus fundamentos doctrinarios. Así, el magnífico escritor que es Boris Pilniak

ha sido perseguido por el régimen, y una de sus novelas requisada por leves discordancias ideológicas.

Sin considerar en manera alguna como paradigma de actitud intelectual la que la violencia proletaria impone en Rusia, ella nos mueve a no desconocer que nuestro tiempo exige del espíritu una orientación que no es precisamente la individualista y a darnos cuenta de que es preciso escuchar esta exigencia imperativa si se quieren conservar los fueros de la cultura, haciéndola de nuevo respetable y fecunda.

El individualismo hermético e intransigente que deslumbra con sus agónicos destellos gran parte del campo literario no es ya de nuestro tiempo: germinó dolientemente hacia el fin de la Edad Media; halló en el Renacimiento y la Reforma el surco propicio en que floreció su más viva expresión; forjó su sistema al abrigo del absolutismo; estalló de nuevo con sus últimas fuerzas en la Revolución francesa y en la escuela romántica, y ahora, decae y muere ineludiblemente.

Cuando las sutiles formas de la cultura han consumido su energía se encauzan en el marco de un sistema. Y cuando la forma cultural agoniza, cuando ha perdido ya la vitalidad que la hizo necesaria, no queda de ella más que su esqueleto afinado y perfecto, erguido con un ansia vana de vida ante la nueva marea vital que lo desplaza y lo destruye.

Así es mortal la crisis del individualismo, forma ya realizada de cultura. Vivió su plenitud fructífera y generosa cuando lo requirió el sentido de su época, cuando el planeta se ensanchó de pronto y ofreció a Europa nuevas posibilidades, cuando se propagó súbitamente la ciencia escondida exigiendo revisores atentos, cuando la leyenda de Cristo, construída laboriosamente en la edad media católica se mostró insuficiente y engendró la Reforma, cuando la expansión intensa y radiante de la cultura necesitó «individuos» que el imperativo vital de ese tiempo impulsaba y reunía en torno de una misma obra creadora.

Aplacada la Revolución renacentista, el individualismo edificó su fórmula ante el acicate de la reacción. Desviado de su primer impulso por nuevas exigencias, renació más perfecto y más consciente de sí en las corrientes liberales que sucedieron al clasicismo y a la política absoluta.

Los románticos dijeron aquello de el arte por el arte y reconocieron la glorificación del individuo sin tener una clara idea de lo que pensaban. Por eso, y porque los animaba una fuerza viviente, la misma que derrocó el absolutismo, transgredieron más de una vez su fórmula, no pudieron eximirse de mirar en torno suyo y ser el eco sublimado de las inquietudes de su tiempo.

Sus sucesores, menos briosos, pero más sutiles y lógicos, sofocados por la oleada creciente de la nueva tendencia que amenaza interrumpir a cada instante la quietud de sus torres de marfil, han hecho de las fórmulas románticas baluartes herméticos para defender su actitud desvinculada y vacía de sentido.

El individualismo se ha alejado demasiado de su raigambre filosófica, ha perdido ese contacto con la realidad y con la vida que es la condición básica de toda obra fecunda. Su existencia no se justifica ni en el sentido ni en el ritmo de esta época. Nietzsche, Wilde, Gide, Thomas Mann, en parte Proust y Joyce, no son más que sus últimos campeones rezagados en el campo enemigo. Sólo encuentran un eco simpático entre los que, ignorando que la vida camina más aprisa que las concepciones de la vida, parecen insensibles a su bullir recóndito. Revestidos de sus antiguas túnicas, siguen sacrificando, en el templo abandonado, a los antiguos dioses. Pero la Esfinge ha cambiado sus enigmas, y ellos parecen ignorarlo.

El arte, como la filosofía, la religión, la ciencia y la política, no es una concepción absoluta que se persiga y estructure independientemente de la realidad social. Es precisamente la expresión abstracta y depurada de las inquietudes, de los problemas, de las angustias vitales de una generación o de una época. La labor del artista, del sabio, del filósofo, es de honrada y alta interpretación. Se libera en el plástico dominio del espíritu, pero no puede renegar del nexo sutil que la anima y la liga a su tiempo so pena de transformarse en un juego vano e ineficaz.

Con el derrumbe de los místicos valores absolutos cuya búsqueda fué el deleite de nuestros mayores, ha caído también el concepto de que el artista y el pensador se deben sólo a su arte y a su pensamiento, como las religiosas de la adoración perpetua, abstraídas de la realidad del tiempo y del mundo, sólo aspiran a sumergirse en el seno eterno y vacío del Señor.

Nadie puede pretender liberarse del contacto imperioso de la vida, menos aun en nuestro siglo. Dondequiera que volvamos los ojos, vemos el espectáculo de un mundo que cambia, que se retuerce, que se agita atormentado bajo un impulso nuevo ansioso de realizarse, vemos que en cada espíritu se reproduce el mismo cuadro de desorientación y de inquietud.

El hombre que piensa y que siente, más que otro cualquiera, es, psicológicamente, un egoísta. El mundo entero gira más precisamente en su torno, nace y muere más verdaderamente con él. Escucha amorosamente palpar su cerebro inundado de ideas, se embriaga en la ilusión de poderío que le dan. Sufre y goza más puramente y más intensamente, porque comprende

más, porque es capaz de sentir como en sus venas el latido de la vida. Siempre el hombre que piensa ha tenido esa dura ventaja. Pero no siempre lleva en sí, como dice Montaigne, «la forma entera de la humana condición», ni puede siempre exclamar con verdad que nada humano le es ajeno. Cuando su inevitable egoísmo está así viciado de impotencia, no es más que una vana y estéril exaltación. Su individualismo se agudiza y busca en su propio «yo» gastado la fuerza que ha de animar sus creaciones y el propio tema de ellas. Como ha perdido el contacto subterráneo con la realidad que lo circunda, la niega. Trata orgullosamente de justificar el vicio de su soledad exaltándola, y edifica un sistema sutil y abstracto para defenderla y defenderse. O bien, en un alarde cinismo sublimado, proclama su impotencia y deifica sus vicios.

Ni la forma perfecta, ni el brillo vano de una inteligencia desligada de todo objeto vivo nos hacen olvidar el egoísmo viscoso y repugnante que exhalan las obras de France, de Wilde, de Gide, de Thomas Mann.

Gran parte de la literatura y del pensamiento contemporáneos está señalada por el estigma del individualismo ineficaz, desatraigada, desconectada de los mil problemas que hacen dramático el presente y proyectan una sombra incierta sobre el porvenir.

Para muchos parece que la gran guerra hubiera sido un sueño intrascendente, que todo lo que pone una crispación de angustia en nuestro siglo fuera un fantasma irreal. Siguen pensando y concibiendo la vida con la misma tranquila actitud tradicional, impermeables al influjo de las nuevas tendencias, puliendo frases y equilibrando pensamientos estériles y disecando egoístamente sus personalidades abstractas que erigen, con la belleza inanimada e impecable en él y suprema del arte. Persiguen y perfeccionan hasta el último límite el esqueleto de una cultura en decadencia, y creen poder reanimarlo catalogando su podredumbre; puliendo más aún sus formas escuetas.

No. Nuestra cultura ya no es individualista. Lo fué cuando cada cual debía laborar recogido en sí mismo, dentro de un estrecho círculo, cuando el mundo era más grande que ahora y más desconocido.

Hoy, las fronteras y los mares se borran. Una mirada nos permite abrazar la tierra empequeñecida, conocernos mejor, comprender que no somos tan distintos, a pesar de las razas y a pesar de las banderas. Un mismo violento dolor sacude al planeta y lo unifica en un anhelo informe de superación.

La Esfinge nos propone nuevos enigmas. Es preciso buscar nuevas soluciones.—O S C A R V E R A L .

LAS IDEAS AMERICANISTAS DE MARTÍ

NUESTRA América ha tenido y tiene grandes propulsores de ideas y paladines de su fe; ninguno, acaso, más desinteresado y certero en sus acciones y en sus visiones que José Martí, redentor de Cuba y último libertador de América. Los dirigentes de la política hispanoamericana deberían leerlo, penetrar en su obra de múltiples facetas, inspirarse en sus doctrinas y seguir, en la práctica de sus labores, las orientaciones dictadas por su pluma y por su verbo maravillosos, donde cada imagen señala un camino y cada pensamiento es una profecía de presente, iluminada de porvenir.

Martí se juró y se ofrendó a Cuba, pero vivió con el corazón puesto y con los ojos fijos en todos los pueblos del Continente, propagando y sirviendo sus intereses. «De América soy hijo: a ella me debo», decía en 1881 al venezolano Teodoro del Aldrey; y a Federico Henríquez y Carvajal, momentos antes de zarpar para Cuba en guerra, en carta considerada como su testamento político, le decía: «¿Y yo qué soy y quién me fija suelo?»

Nadie habló de los libertadores, héroes, poetas y pensadores de la América nuestra con más exaltación y justeza que el divino Martí.

Amaba y conocía sus pueblos con pasión y lucidez maternas y les aconsejaba con ternura y entereza de padre. En México fué periodista, dramaturgo, maestro; catedrático de la Universidad en Guatemala; publicista y profesor de oratoria en Venezuela; viajero, en peregrinación revolucionaria, por San José de Costa Rica, Colombia, Santo Domingo y Haití, y cónsul de Argentina, Uruguay y Paraguay, durante algunos años de su destierro fecundo, en la babilónica Nueva York.

Las estatuas que la América ha erigido a Bolívar son menos visibles y brillantes que el monumento que él le erigió con su elocuencia, ora al presentarlo desensillando el caballo en la agnía de San Mateo, cuando se le vuelven suplicantes todos los ojos; ora erguido en el estribo, suspenso como la Naturaleza, para ver a Páez, en las Queseras, dar las caras con su puñado de lanceros; ora perfilándolo en esta epopeya: *Como los montes era él ancho en la base, con las raíces en las del mundo, y por la cumbre enhiesto y afilado como para penetrar mejor en el cielo rebelde.*

Y como a Bolívar, ve a San Martín desde su llegada a Buenos Aires, ceñido con el sable morisco que relampagueó en Arjonilla y en Bailén y en Albuera, forjando sus escuadrones hombre a hombre, talándolos a filo, fundiendo como una joya a cada sol-

dado, rebelándose con su logia de Lautaro contra el gobierno de los triunviros, arremetiendo con ellos contra el español en San Lorenzo, pasando luego de intendente a Cuyo, donde, «con los Andes de consejeros y testigos», creó el ejército que había de atravesarlos y derramarse luego como un torrente sobre el valle de Chacabuco, hasta el momento mismo en que abandona el Perú a Bolívar, llega a Chile y después a Buenos Aires, para oír que lo aborrecen, y muere en el destierro, «frente al mar, clavado en su sillón de brazos, con no menos majestad que el nevado del Aconcagua en el silencio de los Andes».

Y como a Bolívar y a San Martín reflejó en el espejo de su prosa a todos los libertadores del Continente. Hablándoles a sus indios, ve al clérigo de México que, seguido de una mujer y unos cuantos locos, repicó en Dolores la campana de la independencia; y a Sucre, por el cual, decía, parecen reales, aun a quien lleva los ojos sin vendas, las peleas de los dioses y aquellos escudos de oro que bajaban del cielo a defender a los héroes; y a Páez, el intrépido y fulminante llanero, cuando con el oído puesto en la tierra, oye a lo lejos los cascotes del caballo de Bolívar; «monta, arenga, recluta, arremete, resplandece, lleva a caballo blanco y dolmán rojo, y cuando se le ve de cuerpo entero, allí está, en las Queseras del Medio, con sus ciento cincuenta héroes, rebanando enemigos, aguijoneado con la lanza, como a ganado perezoso, a las hordas fatídicas de Morales»; y como entre incendios libertadores y banderas rotas, ve a Juárez, el indio descalzo que aprendió latín de un compasivo cura, y echó el cadáver de Maximiliano sobre la última conspiración clerical contra la libertad en el nuevo Continente.

Su fe moral y política en el destino de América era inmutable. Sabía que un pueblo no se educa en días y que es tarea de siglos limpiarles la vieja costra y saturarlos de civismo y de progreso. Pero la América no aparecía ante él detenida o cruzada de brazos en el siglo del descubrimiento o en los de la colonización. La veía andar a paso de carga, y segura de sí, porque marchaba por su propio esfuerzo, y él anuncia que—*Sólo perdura, y es para bien, la riqueza que se crea y la libertad que se conquista con las propias manos*—axiomas que confirman mi creencia de que *sus juicios de lo pasado son códigos de lo futuro*, como él dijo, con menos propiedad, del gran venezolano Cecilio Acosta.

De la América «Enconada y turbia» de los virreyes y de los caciques, de los mandarines insolentes y de los capitanes generales con poderes omnímodos, penetramos, por la vereda que abrió, con tajos heroicos, la revolución de 1810, en la libertad, y, a poco, en las dictaduras y en los gobiernos usurpadores minados por el personalismo y deslumbrados por el oro. Pero nues-

tra América trabajadora y vigilante ha sabido sufrir y sangrar, y a golpes de alma asciende por entre zarzas y vericuetos, confiada y fuerte, con el pensamiento en Bolívar, orientada por el anhelo de propiciar la patria mundial, por lo que abre las puertas de su hogar a las razas todas, sin miedo a los invasores ni a los aventureros, porque, concedora de su historia, sabe que, como dijo Martí, «es la América de la defensa de Buenos Aires y de la resistencia del Callao, la América del Cerro de las Campanas y de la nueva Troya».

Orgullosa de su América y para servirla y honrarla, vivía él, estudiando sus problemas, guiándole el pensamiento, serenándole el corazón, desplegando al mástil de su ideario las banderas de sus glorias, justificando sus tropiezos y caídas, porque las mismas guerras fratricidas que como un anatema le echen en cara sus denostadores, son timbre de honor de nuestros pueblos, que no han vacilado en acelerar, con el abono de su sangre, el camino del progreso y de la verdadera libertad, porque la sangre que dió por conquistarla ha continuado y continuará dándola por conservarla.

Un decálogo de orientaciones americanistas, son las obras de Martí. Repitamos algunos aforismos suyos.

El buen gobernante de América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán ni el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. Con un decreto de Hamilton no se para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyès no se desestanca la sangre cuajada de la raza india.

Y estos otros:

El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive. Conocer es resolver. Conocer el país y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías. La Universidad europea ha de ceder a la Universidad americana. La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferida a la Grecia que no es nuestra. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas.

Para Martí el gobierno, como la Universidad y como la escuela, debe tener fisonomía propia, alma y corazón y pensamiento americanos, la visión del suelo, y ser en todo la consecuencia de nuestro propio yo. Eramos una máscara—escribe un día, pen-

sando en una América original y propia,—con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norte-América y la montera de España.

Las relaciones que en lo económico como en lo político deben existir entre la América de Washington y el semillero de pueblos hispanoamericanos que viven y laboran desde el Bravo hasta el Plata, fueron muchas veces estudiados por Martí sin desdenes ni preferencias, sin odios canijos de raza, ni inútiles recelos, sino con alteza de repúblico, visión de estadista y lucidez de cubano que soñaba y veía alzarse en su espíritu la república que por su posición geográfica se encontraría más cerca del águila norteamericana.

Veamos cómo enjuiciaba Martí a los dos pueblos en que él dividía la América. Y la diversidad, en ambos, de carácter y espíritu no le hizo pensar en pugnas sino en la necesidad de que se entendieran y se completaran.

En América hay dos pueblos, y no más que dos, de almas muy diversas por los orígenes, antecedentes y costumbres, y sólo semejantes en la identidad fundamental humana. De un lado está nuestra América, y todos sus pueblos son de una naturaleza y de cuna parecida o igual, e igual mezcla imperante; de la otra parte está la América que no es nuestra, cuya enemistad no es cuerdo ni viable fomentar, y de la que, con el decoro firme y la sagaz independencia, no es imposible y es útil ser amigo.

Y de la personalidad literaria de nuestra América no pensó Martí en discrepancia con su credo americanista respecto a la universidad o al gobernante o el político. El perseguía siempre la autóctona personalidad, sin que lo preocupase la originalidad. Oigámoslo:

Para ser elocuente y nuevo en español no es necesario beber los rufianismos del siglo de oro en la copa retorcida de los neocastizos castellanos, ni ponerse a la ubre seca de París, a sorber, a pura mueca, la última sangre.

Ideas que asoman con distintos giros, en otros de sus escritos, como cuando dice que José Antonio Calcagno halla a la lengua castellana en la América empleo más digno que el de servir de colchón y calzapollo a sus dominadores.

Ningún americano, ni del pasado ni del presente, tuvo más que Martí la comprensión y el orgullo de su tierra. En su vastísima obra, en parte ya encerrada en libros, campea este pensamiento que lo domina en todos los momentos de su vida agitada, lo mismo cuando escala la tribuna para sacudir auditorios que cuando medita frente a las cuartillas y escribe para glorificar y

ensalzar las glorias de su América o para exaltar a los cubanos hasta la cumbre del decoro.

Ni ¿en qué patria—exclama—puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles.

¡Y con qué piedad y grandeza fustigó a estos nacidos en América que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crió, y reniegan, ¡bribones!, de la madre enferma, y la dejan sola en el lecho de las enfermedades.

Entre sus máximas americanistas, que son muchas y todas educativas y patrióticas debían ser tremoladas preferentemente como divisas, éstas que son especialmente aplicables a la realidad de nuestra vida y de nuestros gobiernos: *Los gobernadores, en las repúblicas de indios, aprenden indio. Y esta otra: El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino!*—JOSÉ MANUEL CARBONELL.

La Habana, 1931.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

LOS LIBROS

EL MUNDO DE LOS LIBROS A VUELO DE PAJARO

CON SORDINA, por *Jenaro Prieto*.—
Nascimento. (Santiago).

Todos sabemos del humorismo de este caballero de barba y de civismo, apuesto como un hidalgo escapado a un viejo cuadro de Castilla. Humorismo elegante, ágil, incisivo, nada metafísico ni trascendental. Pero lo que muy pocos saben en América es que ese libro es un acto de ciudadanía, un bello gesto cívico. Como que Jenaro fué uno de los que tuvo el valor civil de arrojar sus rosas de vitriolo al rostro del último dictador chileno.

ITINERARIO DE LA INQUIETUD, por
Ricardo Latcham. — Nascimento.
(Santiago).

De los libros de viaje, vale más no hablar, dice Latcham. Pero dejáos conducir por este coleccionador de panoramas. El viajero os llevará de las pupilas a una fiesta de luces y colores. Lo veremos jugar con los aros del día. Correr acesante por la cuerda de un estilo vertiginoso.

Y al final ah! al final nos habrá escamoteado algunas horas de aburrimiento con las mil imágenes turistas que se trajo en los bolsillos.

ZURZULITA, por *Mariano Latorre*.—
Nascimento.—(Santiago).

Ahora me van a salir con que esta novela no es una novedad. Pero, es novedad para mí. Además—hablando en dómine—un buen libro es siempre nuevo. Y los de Latorre son los mejores en su género. Su género, el chilenismo a todo evento. Con espíritus como el de Latorre llegaremos a formarnos una semblanza distinta en América Su obra es la más considerable, la más seria que se ha hecho actualmente para conseguir la expresión del alma chilena.

EL LOBO ESTEPARIO, por *Hermann Hesse*.—Cenit (Madrid).

El artista, el espíritu superior, el individuo que se ha elevado un poco sobre el nivel común es un declasé. No está ya con el pasado porque lo llaman subversivo. Ni con el porvenir porque es un individualista. Huyó de la familia porque no tiene nada de común con ella. La

sociedad porque es un espíritu solitario, a quien embriagan abismos y alturas. No está ni consigo mismo porque es un insatisfecho. En fin, no es un hombre, es un lobo, Lobo Estepario. Esta trágica historia de casi todos los artistas del mundo, es la que cuenta Hesse en este libro admirable.

VALPARAÍSO LA CIUDAD DEL VIENTO,
por *Joaquín Edwards Bello*.—
Nascimento (Santiago).

Ya sabíamos del inmenso talento de Edwards Bello, talento ágil y robusto lleno de una gracia espontánea y natural. Sabíamos del espíritu americanista del victorioso novelista. Americanismo predicado en un gallardo libro en el que han entrado a saco políticos habilidosos. Pero no habíamos visto este don de ternura, esta fuerza de evocación que son las cualidades sobresalientes de este relato novelesco. Hay otras, la contención, la pureza, el don de síntesis del estilo.

HIRUNDO, por *Alberto Ried*.—(Santiago).

El año pasado se publicó este libro de fuertes relatos. Algunos llegan a la estructura del cuento. Otros se quedan en la evocación personal con sabor de diario de viaje. Pero en todos hay la fuerza de una personalidad de artista que siente el color y el personaje. Ried es pintor y poeta de desconcertante acento en un breve librito injustamente desapercibido que se llama *Meditaciones*.

EL ENCUENTRO EN EL ALLÁ SEGURO, por *Wally Zenner*.—Buenos Aires.

Wally Zenner fué declamadora. ¿Le dió esto su vocación poética? ¿Se la dió la muerte de una hermana? Es una pura voz la suya. Se adelgaza, sube a cimas heladas se hace tan fina que ya casi no tiene pulpa humana. Y que honda, entrañable música. Late en ella una emoción perdurable. Todo el libro es una elegía a la muerte de su hermana.

SUS MEJORES POEMAS, por *Juana de Ibarbourou*.—Nascimento. (Santiago).

Leer a Juana es como salir al campo a respirar paisaje, ciudades hechas de verdura. Es como darse un baño de sol o de agua azul, es como subir al cielo en alas de una estrofa. Poesía campesina la suya, que sube de la tierra, que toma la palabra del agua que se presta el violín de la brisa, que plagia la colegiala voz de la alondra o se roba el violín del sapo. Días Casanueva escribe un prólogo elegante y moderno y hace la selección de los poemas.

ODISEA DE TIERRA FIRME, por *Mariano Picón Salas*.—Ciap. Madrid.

Picón Salas, venezolano avecinado ha tiempo en esta hospitalaria tierra chilena, ha publicado este bello libro que yo califico como uno de los mejores anticipos de la novela americana. Cuidado estilo lleno de contención. Fino trazo en e

dibujo. Fuerza evocativa y sabor americanismo sin necesidad de recurrir a la minuciosa y cansada pintura realista. Son tres relatos que nos dan el paisaje espiritual auténtico de esa desgraciada Venezuela tanto tiempo aherrojada por la más ominosa de las tiranías que ha soportado América.

ANTOLOGÍA DE LA NUEVA POESÍA CHILENA, por *Rubén Azócar*.—(Santiago).

Todos los que hemos intentado una Antología sabemos a lo que el autor se expone. Nadie queda contento. Ni los mismos antologizados, resentidos a veces por la tibieza de un adjetivo, por la situación tipográfica del nombre. Con todo, estos libros son indispensables. Ellos van formando la semblanza espiritual de nuestra América. Son los aportes para las selecciones de mañana. Libres del fervor polémico, los sesudos críticos del porvenir recogerán de estos libros las voces puras perdurables. He aquí el valor provisional del libro de Azócar, que ha tenido el valor de coger todas las nuevas voces y enfrentarlas a un pasado ya tullido.

EL TESTIMONIO DE JUAN PEÑA, por *Alfonso Reyes*.—Río de Janeiro.

Tengo a Alfonso Reyes como uno de los más finos estilistas de América. Largos años de disciplina espiritual han ido afinando este espíritu abierto al ritmo y a la música de una prosa de hondas, subterráneas resonancias. En este breve libro—

algunos capítulos de uno más compacto—Reyes nos da, con su fina maestría, un boceto de su paisaje mejicano, de su indio silencioso y artista, de su nopal y su cielo, estremecido por esta turbulencia de los que han hambre y sed de justicia.

IBÁÑEZ, CÉSAR CRIOLLO, por *Aquiles Vergara Vicuña*.—Salvat. (Santiago).

Vergara Vicuña, ex-Ministro de Ibáñez, ha escrito este libro en el que hay tantos datos para una futura historia de este César criollo, que ha caído derribado por la más bella de las revoluciones de América. Jornada cívica en que la opinión de un pueblo sin el apoyo de la fuerza machacó con tenacidad admirable la tozudez de un mandón. No fué un motincito de coroneles hambrientos de mando, fué el gesto heroico de un pueblo decidido a ser libre o a morir.

LAS MAREAS DEL SUR, por *Salvador Reyes*.—Nascimento. (Santiago).

Reyes es el que ha dado este acento marineró a gran parte de la poesía chilena. Es suyo este canto del adiós, del regreso, del abandono y del viaje. Siempre hay un barco que mece la estrofa de este personalísimo poeta americano. Ondas van y vienen en todas las páginas de sus libros y es la suya la vieja barca-rola. ¿Creacionista? ¿Superrealista? Quizá. Como es creacionista ese libro tan bello y tan desapercibido de Raúl Cuevas: *Las Noches y los Días*.

EDIFICACIÓN, por *Leonidas Leonov*.
—Cenit. (Madrid).

Cuando el tiempo le dé la necesaria perspectiva, Leonov tomará las dimensiones de los más grandes escritores rusos. «*Edificación*, su última novela, es un inmenso canto al esfuerzo humano. Es la fábrica venciendo al yermo, la civilidad en lucha victoriosa con la barbarie. Con todo, el bosque vive en cada página y el inmenso poeta que es Leonov asoma vivificando la formidable novela proletaria. Un agrio viento campesino—como voz de la tierra—refresca este ditirambo a la industrialización post-revolucionaria de la Nueva Rusia. —*Alberto Guillén*.

NOVELA

VALPARAISO, LA CIUDAD DEL VIENTO, por *Joaquín Edwards Bello*

A la luz de su última novela (1), la obra de Joaquín Edwards Bello, se presenta como una preparación lenta y minuciosa. En efecto, Edwards Bello inició su carrera de novelista hace ya veinte años, con relatos en que volaban buenas intenciones y se advertían fuerzas poderosas, en medio de una maraña de titubeos y de embarazosos atisbos. Pasan años después durante los cuales el autor, cogido por el engranaje del periodismo, se trueca en ágil cronista, en elegante y ameno marginador de la vida. Sus escritos de ese tiempo no son otra cosa que

(1) Editorial Nascimento. Santiago, 1931.

digresiones motivadas por la actualidad, observaciones rápidas, de gracia insigne a veces, ricas sugerencias que abren paso a profundas vistas sobre la psicología del pueblo chileno. Algunos viajes oportunos brindan al autor el cartabón con el cual debe medir a sus coterráneos. Se enamora entonces Joaquín Edwards de la vida española, a la cual vincula para siempre su nombre y su destino. En ella encuentra fuerzas con que defenderse de los asaltos del torbellino ensobrecido de Chile; le dirige mandoble tras mandoble, sin lograr empañar su espíritu y menos aún entibiar sus entusiasmos. Así nace una obra que abre paso a la esperanza de los admiradores del autor en el restablecimiento de sus condiciones de novelista, *El chileno en Madrid*. Es esta una gran novela, que ha dado con justicia a Joaquín Edwards Bello un sitio de predilección entre los escritores de América española.

Pero para que naciera *Valparaíso, la ciudad del viento*, era preciso que el autor tuviera una cosa de que no había gozado hasta hace poco tiempo, a largos sorbos, con la plenitud que él quería. Necesitaba el autor, en efecto, dispensarse de la obligación diaria de la crónica, alejar un poquito la imaginación de lo más próximo, olvidar por momentos—siquiera por momentos—la urgencia de los problemas de cada día, de cada hora. Este feliz coyuntura se le presentó al autor, para confirmar el refrán tan socorrido, cuando fue expulsado de *La Nación*. Desde entonces hasta hoy ha pasado poco más de un año, y aun cuando el am-

biente público no ha sido el más propicio a la faena intelectual y sobre todo aunque el autor no puede dispensarse de contemplar con atención y diligencia la vida ambiente, ha podido sin embargo consagrarse de lleno a la redacción de una obra que nos parece definitiva. Tal es *Valparaíso, la ciudad del viento*.

No parece posible que el novelista americano pueda entregarse a una labor de pura imaginación y que al escribir sus relatos invente todo, absolutamente todo, lo que en ello encierra. Cada novela de este continente, por escaso que sea el elemento autobiográfico que en ella cabe, es una autobiografía. La de Joaquín Edwards, obediente a este destino, lo es también en parte. El autor revive en ella los años de su niñez y de su mocedad, transcurridos entre Valparaíso y Quillota. Los dos sitios marcan los puntos extremos entre los cuales oscila el péndulo de su existencia juvenil. La primera es la ciudad del ajetreo, del bullicio, de la emoción vital; en ella se lucha, se querella ardientemente; no hay descanso allí para el que quiere surgir o simplemente conservar la situación en que ha nacido. La segunda, Quillota, es un retazo de trópico, el último residuo de una temperatura y de un *entourage* vital ya desaparecido para el resto de Chile:

Quillota, a un paso de Santiago y Valparaíso, no tiene parecido con estas ciudades y se diría que es un pedazo de trópico salvado de remoto cataclismo. Allá la corriente de Humboldt se siente menos que en otras partes. Muchas veces he pensado que América ha de ser florida, calurosa, frutecida, con gentes

tostadas como Cuba o Brasil. En Quillota se experimenta esto, se siente América: quedan arriba de la tierra palmeras y debajo osamentas de enormes paquidermos que testimonian una poderosa intensidad solar. (Pág. 10).

Dos figuras amables acompañan al narrador a lo largo de sus recuerdos: el abuelo, un enamorado platónico de la ciencia, a quien sus relaciones naturalmente aislan por *chiflado*, y Perpetua, el ama de cría, la mujer tierna, vigorosa y buena que ha formado al muchacho y que cuando éste es ya grande sigue dispensándole protección y cariño como en la niñez. Si el primero representa la parte europea del autor, que ella tiene de amor al orden, la disciplina, a la ciencia, aplicada pura, pero a la ciencia en fin, la segunda muestra su raigambre con la tierra nativa. Perpetua es una figura de barro cocido, una loza de Talagante, un huerto perfumado de Quillota, la siempreviva hosca y grisácea del campo nuestro. No llama la atención como belleza; su cuerpo no tiene la gracia griega ni la finura parisiense; sus maneras no poseen la exquisitez de lo cortesano. Pero hay en ella una bondad peregrina, que nada basta para limitar o poder, que siempre está pronta para dispararse en apoyo del desvalido y del ser que la necesita o la merece. Sobre todo del que la merece: Perpetua tiene un sexto sentido muy aguzado, muy fino, que le permite distinguir entre los hombres, de cualquier condición que ellos sean, al digno del indigno. Al primero le prodiga su cuidado, su cortesía al-

tanera, su sonrisa y su halago; al segundo lo confunde con su soberbia y su intransigencia.

Entre las figuras desapacibles que pasan por la novela de Edwards Bello la más destacada es la señora Florencia, cuya hija Florita llaga de amor el corazón veinteañero del narrador. La primera goza de la más cordial antipatía de Perpetua; la segunda está como vacilante entre el odio que le contagia su madre y el amor que le comunica la pasión del joven a quien Perpetua idolatra. Florita es el arquetipo de la niña chilena, que el autor ha estudiado largamente y ha fijado con rasgos inconfundibles. Hermosa hasta la exageración, descubre muy temprano su hermosura y desde ese mismo momento se transforma en una fiera disimulada, que esconde apetitos y tendencias irresistibles bajo la máscara de la educación y del buen tono. Fría, calculadora, no vacila en someterse a un matrimonio de conveniencias; sensual, egoísta, encontrará un amante en cuanto se le presente la ocasión; atrevida, dejará plantado al hombre joven y vigoroso que soñaba con ella y que por ella habría sido Alejandro, César, Napoleón; sumisa se mostrará cuando la vida la haya saciado de desengaños y necesite implorar la compasión del hombre a quien despreció; abnegada y solícita, si es necesario, con cualquier sacrificio tardío descubrirá la fibra de bondad que durante años ocultó a sabiendas de que hacía mal y de que su sacrificio era estéril.

Si Perpetua es la mujer primitiva, en quien los impulsos nobles se

muestran hasta en las actitudes, que nada oculta porque a nadie le teme, Florita es la mujer en quien la civilización ha hecho mella. Esta última hará una segunda naturaleza del disimulo, en parte porque lo necesita para vivir en conformidad a su situación, en parte porque lo ha bebido en la leche materna. La primera prueba que vive de impulsos y de corazonadas entregándose al hombre a quien ama, no por mala, no por vicio, mucho menos por interés; simplemente porque lo ama y para ella, como mujer, el amor no está completo sin un niño que mecer en los brazos, a quien amamantar y por quien sacrificarse. La segunda renuncia al amor de la juventud, al idilio de la adolescencia, a la tierna y engañosa quimera del primer amor, y se casa fríamente, a conciencia de que hace mal, con el hombre que robustecerá la posición económica de su familia y le dará placeres y lujos de alto bordo.

El narrador cuenta en esta novela, además, sus aventuras de mozo: sus estudios en el Liceo de Valparaíso, sus primeros paseos, sus picardías de muchacho de buena familia. Con este motivo da a conocer una pequeña, pero valiosa colección de seres curiosos, que tienen todo el valor de lo pintoresco y de lo artístico, sin perder en momento alguno el carácter de retratos del natural. *El manos de ánima*, por ejemplo, es una figura muy chilena, que todos han conocido y a todos ha logrado engañar en cualquiera de los avatares de una novelesca existencia compartida por el brillo y la sombra, por

el agio y la cárcel. Otros, profesores del Liceo, desfilan con sus propios nombres, y el autor prende en torno a ellos un recuerdo emocionado y cariñoso.

La novela está completa en lo humano; en lo que toca al escenario, el que tiene es muy bello y hasta seductor. Los huertos de Quillota le brindan fragancia; Valparaíso le da ruidos de mar, acentos del extranjero, el fragor retumbante del viento que ulula; breves escenas de Santiago, un Santiago de hace treinta años, agregan otros elementos. El narrador rememora una existencia ya sumergida en la sombra. Por las calles mal empedradas de esos años ruedan los pesados coches de posta, los tranvías de sangre, los callejeros ruines, los coches opulentos en que el charol y el raso brillan y deslumbran. En las noches las ciudades se envuelven en su capuz y duermen sosegadamente. No hay avisos luminosos, no hay radio, no hay carreras apresuradas de autos soberbios. La vida tiene un ritmo propio, que los hombres de nuestros años apenas recuerdan ya, que nuestros hijos no conocerán sino de referencias por sus padres y sus abuelos. Ese ambiente calmoso y polvoriento, sobre el cual el autor vierte la ceniza de su melancolía, es el que evoca éste con estilo magnífico en una y otra parte de su novela. Nacen así páginas espléndidas de remembranza y de nostalgia, y la novela se cruza de resplandores añejos, especie de fuegos fatuos de la vida corrida ya para siempre hacia la eternidad y el olvido.—*Raúl Silva Castro.*

UN LIBRO DE *Boris Laurenev.*

No hay lugar a dudas que ha sido después de la Guerra Europea cuando ha tomado auge en el mundo la novela autóctona. ¿Ha sido éste un fenómeno casual? ¿Ha pesado, quizás, el hecho, constatado desde buen tiempo, de una abundante y espontánea producción novelesca en este género? ¿Han influido, tal vez, el franco y vigoroso crecimiento de los países de América y la fresca incitadora de su presencia en la vida contemporánea? Todo lo apuntado ha valido seguramente al prestigio creciente que la novela étnica se tiene conquistado hoy día. Pero me parece, asimismo, innegable que la Guerra del 14, después de provocar a su término hondos desalientos y mucho abandono sobre toda la tierra viviente, ha generado en cada conciencia, fuere de donde fuere, la más preciosa de las inquietudes: la curiosidad interracial, el fenómeno de la compenetración mutua y de la mutua sensibilidad. Esta curiosidad que, ciertamente, es más fraternal que especulativa, ha tendido sobre las razas un lazo fuerte y tenaz como no lo han logrado Convenios ni Ligas. La Gran Guerra desencadenó, tras la amargura de sus resultados fallidos, la voluntad del mutuo entendimiento, de la intercomunicación, a despecho de la incomprensión de los gobiernos.

La novela racial, cuyo valor es casi absoluto en la definición de un pueblo, se nutre con elocuente seguridad en las fuentes congénitas—

costumbres, creencias, imaginación, voluntad, espíritu en suma,—y abreva con clara audacia en los trastornos que las razas soportan de vez en cuando.

En el diagrama de la literatura mundial no son muchos los países que están señalados por esta admirable condición de lealtad interpretativa y justiciera, simulada o libre respecto de la vida de un pueblo. La primera mirada se detiene sin vacilar en la novela rusa, que desde sus orígenes hasta hoy camina fervorosamente unida a la raza, sin haberla abandonado una sola vez en sus sacudidas ni en sus letargos. Los tipos que viven en esta literatura no son proyectados sobre escenarios convencionales, según una preceptiva imaginista o de clan, ni sometidos a cierta atmósfera vagarosa e inaprehensible, sino que posan sus plantas magulladas y se desperezan sobre la dolorida y abnegada tierra rusa. Es, sin temor a yerros, expresión de un pueblo naciente, ansioso de conocerse y dueño del futuro. Es corriente ver estas manifestaciones en las razas nuevas, o en aquellas que, por causas violentas no han conseguido entrar en evolución. Conseguidos los primeros balbuceos de su espíritu, despejada la calígene que envolvía el primer proceso de su formación integral, surgen las expresiones vitales de su naturaleza en evolución, y es el libro el llamado a lograrlas en su condición de instrumento múltiple, dueño de cuatro dimensiones vivas y perfectamente sensibles.

Constreñida en la norma de los

trastornos históricos, Rusia entra en el siglo XX con la inquietud de un organismo extraordinariamente dotado que pena en viscosa y salvaje mansedumbre. Para su liberación ha sido necesaria la saturación tempestuosa de Europa y la insoportable purulencia causada por los parásitos que crecían al amparo de su sosiego.

La nueva literatura rusa indica tres fases en su marcha desde la revolución bolchevique hasta hoy y ella corresponde al desarrollo del proceso social de aquel país. Vale decir que la novela clásica que de Rusia conocemos, se vuelca también, como la nación entera, en la hoguera del año 17; asistimos seguidamente al génesis de una estructura novelesca desconcertante, acaso indefinida, que escama a la crítica. ¿Qué ha pasado? La novela anterior a la Gran Guerra vivía airosoamente sobre la tierra rusa, atenta, avizorando el destino con pupila dolida y voz secreta y torva, en todo caso dueña de ilimitados recursos que la ponen por encima de muchas otras literaturas.

Las etapas a que me he referido podrían ser naturalmente el caos, la convalecencia y la reconstrucción. El caos suscita en el tronco todavía sangrante de la raza de un rebrotar de gemas cuyo único valor deriva de la vida que denuncian, vida obscura y sin otras normas que su apremio en no morir.

Es abundante la literatura de aquel comienzo. Una de las primeras novelas, sugeridas, cual más, cual menos, en las humaredas justicieras, es «Las ciudades y los años»,

de Constantino Fedín, a la cual debemos agregar «Los tejones» de Leonidas Leonov y «El tren blindado», de Vselov Ivanov. No obstante, la obra que por su textura infernal, delirante, es alma y carne de aquella hora elemental, es claro, está «El año desnudo», de Boris Pilniak. A su sombra marcha «La caballería roja» de Babel.

La convalecencia respira con ritmo todavía acelerado por la violencia de la crisis, y el alma vuelve de nuevo a soñar y a considerar los hechos y los seres con sobrios pensamientos. Revélase en la raza aquel sentido indestructible de la existencia, del hecho y del corazón próximos, que ya tiene tantas pruebas en la vieja novela rusa. Esa admirable proporción de agudeza, de crueldad, de ensueño, de desconfianza y de fría amargura, que se origina en el fondo de la historia rusa y nutre su literatura desde Lermontof a Tolstoy, se modifica en virtud de la Revolución y camina hacia los nuevos años resumida en su valor neto de comprensión, y fervor. Todavía no se pueden abandonar la violencia y el recelo, fórmula expeditiva perfeccionada por el régimen soviético, guardadora del precioso trofeo que es la vida por la vida y por el mundo.

«La semana», de Lebedinsky, significa el aprendizaje del nuevo destino, el ejercicio de la comprensión para quienes han vivido por debajo de la bestia. «El año del hambre», no es sino el ejercicio del sufrimiento, mientras la vida se arregla, mientras la nación se sos-

tiene, cercada por los ejércitos blancos y extranjeros, minada por la tracción de los «compañeros» simulados y por el soborno.

Siguiendo el ritmo de la vida que se afianza, se despeja el rudo camino de todo aquello que pueda amenazarla fortuitamente y la previsión revolucionaria organiza la extinción de miles de nobles, de funcionarios sospechosos, de militares no convertidos.

Libro angular del estado convalecencia a que aludí es «El séptimo camarada» (1) de Boris Laurenev. Agudo y torturante equilibrio de comprensión y violencia proyectadas en un vértice de tragedia sobre el campo abierto de las luchas post-revolucionarias. Tal vez éste es el libro que por sus dimensiones justas, por su ágil textura y por su relieve sometido a un ritmo esencial de armonía, ocupa el centro entre la etapa caótica y la reconstrucción o período actual, en el cual es necesario señalar la valía documental y literaria, si no la absoluta realidad ideológica de los personajes, de libros como «El cemento» de Gladcov, y «El Volga desemboca en el Mar Caspio», de Boris Pilniak.

«El séptimo camarada» respira todavía la atmósfera cargada y cruel de los primeros tiempos de la Revolución, aunque desde aquella época han pasado meses y años. La tierra vuelve a despertar, aunque su aspecto es doliente y trágico.

(1) Editorial Cervantes.—Colección Universo.—Barcelona 1930.

Era una cosa curiosa observar la calle—dice Laurenev.—Estaba sombría y pelada. Pasaba por la escarlatina revolucionaria. La pelusa seca y contagiosa se desprendía de sus cuerpos de tierra, se lanzaba sobre las aceras, azotada por los ímpetus del viento mojado que venía del mar...

Los días no cambian gran cosa mientras Eugeni Vavlovich Adamoff, en otro tiempo general y profesor de la Academia Militar de Jurisprudencia, vive la última etapa de su vida. Es viejo y la razón le dice que en el mundo próximo a él se ha operado un trastorno profundo. Su condición burguesa se resiste a aceptar el nuevo estado de cosas. Pero el ex-profesor no puede dejar de convenir en que

toda revolución es, con relación al estado precedente, un nuevo estado jurídico.

Su razón crítica lo coloca al margen de los acontecimientos y poco a poco el corazón cava un sendero oculto que lo unirá a esta razón todavía rígida y puramente especulativa. Desde el primer momento Adamoff que siente derrumbarse en su ser el viejo andamiaje de las conquistas burguesas, imprime a su naturaleza ya fatigada una actitud serena, perfectamente acorde con su condición de intelectual disciplinado y atento. Adamoff es encarcelado. Junto a la violencia organizada, en medio de la protesta frenética de los presos políticos que insultan al nuevo régimen, blandiendo títulos y dignidades con un odio que les hace olvidar la próxima muerte, frente al odioso asombro de

los amigos o de los burgueses que lucharán «hasta el fin», por la vuelta de la vida decente, Adamoff escucha, observa, comprende, y su serenidad es argumento decisivo en muchos casos en que la muerte parecía el único recurso factible. La prisión es para el general Adamoff un observatorio interesante. Los hombres pasan ante él—que ha logrado dar al funcionario bolchevique la impresión de un ser que «ha tirado el pasado»—desfilan fustigados por los guardias, camino de la muerte, y no hay uno solo que no se estremezca o conturbe al ser despertado en medio de la noche para ser llevado al patio de los fusilamientos.

A Adamoff no le sobresalta la idea de morir. Sabe que cualquier noche puede ser llevado fuera y fusilado, porque después de todo es un preso, como los demás. Pero acaso esta comprensión de la tragedia rusa lo salva. A su juicio todos los presos que duermen allí, en la amplia sala, vigilados por él, no han comprendido nunca el secreto curso de los hechos, nunca han adivinado que en todo hecho, por sangriento que sea, hay una razón humana, un sentido que toca en lo universal y eterno. Todos aquellos condenados pasan y desaparecen ante Adamoff como lamentables fantasmas de una falsa existencia, en la cual el rango servil suprimía al hombre.

La existencia de Adamoff se hace cada vez más pintoresca. La prisión lo limpia de los últimos rasgos burgueses, y este hombre que emblema tan cuerdamente la no vio-

lencia, desciende en la prisión a las ocupaciones menos varoniles. Un día, descubierta su antigua condición de jurista por un jefe bolchevique, es enviado a servir un alto cargo en el ejército que lucha contra los blancos.

Extraña existencia, se dirá. ¿Puede ser esto la evolución de un hombre? Acaso no. Es simplemente el nuevo emplazamiento de una existencia humana que no se somete ni se rebela, que vive nutriéndose de este aire nuevo de tragedia, husmeando gozosa el mañana, sin dar importancia a la envoltura carnal que ya no vale nada. Todo vínculo con el pasado—familia, rango, honores,—ha desaparecido. — *Lautaro Yankas.*

UN CONTE DE BONNES FEMMES,
por *Arnold Bennett.*

Interrogado Arnold Bennett por un periodista francés sobre su arte de novelar, declaró que había tratado de temperar el naturalismo algo científico de los Goncourt con la estilización psicológica de Maupassant y a la impersonalidad algo desdeñosa de los franceses, había agregado la simpatía varonil de los rusos.

Buscaba Bennett sus antecedentes literarios fuera de Inglaterra y esto es muy razonable si nos concretamos al arte de la composición, a la técnica del novelista, más continental en Bennett que en otros escritores ingleses modernos. Su íntimo contacto con algunos escritores franceses (sus viajes

a Francia eran periódicos) lo indujo a renovar su arte y a hacer más liviana para sus lectores la tradicional tendencia de los novelistas ingleses a la moralización. Y a las fuentes rusas, fué en busca de humanidad, de altruísmo.

Tales doctrinas figuran a menudo en sus artículos periodísticos, sobre todo al comentar la obra de algún escritor joven a quien señala paternalmente sus deficiencias, dándole al mismo tiempo, los remedios para corregirlas. Estos remedios son la técnica francesa y el humanitarismo místico de los eslavos. Flaubert y Maupassant, Tourgueneff y Dostoyeski.

No son análisis profundos ni consideraciones estéticas sino consejos amables, sin asomo de pedantería ni dogmatismo, de un escritor fogueado que alcanzó la cima de la celebridad al joven principiante cuyo porvenir le interesa. Muchos escritores nuevos debieron su notoriedad a la generosa acogida del Tío Bennett, como se le llamaba cariñosamente en los círculos literarios y sociales de Londres, a donde acudía periódicamente, con su gesto bonachón, y su cortés asiduidad, como un buen burócrata esclavo de sus obligaciones o como el periodista que supone perdido el prestigio del diario si no ha llevado su artículo oportunamente.

Bennett es un cosmopolita por su cultura y por sus relaciones literarias, pero en su genio es fundamentalmente insular. El mismo Bennett no advirtió jamás esta modalidad de su temperamento. Créase poco inglés, seducido por la novedad

de las cuestiones estéticas que defendía, sin pensar que los asuntos de sus novelas, su regionalismo y las preocupaciones morales discretamente esparcidas en la trama de todos sus libros, continuaban la tradición de George Elliot y de Tomás Hardy. Agreguemos todavía el humor. No es, claro, su resorte principal, pero como una atmósfera invisible colora su prosa y fija en ella matices raciales. Son observaciones menudas, pinceladas rápidas, que brillan y se apagan a través del relato, como si el autor no quisiese prodigarlas, y, sin embargo, son un elemento característico de su personalidad. No constituyen la armazón entera de la novela como en el caso de Dickens, pero de éste deriva en línea recta. Desde luego, por su pintoresco don del detalle y en seguida, por la prodigiosa facultad de anotar el hecho cotidiano y convertirlo en algo esencial y novedoso.

Nacido en la región alfarera de Staffordshire (que ha inmortalizado con el nombre supuesto de Cinco Villas) Arnold Bennett ha hecho de su tierra natal una especie de Wessex industrial, pero su genio liviano, limitado, no posee la angustia mística y trascendental de Tomás Hardy ni esa cualidad de crear tipos humanos representativos como Judas el Oscuro o como Teresa la de Urberville.

Hay en él, para acentuar la raíz anglosajona de su temperamento, cierto cinismo, trasposición de la sinceridad, de la honradez individual, frente al fariseísmo de la sociedad inglesa y a la hipocresía de

los novelistas que halagan, por negocio, los defectos colectivos.

Y como resultado lógico de esa sinceridad, es enemigo nato del sentimentalismo, que considera como la máscara de la hipocresía sexual.

Como Conrad, como Hamsum tiene Bennett la cualidad suprarrealista de encontrar en el ser humano la nobleza que se esconde bajo los hechos vulgares y que aparece con frecuencia sin que los hombres se den cuenta de ello, porque obran al impulso de algo ajeno a sus voluntades, de una ley específica que la superioridad del ser humano, la cualidad que termina por redimirlo de todas sus bajezas.

Así se explica el interés humano de sus héroes, anónimos burgueses de Cinco Villas, ya defendiendo obstinadamente sus tradiciones o rompiéndolas, en un repentino arranque libertario. Y con ellos, los animales que integran la vida del *home*. A veces este sentido cósmico, por contraste, se acerca a lo grotesco como en el caso de esa perrita que no quiere probar su comida, después de la muerte de su ama y recorre los aposentos y aúlla en cada rincón como si tuviera un alma consciente y dolorida. No es otro el secreto de esta Historia de dos ancianas, cuyo origen relata el propio Bennett en el prefacio de su novela.

Comía, con frecuencia, en un restorán de la calle de Clichy, en París. Una linda criadita servía alegre, despreocupada, a sus clientes. Una tarde, entró al comedor una mujer vieja, ridículamente gorda y mal vestida. La joven se burló

cínicamente de ella. Ante tal contraste, pensó Benett que esa mujer había sido joven, quizá tan bella como la otra, y, sin embargo, había llegado a convertirse en esta informe masa de carne.

Algunos años más tarde publicó su novela. Según los críticos ingleses «Un conte de bonnes femmes» es una obra maestra, por la finura de los análisis psicológicos del medio y de los personajes y por la novedad del procedimiento narrativo empleado por Benett.

A este procedimiento, algo arbitrario, le han encontrado otros críticos londinenses muchas fallas, afirmando que sólo la virtuosidad del artista había salvado el sistema.

En «Un conte de bonnes femmes» ha procedido Benett por la técnica del paralelismo, usada ya por él en otras novelas. Es, ante todo, la minuciosa pintura del medio burgués (el hogar de la familia Baines en la plaza del pueblo de Bursley en Cinco Villas) donde las dos hermanas, Constanza y Sofía, la tesis y la antítesis, nacen y crecen, en el grado 63 de latitud Norte, hasta que el destino se apodera de ellas y les marca sus derroteros.

Paso a paso, sigue Benett la vida de las dos hermanas, la que permanece en el viejo *home* y continúa la tradición religiosa y comercial de los Baines y la que rompe los convencionalismos y se escapa con el hombre que ha despertado su imaginación de muchacha voluntariosa.

Son, en realidad, dos novelas distintas y no existe entre ellas más conexión que el origen común de

las heroínas y de los personajes episódicos, en este caso los maridos y sirvientes domésticos, los hijos y los animales que completan el perfecto cuadro hogareño.

Y la síntesis, finalmente, al reunirse las dos hermanas, ya viudas, bajo el hogar paterno, de nuevo en la vieja urbe alfarera, regañonas y maniáticas, hasta que la muerte interrumpe sus diálogos vulgares, sus discusiones y sus prejuicios.

¿Y qué, en resumidas cuentas?

Una epopeya burguesa, cuya trama no tiene rebuscamiento alguno (concepto maupassantiano de la novela) ni los personajes son seres de excepción. No luchan contra un medio hostil sino parcialmente. Descartado entonces, el dramatismo que es la esencia de los escritores rusos; sin embargo, la novela abunda en episodios dramáticos y de toda ella se desprende un suave aroma de piedad, de simpatía humana, consecuencia de la justeza de la observación y de la maestría técnica de Benett.

Otro tanto podemos decir de la pintura objetiva del medio ambiente, ya sea de las escenas urbanas en Bursley como del sitio de París o de la ejecución de un asesino, por medio de la guillotina, que presencia casualmente uno de los personajes de la novela.

Y Benett, el materialista, el incrédulo, viene a enlazarse de este modo, por un prodigio de sensibilidad, con Dickens, el pintor de los humildes y de los desheredados, en la historia vulgar de las hermanas Baines que representan, no obstante, dos generaciones en lucha: la

antigua, conservadora y pietista, con la moderna, consciente de sus derechos y en rebeldía franca contra los prejuicios tradicionales de la vieja sociedad inglesa.—*Mariano Latorre.*

POESIA

LAS ALAS DE METAL (1).—*María Alicia Domínguez.*

Sabe toda la América lo desmesurado del chauvinismo argentino en cosas literarias: se calculará así la nombradía que María Alicia Domínguez tiene en el Plata.

Si con poetas de segundo orden han querido invadir el continente, no extrañará a nadie que la obra de esta mujer, de temperamento bien personal y con obra muy cercana a la realización definitiva, alcance una popularidad inusitada.

¿No hicieron de Leopoldo Lugones, con la fría elegancia de su verso pueril, el poeta máximo de Sud-América? Y aunque a nadie engañan, la sonajería de una propaganda bien organizada atrae a no pocos y desconcierta a la generalidad.

En todo caso, ese chauvinismo insistente, y a veces majadero, va formando en el ambiente literario argentino nombres que se respetan y que se aplauden.

En cambio, en Chile tiene inevitablemente que ser mediocre todo lo chileno. A la Mistral, a Magallanes Moure, a Pedro Prado, a Barrios y a algunos otros, ¿no les

vino desde América o desde España el renombre de que gozan? Y el ambiente nuestro se somete con dolor al elogioso juicio extranjero...

Estas cosas me han venido a la pluma al comentar de paso «Las Alas de Metal».

Sano espíritu de mujer, negado a la sensualidad enfermiza que tanto halaga a figuras descollantes de la lírica femenina moderna, María Alicia Domínguez siente el paisaje de su tierra y sabe cantarlo en versos llenos de color. Estrofa clásica y espíritu del momento, versátil y apasionado, tiene a veces entonaciones varoniles como en el «Canto al sol indio» y «Canto a la pampa» dos aciertos de expresión y de imágenes.

Pero no está aquí el temperamento rico de la poetisa. Está en lo íntimo, en el ensueño de su égloga, en la sencillez con que pinta su Buenos Aires amado, su adolescencia y sus primeras vacilaciones del alma.

Con grandes cualidades pictóricas—descripciones en que asoma siempre la pincelada subjetiva—su poema «Las Barcas» es una pequeña obra maestra.

María Alicia Domínguez tiene seis libros publicados, y en cada uno de ellos marca un seguro avance. Con un dominio casi completo de la técnica del verso, el correr de la vida le irá llenando el vaso de las emociones, y dará en un futuro no lejano la obra que habrá de colocarla junto a las grandes poetisas de América. Estas «Alas de Metal» son augurio evidente d

(1) Editorial «La Facultad». — Buenos Aires, 1930.

una próxima cosecha lírica que ya no tendrá necesidad del chauvinismo argentino para imponerse.

Que desoiga el tonto elogio sin medida, que tanto se prodiga en estos países de América, y también en España, a la mujer de letras; que ahonde en su propia vida, estrujando la amargura con que siempre hiere el ambiente al nervio refinado, en perpetua tensión, y en su clásica estrofa correcta, llena de armonías y de sugerencias, nos brindará el claro y fresco zumo de la belleza eterna.

CARROUSSEL DE LA NOCHE (1).—
Vicente Nacarato.

Libro de plena avanzada, con desprecio casi absoluto de la armonía y del ritmo, y en ocasiones hasta de la claridad, este carroussel marea un poco y convierte al lector en partidario acérrimo del verso clásico. Es desde luego un mérito, y no muy pequeño.

Vicente Nacarato da la impresión de que sigue la ruta de vanguardia por snobismo, temeroso de aparecer rezagado y de alcanzar el mote de «pompié» con que los innovadores bautizan a todo lírico que sabe de la sencillez y de la claridad. Y digo esto porque hay estrofas como las de «La Gota Eterna»:

Amanece en tu voz
la ternura de siempre,
para que yo me torne niño,
queriéndote.

(1) Editorial «El Inca».—B. Aires, 1931.

Ingenuidad que presiente
el ritmo del tiempo,
y hace eterno el minuto
que se acaba siempre.

que dicen de un temperamento nada vulgar, emocionado y bien devoto de la difícil sencillez.

Tal vez mañana este poeta argentino dejará la senda que hoy le deslumbra. Aguardemos hasta entonces, cuando desengañado de carrousseles y de imágenes airosas, nos dé el canto sereno y comprensible.—P. S.

ENSAYOS

LA AGONÍA DEL CRISTIANISMO.

El libro de don Miguel (1) ya conocido en otras lenguas, sólo aparece ahora en la nativa de su autor en la que fué compuesto.

Fechado en París en Diciembre de 1924, en la época más dura de la tiranía militar de España y por lo tanto, la más cruenta del destierro de profesor ilustre, el libro es más que un ensayo filosófico una digresión apasionada acerca de los temas eternos que informaron la solidez del «Sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos», la obra sin lugar a dudas, capital de don Miguel.

«La agonía del cristianismo», no nos señala novedades en el pensamiento del autor. Y aun podríamos afirmar que el pensamiento del

(1) *La Agonía del Cristianismo*. Renacimiento.—Madrid 1931.

autor, se aleja, de día en día; de las regiones del pensamiento. Su filosofía, su «sistema», si un hombre como Unamuno pudiera tolerar un sistema—se afirma más que todo en la voluntad desesperada de vivir y de permanecer sobre la tierra. «La estúpida manía de pensar», que decía el escéptico no le preocupa gran cosa; lo desespera en cambio «la estúpida manía de ser».

Y para «ser», para afirmar su existencia vital, el autor se aferra a la vida con la tenacidad de un náufrago desesperanzado y que quiere aún mantener esperanzas. Esa es toda su tragedia, su agonía, como dice él. Sin fe religiosa, quiere creer para permanecer, para no aceptar la terrible verdad que el raciocinio le impone, para tener la esperanza de la resurrección, sea de la carne de la oración católica, sea la del espíritu inmortal del deseo de los humanos. Pero su lógica, su pensamiento, le dice la verdad amarga: pasamos después del instante fugaz que es la vida a la sombra que ignoramos.

Contra esta posibilidad que el correr de los años y que el declinar de la vida va acercando en una realidad próxima, don Miguel, tozudo y genial, se subleva. Para permanecer en la carne, propende al matrimonio, y la unión prolífica de la pareja humana lo llena de goce. El ha empezado por dar el ejemplo. De su matrimonio ha tenido nueve hijos. Para no morir en el espíritu, ha laborado intensamente con su obra, y ésta lo defiende del olvido, de la muerte, de la nada.

Podemos afirmar, pues, que la

tragedia de don Miguel tiene un desenlace armonioso. Pero la agonía de su cristianismo, la lucha ya que el autor equipara la agonía a la lucha, es la indicada. El cristianismo, el catolicismo se muere a cada instante en don Miguel, no pecaríamos de atrevidos si afirmáramos que se ha muerto ya definitivamente hace muchos años, y sin embargo, lo desea, lo quiere, lo reclama. Y esa es la pelea, la lucha, la agonía para satisfacer al autor.

Esta tragedia espiritual en un hombre apasionado e inteligente se extiende a la tragedia de su patria, de sus compatriotas, de España. Y el conceptualismo verbalista de Unamuno, llevado en esta obra a los límites de don Baltasar Gracián en «El Discreto», y que a la larga fatiga no poco, sólo demuestra en sus páginas postreras a un hombre férreo ante el problema de la muerte y pasionalmente enamorado de su patria.—*Abel Valdés A.*

STALIN Y EL RÉGIMEN CAPITALISTA.

La iniciativa de un grupo de estudiosos al editar los «Cuadernos Internacionales» (1), ha merecido de nuestros mejores círculos un entusiasta apoyo. Si en nuestro país, ha causado sensación la aparición de estos pequeños folletos, cuyas tiradas se agotan rápidamente en otros países han hecho ya una labor de difusión cultural apreciable.

(1) Editorial «Problemas». — Santiago, 1931.

George Valois, los ha lanzado por millares en su patria, y el primer folleto que en la nuestra se publica está formado por un trabajo del ilustre economista francés.

Personalidad discutida y combatida con rabia por los grupos más diversos, Valois mantiene en la cultura europea una hermosa convicción y la realidad del mundo le da en estos momentos plenamente la razón. La convicción es que el régimen capitalista de producción de riquezas, no puede subsistir, porque ha fracasado. Esta frase, aparentemente tan sencilla, es la que mueve todas las agitaciones de importancia del mundo y su influencia se extiende hasta nuestro lejano y apático rincón patrio. Para mover un poco las ideas económicas que informan la mentalidad de los chilenos, acostumbrándolos a discernir por cuenta propia sobre problemas que han llegado ya a nuestro país—producción, consumo, repartición—estos folletos prestarán una utilidad inapreciable.

El número a que nos referimos contiene el trabajo de Valois que el autor puso de prólogo a la edición francesa del informe de Stalin al XVI Congreso del Partido Comunista Ruso. En él muestra en la forma más sencilla y más clara cómo la organización de la producción del régimen capitalista es errónea y como todo el problema económico de la actualidad se reduce a organizar en otra forma la producción de las riquezas. La organización dada por los soviets rusos puede ser una solución, puede discutirse, pero

no puede combatirse sin conocerla. Y para conocerla, y en esto estarán de acuerdo «izquierdistas» y «derechistas», es preciso conocerla. El trabajo de Valois es una incitación al conocimiento. Y no puede apreciarse una cultura en la hora actual, sin un conocimiento profundo del problema económico del mundo. El trabajo de conocimiento a que nos referimos es vasto y complejo y éstas son las mejores cualidades para emprenderlo. Los «Cuadernos Internacionales», por intermedio de sus autores técnicos, hará— en esta labor la mejor parte.—*Abel Valdés A.*

LA RACIONALIZACIÓN MARXISTA

Samuel Beracha, rumano, a los veintiséis años de edad, puede lucir una labor de estudios envidiable. Doctor en Ciencias Económicas en las Universidades de Praga, Bucarest, Londres y París ha explicado cursos como agregado en la Sorbona, a pesar de su nacionalidad extranjera. De una cultura completa y sólida, las ideas económicas modernas tienen en él su mejor y más entusiasta paladín.

Al referirse a la racionalización según las doctrinas marxistas, fija los conceptos de racionalización, según lo entiende el individualismo y según lo entiende el marxismo. La doctrina fundamental de la racionalización, ateniéndonos a los principios de Taylor, es la de evitar pérdidas en la industria. Para llegar a este resultado, los regímenes capitalistas y marxistas, recorren caminos diferentes y mientras uno

fracasa, el otro organiza y puede triunfar.

Es útil que estas materias económicas no sean conceptos propios de iniciados y aunque en nuestro país es un poco exótico hablar de racionalización ya que la industria nacional es incipiente, es conveniente que la gente se acostumbre al uso de estos nuevos elementos de ideas, para cuando llegue el caso de hacer uso de ellas, que creemos no está muy lejano.

Sería de desear que los editores de estos «Cuadernos Internacionales» (1), pusieran más cuidado en las traducciones. La premura con que se han traducido los folletos aparecidos, puede malograr los propósitos de la editorial y es bien visible en la plaga de los más burdos galicismos que nos encontramos al leerlos. Si la fuerza de expresión requiere diversos neologismos es conveniente llegar al lenguaje castellano, que no es obstáculo para expresar ideas con claridad, fuerza y precisión.—A. V. A.

LA QUERELLA DE LAS GENERACIONES

En el N.º 2 de los «Cuadernos Internacionales» el trabajo de Dominique, joven autor francés que ha abordado los más diversos campos, se sale de las regiones de la Economía Política.

«La querella de las generaciones» (2) es un tema de sociología permanentemente humano. No significa

(1) Editorial «Problemas». — Santiago, 1931.

(2) Editorial «Problemas». — Santiago, 1931.

otra cosa que la lucha entablada de siempre y para siempre, entre el espíritu nuevo y el que no lo es. El espíritu se petrifica con más fuerzas que la materia y la falta de renovación, de aireamiento espiritual, se nota en las personas a primera vista. Dominique se refiere a la lucha trabada entre las generaciones viejas y las jóvenes. De un lado, una concepción establecida de los valores espirituales y económicos, que se encuentra en crisis; de otro lado, nuevas concepciones de *los mismos* valores espirituales y económicos, que pueden indicar la iniciación de una nueva época histórica, y quizás de una nueva cultura.

Pero para que estos nuevos valores puedan hacer una labor efectiva necesitan su asunción a los baluartes de mando y de predominio, Dominique insiste en la necesidad de que esta asunción se haga cuanto antes, y por eso repite los conceptos de la «revolución necesaria». Es preciso convenir, sin embargo, en que en algunos países en que no existen generaciones culturalmente jóvenes bien formadas, toda asunción de pretendidos jóvenes sería funesta. Este es el problema en lo que se refiere a la mayoría de los países de América.

La única manera de formar una generación culturalmente joven que pueda «querellarse» con la inútil generación vieja de nuestro país, es amplificar la visión cultural de cada individuo. Y esta es tarea personal y social. Personal porque el individuo debe poner en ella todos sus esfuerzos y social porque

constituye el problema fundamental del Estado Moderno, en nuestro país.—A. V. A.

BARROS ARANA EDUCADOR, HISTORIADOR Y HOMBRE PÚBLICO, por Ricardo Donoso.

Hacía falta que se relatara en forma completa, bien documentada, la vida de Barros Arana. Con motivo del centenario del nacimiento del historiador, celebrado en Agosto de 1930, se encomendó la redacción de esa biografía a don Ricardo Donoso, que acaba de dar cima a su tarea y ha publicado este libro (1). En trescientas páginas condensa el señor Donoso una materia más o menos dilatada. En efecto, si bien la existencia de don Diego Barros es pacífica y carece de complicaciones, no se puede negar que abarca muchos años y se prodiga en múltiples obras. El autor lo llama «educador, historiador y hombre público» en el título de su obra. Y en estos tres órdenes de actividades cavó hondo y dejó una huella que no se ha borrado.

Diez años de Rector en el Instituto Nacional le permitieron emprender y dejar muy avanzada la reforma de la educación secundaria que tenía como rasgos fundamentales la introducción de los estudios científicos y la reforma de los estudios literarios. Como historiador, se le ve sucesivamente historiar la independencia de Chile, las campañas de Benavides, la de Chiloé, como trabajos preliminares para su monu-

(1) Edición de las prensas de la Universidad de Chile.

mental *Historia General de Chile*, seguida del *Decenio* que puede considerarse un apéndice de la última. Fuera de eso, escribe multitud de pequeños ensayos biográficos y críticos, que publica en los diarios o bien en su *Revista Chilena*. Finalmente, como hombre público figura de Ministro plenipotenciario en Buenos Aires, de miembro de la comisión de límites encargada de dictaminar en los asuntos pendientes entre Argentina y Chile y de diputado en un breve período.

Una palabra sobre el método de este libro. El señor Donoso ha aprendido mucho desde la redacción de su anterior biografía de Vicuña Mackenna hasta hoy. Maneja ahora los documentos con mayor soltura y los hace servir a su propósito de narrar hechos y poner en claro detalles. Acumula estos últimos con mayor sobriedad, de modo que su relato corre más limpio y claro. Así vemos que mientras su libro sobre Vicuña Mackenna cuenta cerca de setecientas páginas, este sobre Barros Arana no tiene sino trescientas.

Como toda obra humana, tiene defectos, pero ninguno de ellos me parece tan grande que impida reconocer en estas páginas un bello esfuerzo literario. Tal vez el mayor sea el descuido del estilo, y en lo que se refiere a la composición misma, el lector nota la falta de un capítulo sobre las amistades de Barros Arana. En efecto, Barros Arana cultivó hondas y afectuosas relaciones con algunos hombres de su tiempo, y entre ellas se dedicó a algunas sin reserva. Tal es el caso de su relación con Amunátegui, a quien no descan-

só hasta conseguir que se le erigiera un monumento. Si Barros Arana hubiese tenido un amigo tan bueno y tesonero, ya tendría él también una estatua. Es cierto que el señor Donoso habla de la amistad entre Barros y Amunátegui, pero creo que se podría haber dicho más sobre una amistad de tantos años.

Por mi parte, y aunque el señor Donoso lo afirme y lo apoye en buenas razones, se me hace duro creer con él que las cartas políticas de Severo Perpena sean de don Diego Barros Arana. Aun cuando Barros dió en su vida muestras de ser hombre apasionado y violento, en sus amores y en sus odios, el género de pasión que ha inspirado las cartas me parece poco acorde con sus predilecciones de hombre de estudio, profundamente asentadas ya en la pista de la historia en los años en que esas cartas se publicaron. En todo caso, esta cuestión sólo podría zanjarse con un examen de estilo de las cartas reconocidas como de don José Francisco Vergara y las que el señor Donoso cree escritas por don Diego Barros. Este examen, como se comprenderá, no podría hacerse en esta ocasión.

Creo también que el señor Donoso ha contado un poco superficialmente la destitución de Barros Arana de su cargo del Instituto Nacional. Cuando este hecho se produjo hubo manifestaciones concomitantes que convendría haber narrado. El folleto del señor Loubert, que el biógrafo colaciona en su bibliografía, podría ser la base de esa ampliación del estudio.

Finalmente, he echado de menos

en la bibliografía de Barros Arana algunas publicaciones que merecen mención. Me refiero sobre todo a las traducciones del francés que hizo Barros Arana en los primeros años de su vida literaria, que el señor Donoso acepta al transcribir un fragmento de Barros en que se alude a ellas y que hasta hoy habían figurado en anteriores bibliografías de Barros. En bibliografía, ya se sabe que nada sobra.—*Raúl Silva Castro.*

LIBERTAD Y DESPOTISMO EN LA AMÉRICA HISPÁNICA, por *Cecil Janne.*

El autor de este libro es inglés y ha estudiado con detenimiento la historia, las constituciones políticas y las costumbres de los pueblos americanos, a los cuales conoce también de *visu*. Todos estos caracteres se observan a través de la lectura de *Libertad y despotismo* (1). En estas páginas, en efecto, el autor hace obra de analista, a menudo frío, de los grandes hechos sociales de que ha sido escenario el continente civilizado por España. Pero este análisis es una síntesis al mismo tiempo. Para poderse manejar con soltura en la maraña de los microscópicos detalles de que está hecha la historia de América, el autor ha debido proceder a componer vastas síntesis, cuadros muy amplios, en que sólo se atiende a los rasgos generales. La tergiversaciones que a veces se observan en estos cuadros no arguyen

(1) Editorial España, Madrid, 1931. El libro viene precedido por un prólogo de Salvador Madariaga.

poco conocimiento de la realidad por el autor sino que son debidas a la necesidad de unificar los caracteres de un conglomerado, que no es homogéneo ni como raza ni como cultura ni como vida política.

Después de esbozar en vastas generalizaciones el transcurso de la vida americana bajo la colonia y de caracterizar la revolución emancipadora, el autor se apresura a extraer consecuencias. Para ello hace apelación a la vida española, que también ha estudiado:

Ese mismo individualismo que impele al español a oponerse a todo control, le lleva también a someterse a él con agrado cuando es el resultado de una vigorosa afirmación de individualidad por parte de otro: cuanto más enérgica la afirmación, más presto el acatamiento. Y de aquí que exista una perpetua tendencia a oscilar entre un grado de libertad que casi equivale a la negación de todo Gobierno y un grado de Gobierno que equivale casi a una negación de toda libertad. Ese dilema, y el conflicto del cual se deriva, es inevitable fruto de la mentalidad española, de la combinación del amor a la independencia con el anhelo de eficiencia en el Gobierno, de ese ardoroso idealismo que ha inspirado siempre a la raza. Y en las peculiaridades del temperamento de la raza es donde las aparentes contradicciones de la vida política de la América española y el conflicto que constituye esa vida deben, en último término, buscarse, (Pág. 44).

Para el autor, por tanto, la vida política de América, convulsionada y herida a menudo, se explica como una oscilación entre la libertad, que impide gobernar bien, y el gobierno fuerte, que hace imposible la subs-

sistencia de la libertad. Es una tesis ingeniosa, y si la aplicamos como método dialéctico para explicarnos las complejidades de la política chilena, observaremos que tiene mucho de verdadera. En el momento en que aparece Portales en el escenario de la vida pública hay un liberalismo anárquico que impide todo gobierno. Portales toma las riendas, y para gobernar necesita hacer dos cosas paralelas y complementarias: divertir a los chilenos con fáciles entretenimientos (fondas y chinganas, con arpa y vihuela), para acallar su anhelo de entrometerse en la cosa pública, (1) y restringir la libertad. Para conseguir este último designio somete a la nación a un terror blanco, reviviscencia de la disciplina colonial, que Portales llamaba «el peso de la noche». De esta manera, su gobierno, un gobierno eficaz y no liberal, da forma a la nación inerme. El caso de Balmaceda es parecido. Una suave anarquía producida por la interpretación parlamentarista de la Constitución de 1833 tendía hacia 1889 a anular las iniciativas de un jefe de estado con más iniciativas y empuje que algunos de sus

(1) En la guerra contra la Confederación Perú-boliviana, Portales debe haber visto una espléndida manera de entretener a los chilenos y hacerlos alejarse, por tanto, del contacto con la cosa pública. Pero aquí se enredó en sus propios lazos, y uno de los que iba a costear la diversión del pueblo vil (pueblo al cual Portales despreciaba, tal vez por lo mucho que se le parecía en las horas de sombra), Vidaurre, un romántico deschavetado, lo mató. Los hombres de esos días, menos indulgentes que los de hoy, castigaron esa felonía con la muerte. Si hubiesen dejado vivo a Vidaurre y le hubiesen dado oportunidades, acaso de él habría salido un caudillo liberal de buena estampa. Claro está que lo que la República necesitaba entonces eran buenos conservadores como Portales y no liberales del tipo de Vidaurre...

predecesores. Para hacer un gobierno eficaz era necesario, pues, restringir la libertad. Balmaceda lo intentó al pretender poner en vigencia, sin resguardo de las formas constitucionales, el Presupuesto de 1890 durante 1891. El Congreso, herido, y los partidos políticos, que custodiaban la Constitución como vestales, conquistaron el apoyo de la Escuadra y la guerra civil estalló. Los revolucionarios defendían la libertad y acusaban a los gobiernistas de pretender entronizar la dictadura. Los gobiernistas (es decir, los partidarios de Balmaceda) se amparaban en el criterio de la eficacia gubernativa, ante la cual necesariamente desaparece o se reduce mucho la libertad. El triunfo de los primeros maniató durante varios lustros las iniciativas del Presidente, que en algunos períodos pareció monarca constitucional, no porque reinara sino porque no gobernaba.

Todo esto prueba que la oscilación entre la libertad y la eficacia del Gobierno es una buena fórmula para explicar las vacilaciones de la vida política americana y para entender —y ennoblecer un poco— la vergüenza de las revoluciones, dictaduras, alzamientos populares, caudillismo, bandidaje disfrazado bajo ideales, que forman la trama de la vida pública en América a lo largo de los siglos XIX y XX. El capítulo IX de este libro, titulado *En busca de gobierno eficaz*, debe ser leído atentamente por cuantos quieran estudiar la realidad americana y trazar a costa de ella alguna conclusión validera. Allí el autor reúne los hilos dispersos, mezcla agudas referencias

históricas, de España y de América, y esquematiza en pocas líneas y con grande agudeza lo que le interesa dejar establecido. Finalmente, para que el cuadro no parezca demasiado sombrío y para que los americanos no repudien el libro, el autor dedica un capítulo final de loa a las excelencias del futuro de América. Posiblemente el autor sienta también, con lealtad, algunas de esas expresiones. Entre los propios americanos hay muchos que las agradecen porque la educación así lo manda, pero que no engañan con ellas.

El libro de Cecil Jane es muy interesante, y su lectura viene oportunamente a poner en claro algunos de los problemas más angustiosos de la vida americana (Chile no es una excepción; este papel privilegiado pudo mantenerlo sólo hasta 1924, y la intervención de las fuerzas armadas en la cosa pública lo ha anulado hasta el presente y promete seguir anulándolo para el futuro próximo).—*Raúl Silva Castro*.

DANTON, por *Hilaire Belloc*.

No debemos considerar propiamente como biografía novelada la vida de Danton (1) escrita por Hilaire Belloc. Carece de la amenidad y del interés dramático que tienen las biografías escritas por Maurois, Ludwig, Zweig, etc. Y ello es explicable. La vida de Danton, en su aspecto íntimo y emocional, es opaca; su actuación política fué clara y breve; su espíritu, recto e irreductible.

(1) DANTON.—Hilaire Belloc. Editorial España.

Por eso, Belloc estudia a Danton en función del ambiente convulsionado en que actuó; analiza el medio social; la situación política de Francia de fines del siglo XVIII, y las causas que generaron la Revolución. Belloc no pretende deleitarnos con una vida inquieta e inquietante, de claros y sombras, cuya variedad y peripecias azuza nuestro interés, como la intriga de una novela que nos retiene hasta el desenlace.

Esta biografía es la obra de un estudioso que escarmenta las fuentes primeras a fin de presentarnos a su biografiado en sus rasgos más exactos; y para convencernos de ello, acude a menudo a las notas que indican las fuentes de su información, quedando así establecida la honradez de su labor.

La impresión definitiva que nos deja la figura de Danton tal como la enfoca Belloc, es muy distinta a la que nos habíamos representado a través de los manuales de historia. Acaso el concepto de ogro y sanguinario—émulo de Marat y de Robespierre—que de él nos habíamos forjado, se debe al retrato de su físico; en verdad, Danton era un hombronazo de cara ancha y facciones toscas, acentuando la fealdad de su rostro las escarificaciones dejadas por la viruela. Por su físico y por su espíritu, recuerda a Mirabeau, quien, como él, en medio a la tempestad que desencadenara la pasión revolucionaria, propuso medidas y prácticas conducentes al equilibrio social mediante el establecimiento de instituciones democráticas.

De las figuras revelantes de la Revolución es, Danton el que mejor

encarna el espíritu práctico y aburguesado del pueblo francés; sus discursos, en el que no encontramos citas clásicas (Danton poseía una amplia cultura humanista) y sólo un uso moderado de la metáfora, van directos al alma del pueblo. Aboga siempre en favor de reformas democráticas, luchando contra los moderados y deshaciendo las componendas. Su figura política representa la antítesis de la de Fouché, el político que actúa en las sombras sin adoptar jamás una posición definitiva. Danton fué por excelencia el tribuno del pueblo, que recogía la «voz de la calle» para hacerla vibrar vigorosa en el Clu^t de los Cordeliers, primero, y en la Asamblea Nacional después. «Poseía—dice Belloc—una gran capacidad de organización rápida y una penetración que le permitía aplicar la diplomacia a todos los problemas a medida que se presentaban». Estas palabras nos demuestran que Danton no era un demagogo que pretendiera gobernar con frases, que ello bien podría suponerse dadas sus excelentes condiciones de tribuno.

Reclamaba Danton insistentemente el establecimiento de un gobierno fuerte y de un organismo que tuviese a su cargo el aplicar sanciones a los que pretendieren torcer el espíritu de la Revolución. A su instancia se estableció el Comité de Salud Pública; fué él quien creó la Dictadura. Pero la pedía no para usufructuar de ella, sino porque la situación exigía estas medidas radicales y urgentes, y sólo con un carácter transitorio. Mas otros serían los que usufructuarían mañosamente de tan-

ta autoridad y fueron precisamente los peores ciudadanos los que ejercieron de ella sin medida. Hecho histórico éste que nos recuerda algo análogo acontecido en nuestro país con igual carácter de deslealtad, pues hemos visto no hace mucho que la Constitución Política, promulgada con la más sana intención reformadora, fué puesta en ejercicio por uno que abusó de ella sin comprenderla, volviéndola en contra de su propio generador. Tal el caso de Danton, creando el Comité de Salud Pública para ser luego condenado a la guillotina por el propio Comité.

No tardó Danton en darse cuenta exacta de que se estaban cometiendo los mayores excesos e hizo lo humanamente posible por evitarlos, pero todo fué inútil. Sus energías disminuyeron, su espíritu se abatió. Volvió a Arcis, su tierra natal, y ahí en contacto con la naturaleza y el buen campesino francés siente recuperar sus energías, para pronto reanudar la lucha en París. Sabe Belloc, al referirse a este hecho, impregnar sus páginas de la misma dulzura bucólica que experimentara Danton en su vida provinciana y campestre, suavizando con ello la evocación tremebunda que hace de los días sangrientos del Terror, hasta que vemos al propio Danton arrollado por la máquina que él había montado. El patetismo que rodea la muerte de Danton, a través de la evocación de Belloc, mue-

ve hasta el recollo nuestros sentimientos en una crispación dolorosa. Al atardecer del 5 de Abril de 1794, cuando los últimos rayos de un sol de primavera se quebraban en una diversidad de colores sobre las terrazas aguas del Sena, una carreta con un grupo de revolucionarios cruzaba el río camino a la guillotina. Contemplemos con Belloc ese viaje a la muerte. «Danton estaba en pie, imponente y silencioso entre ellos, Con un hombro tocaba a D'Eglantinen y con el otro a Desmoulins; sus almas se reclinaban sobre su cuerpo. Su presencia confortó a todos sus amigos y contuvo sus arrebatos». Mas de súbito un arranque de cólera le hizo perder su serenidad; es que había visto la casa de madame Duplay, donde vivía Robespierre. «Allí—dice Belloc— oculto tras las ventanas estaba Robespierre. Y todos volvieron hacia ella sus ojos pronunciando a gritos la sentencia que algunos dicen que Dios ha ejecutado: que fuese destruída y desapareciese sin dejar rastros». Danton, con mirada desafiante, contempló por última vez la multitud que tantas veces había dominado con el fervor de su palabra sincera, y, cuando las sombras se hacían densas, como un hombre, colocó su cabeza sobre la guillotina, y como de hombre nos llega su figura a través de las páginas cordiales de Hilaire Belloc.—
Milton Rossel A.

PINTURA

EXPOSICIÓN ARANÍS - VALENCIA.

Durante el mes que termina permaneció abierta en el Salón Chile del Palacio de Bellas Artes una exposición de pinturas y de figuras en rafia que presentaron las artistas chilenas Graciela Aranís y María Valencia, respectivamente.

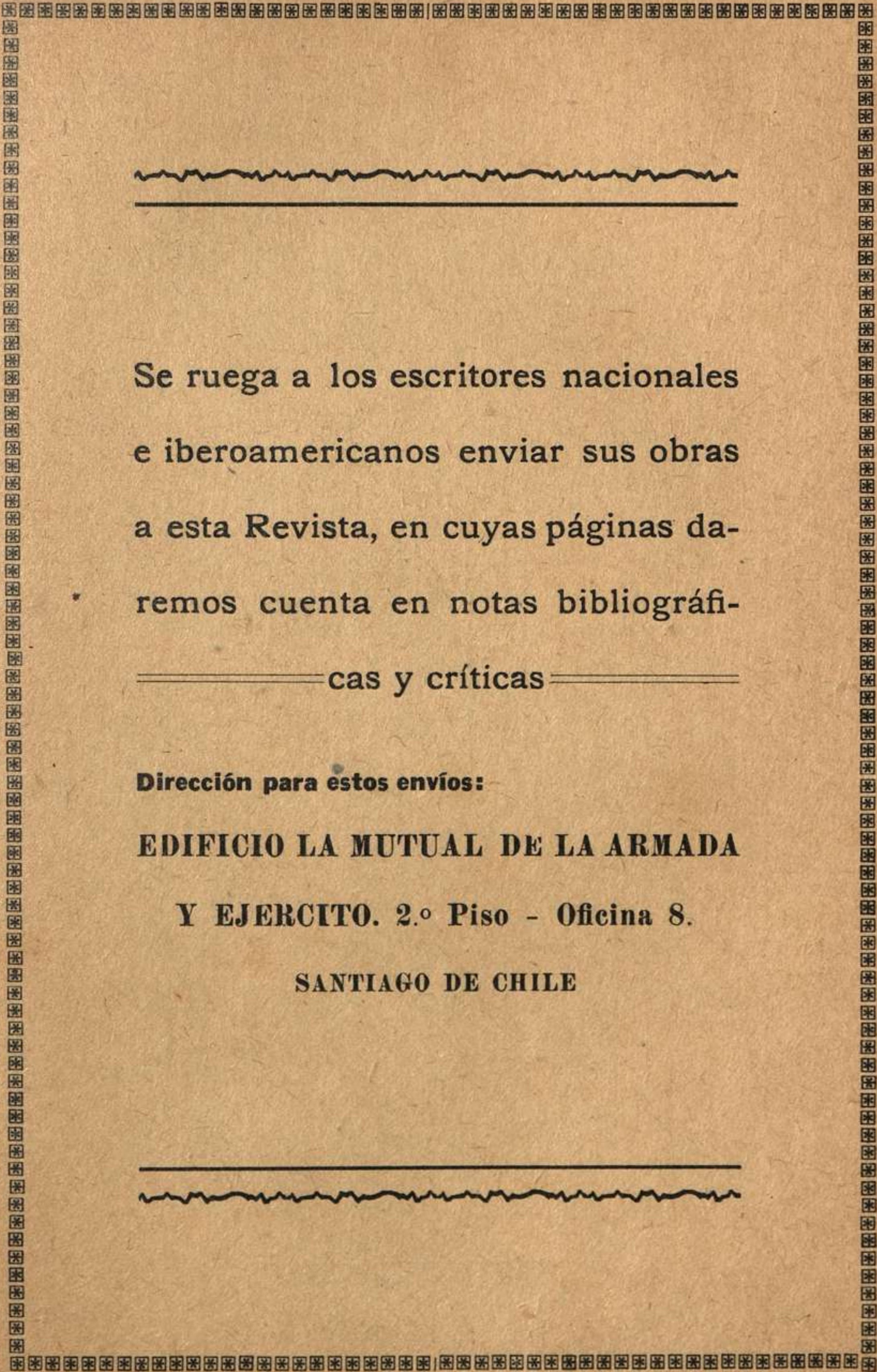
La señorita Valencia presenta unas veinticinco telas y apuntes de varia factura. A primera vista no parecen obra de la misma mano la *Nueva Modelo* y la cabeza de Mlle. X., por ejemplo. Sin embargo, pronto uno se convence de que esto es más bien cuestión de colorido, diferencias superficiales, pues en el fondo la estructura y el dibujo revelan un aire de familia, firmeza y audacia en el relieve.

La permanencia de varios años de la señorita Aranís en Francia se acusa en su tendencia a la síntesis pictórica, siguiendo las huellas profundas de ese gran inquieto del arte, de ese investigador incansable de las realidades superiores que se llama Picasso. No podría decirse que la joven pintora haya alcanza-

do una manera distintiva; pero cualquiera que tenga ojos y vea podrá apreciar la diferencia que hay entre este esfuerzo honrado, vigoroso, y tanta litografía sublimada como se sigue copiando en torno a nuestro llamado Palacio de Bellas Artes.

Las figuras de animales que presenta la señorita Valencia revelan una admirable comprensión del movimiento y la *allure*, especialmente en lo que pertenece a la vida salvaje. Se nota una tendencia a fijar en los rasgos simplistas que permite el material usado, las actitudes elegantes y soberbias de esos seres que no han sido tocados por la mano del hombre o envilecidos por su explotación. Algunos modelos (los bueyes) tienen los lineamientos robustos y sanos de los bisontes que retrataron artistas prehistóricos, en las cavernas de Iberia.

Hay también intercalados entre la espiritual menagerie de la señorita Valencia algunas figuras humanas-jinetes; y un mozo de tienda de vinos que ha sido muy celebrado.—E. M.



Se ruega a los escritores nacionales
e iberoamericanos enviar sus obras
a esta Revista, en cuyas páginas da-
remos cuenta en notas bibliográfi-
cas y críticas

Dirección para estos envíos:

**EDIFICIO LA MUTUAL DE LA ARMADA
Y EJERCITO. 2.º Piso - Oficina 8.**

SANTIAGO DE CHILE



DISTRIBUIDORES

Libreria **SALVAT**
Barcelona-Santiago